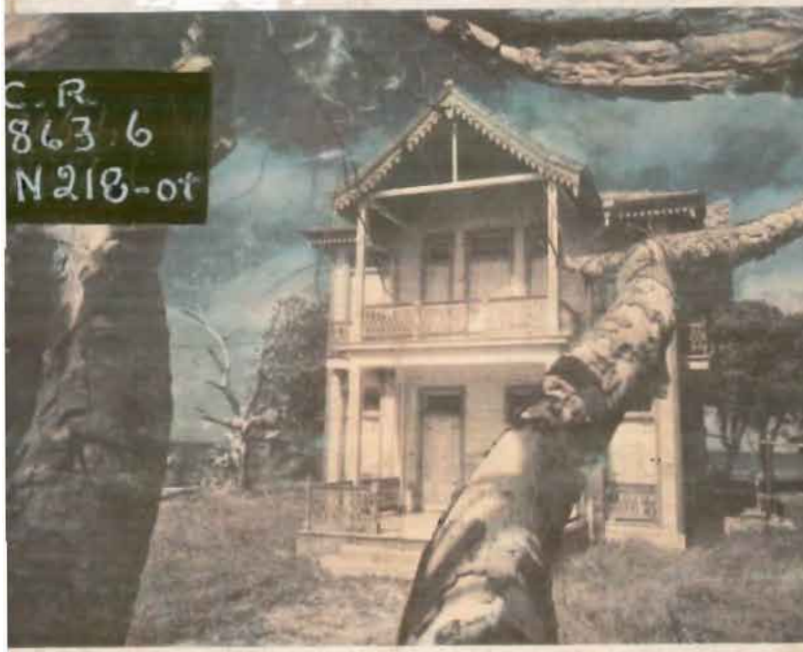
C.R.
863.6
N218-ot



Carmen Naranjo

Otro rumbo para la rumba

COLECCION SEPTIMO DIA

Diseñó la portada: Alfredo Aguilar

La portada incluye una fotografía del artista cubano
Rogelio López Marín (Gory)

Carmen Naranjo

Otro rumbo para la rumba

EDITORIAL UNIVERSITARIA CENTROAMERICANA

863.4
N218-o
E

Primera Edición
EDUCA, Centroamérica, 1989

587256

19 NOV. 1991

Reservados todos los derechos
Hecho el Depósito de Ley

Edición: Alfredo Aguilar

BIBLIOTECA NACIONAL

863.4 Naranjo Coto, Carmen.
N218-o Otro rumbo para la rumba/Carmen Naranjo. -- 1.ed.-- San José, C.R.: EDUCA, 1989.

6707

ISBN 9977-30-132-8

1. Cuentos costarricenses. 2. Literatura costarricense. I. Título.

© EDITORIAL UNIVERSITARIA CENTROAMERICANA -EDUCA-

Organismo de la Confederación Universitaria Centroamericana CSUCA, Integrada por: Universidad de San Carlos de Guatemala, Universidad de El Salvador, Universidad Nacional Autónoma de Honduras, Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua, Universidad Nacional de Costa Rica, Universidad de Costa Rica, Universidad Nacional de Panamá.

Apartado 64, 2060 Ciudad Universitaria Rodrigo Facio

A María del Mar,
a quien debo este libro
y muchas cosas más.

OTRO RUMBO PARA LA RUMBA

Fue la advertencia lo que empeoró las cosas, porque habían empezado magníficas, mejor de lo esperado. Estábamos contentos, seguros, tal vez por primera vez orgullosos. Hacer lo que habíamos hecho no fue fácil, encontrarnos, ponernos de acuerdo, coordinar los detalles, investigar la época, reírnos del ridículo, imaginarnos la fila al ritmo del gusano agitado que saca y esconde las caderas, los grandes pasos combinados con los cortos, las faldas talladas a reventar, pobrecitas las gordas.

Las madrugadas nos encontraban juntos, frescos como si no hubiéramos trabajado durante la noche entera, no fumado los paquetes de cigarrillos que rodaban vacíos en el suelo, no discutido hasta ahogarnos en las palabras. Y amanecer dispuestos a más trabajo, a seguir conversando, a dar más ideas, a compartir hasta los miedos que todos teníamos en lo más escondido dentro de nosotros mismos. Y ¿si fuera lo soñado un completo fracaso?, ¿si no pudiéramos realizarlo tal como lo hemos pensado?, ¿si sería

mejor consultarlo con alguien más experto, más experimentado?

Aquella duda nos hacía crecer la fe. Éramos absolutamente suficientes, además hicimos los mejores estudios, nos dedicamos a eso tiempo completo, nos empeñamos en lo óptimo y tenemos algo de eso que se llama talento. Y si acaso fracasábamos, por incomprensión de los otros que no nos entendían o no querían entendernos, que era casi lo mismo, pues nos quedaba la fuerza de estar unidos, de ser valientes, de volver a insistir y a insistir hasta que algunos, mejor todos, nos aplaudieran a matar.

Claro, nos faltaban algunos detalles técnicos y financieros. Aquello de unir la conga a la rumba no lo teníamos muy claro, así como eso de vincular la poesía de Borges con la de la Storni, la de la Pizarnic con la de Paz, la de Parra con la de la Mistral, todo al ritmo de conga y de rumba. Menos el conseguir la escenografía que combinaba montañas con playas, urbes con aldeas, grandes ciudades con exhibiciones del modernismo siempre rico en desplantes y los grandes retazos de la más inhumana pobreza.

El guión lo teníamos muy claro, no tanto así los grandes contrastes, ¿cómo armonizarlos?, ¿cómo hacer patente que somos un conjunto evidente de contradicciones, de malos gustos, de injusticias modernizadas, manipuladas, mecanizadas, computarizadas? Todo medido, lleno de estadísticas, sin remedio, sin salvación porque apasionaba la conga, la rumba, ahora el merengue, la salsa y lo que nos pone a bailar con delirio sin comer, sin oír la poesía, sin siquiera saber leer, sin conciencia de la historia o tal vez más conscientes que nunca de que no queda otra

cosa que bailar hasta enloquecer, drogados con lo que podamos, enloquecidos con el sueño de que alguna vez levantamos la obra, fuimos valientes y teníamos una voz que hablaba un idioma nacido desde las necesidades de comunicación.

Y ¿cómo financiar esas escenografías, ese vestuario extravagante, esa música que se debía componer porque no era exactamente la conga ni la rumba, era una combinación sublimizada, entre una y otra, junto al merengue, el chachachá y la salsa, sin dejar en el olvido algunos de los compases del danzón y del bolero?

Como si fuera poco, había que pensar en una orquesta hábil para todo eso y costaría un ojo de la cara.

Pensamos en que cada uno, sin un centavo para nada, salvo para las cosas gratis como imaginar, estudiar, curiosear, crear, no teníamos ni afición, ni conexiones, ni carácter, ni pretextos mentales para vendernos por una ayuda, un estímulo, o para oficializarnos mediante una subvencioncita de alguna institución vagabunda y burocrática con aspiraciones de justificar su presupuestote. No éramos ni somos los aduladores utilitarios, menos los oportunistas sobalomos. Creíamos que el talento sale adelante por su propio valor, sin propaganda alguna, sin padrinos ni puentes falsos. Completamente independientes, unidos por esa independencia, no podíamos doblegarnos ante las circunstancias, todo lo contrario: debíamos vencer esas circunstancias, que nos estaban resultando cada vez más adversas.

Nos encontrábamos con el trabajo y poco a poco íbamos resolviendo problemas técnicos y formales. Ya habíamos logrado que la primera parte del guión corriera perfectamente con un ritmo que nos ponía a bailar, casi amontonados en el cuarto pequeño, que a su vez era: oficina, escenario, vestidor, sala de reuniones, fumador, comedor y cocina, a veces hasta dormitorio.

La rumba estaba escogida, la conga había que seleccionarla entre cinco de las mejores. Por fin nos decidimos por una que realmente embrujaba por su parecido con un caballo corvetas. En la poesía no hubo manera de ponernos de acuerdo. Unos objetaban una línea y proponían cambiarla por otra, pero eso sería demasiado irrespeto aunque se alegara que poesía sobre poesía estaba de moda.

Todo lo que era andamiaje, orquestación, vestuario y escenografía, cada vez más lejano, más difícil, más caro.

Habíamos llegado al punto álgido del callejón sin salida. Lo sabíamos muy bien, lo constatábamos con certeza, alguien insinuó que practicáramos el diagnóstico del fracaso en que se empieza por inventariar los errores, distinguirlos, evidenciarlos, analizarlos para ver si tienen algún remedio, eliminarlos y seguir con los aciertos bajo el mismo análisis. Otro dijo que el fracaso éramos nosotros, sólo nosotros, porque no reuníamos la condición de creadores autosuficientes, no nos complementábamos con la labor de proveedores, no concordábamos la función de creadores con la de hábiles gerentes ejecutivos, nos faltaba la valiosa capacidad de negociantes. Alguno opinó que ya como grupo éramos un mascarón va-

cío. Otro agregó, tan insulso que casi no vale apuntarlo: no sólo de pan vive el hombre. Alguien añadió que la luna para brillar necesita el espejo del mar. Finalmente uno gritó que estábamos demasiado deprimidos y mañana sería otro día. Nos fuimos casi de inmediato, casi al amanecer, a esperar lo que ya estaba empezado.

Al día siguiente la reunión fue muy similar, las demás siguieron con el mismo tono y así sucedió hasta que llegó alguien con una proposición muy concreta, que al principio casi encontró unanimidad: busquemos un consejero, uno que nos asesore, nos haga salir del atolladero y nos complemente. Los que dudaron en dar su voto afirmativo preguntaron insistentemente quién, quién, quién. El silencio cayó sobre el casi acuerdo.

Días después alguien trajo el nombre. Anastasio Adviento. Algunos lo conocían por su nombre entero, otros por doble A y los más por Tachovendo. Indiscutiblemente era un buen vendedor, hábil en el manejo de la palabra, elegantón siempre con ropas nuevas última moda, promotor increíble de sí mismo y de los que le pagaban, anunciador del consumismo, actor del anuncio, escritor de discursos a cambio de buena recompensa, tantos dólares por tantas palabras, transvertista de sexo según el jefe de turno, enamorado de su mediocridad, vividor del hacer que hacen los otros, apoderado generalísimo de los que triunfan, creador generoso de los que poseen alma de cortesanos, caudillo en la cacería de las oportunidades, rebelde en el espectáculo de las exhibiciones, señor del bien hacer y del buen decir sólo frente a las cámaras de televisión, algunas veces amigo de los

progresistas por si acaso se produce algún cambio, pero adicto inconfundible de los negocios fáciles y de los ascensos, de los figureos y de los escenarios, de los micrófonos y de las pantallas, además del decir incansablemente: aquí yo estoy sacrificado, noblemente identificado con los mejores intereses de la patria, dispuesto a dar todo lo que está a mi alcance por servir a mi país, mientras he servido y he sido pagado por ello para crear más beneficios a las transnacionales, más fuerza de presión a mi Embajada, más riqueza a los empresarios fuertes en la totalidad de los privilegios, más juegos y apuestas a favor de los poderosos.

El nombre asustó a unos pocos y atrajo a la mayoría, así como sedujo a los de afuera, a los que esperan lo inesperado por la simple intuición de que lo inesperado era un flujo de revanchas soñadas en el idilio que se masturba traicioneramente con la incapacidad y lo maligno, lo que destruye lo que se ha creado con miles de gestos, de observaciones sobre los gestos y se ha solidificado en aquello indescifrable que hace un pueblo. No hubo consenso, cada quien se despidió con la responsabilidad de consultar con su conciencia.

Entonces surgió la advertencia, el Rosita no vayas al baile y esa noche Rosita estaba de suerte de los balazos que le dieron sólo cinco eran de muerte. Es malo, es intrigante no hay grupo que no haya traicionado, no hay vanidad que lo haya compensado, es snob, un vulgar publicista, pero es el hombre que sabe y sirve, que dice y hace, pero es prepotente y antipático, y qué de eso si sabe vender, si consigue apoyo, si facilita las cosas, si elimina las dificultades,

si nos evita molestias y nos deja libres con sólo lo nuestro: la creación.

Siguió la advertencia y la insistencia de que no eliminaramos una oportunidad antes de analizar sus ventajas. Rosita, por favor no vayas al baile. Y si no hubiera ido Rosita ya estaría vieja y quizás melancólica y muy triste, sin baile y sin riesgo, habría preferido bailarse entera, bailar su juventud y recibir con alegría muchos tiros y, como estaba de suerte, sólo cinco de muerte.

Volvimos al examen de la posibilidad, unos con entusiasmo, otros con desconfianza, los más con aburrimiento. Los argumentos en favor y en contra se fueron radicalizando, hasta hacerse ridículos. Era el diablo, era ángel, era mediocre, era brillante, el encaminador hacia el fracaso, el paladín del triunfo, el deshace grupos, el envidioso, el hombre sin ideales, el práctico, el que sabe de artimañas, el abrepuertas, el que disuelve, el que une, el que utiliza, el experto en utilizar al mundo entero o por lo menos a medio mundo.

En algo estábamos de acuerdo: tratar con él era darle otro rumbo a la rumba, porque nos iba a imponer sus ideas, sus intereses, autoridad no le faltaba ni antecedentes, tampoco iniciativa y autosuficiencia, era un sobreviviente exitoso de cualquier postguerra o mejor dicho de todas. En otras palabras, la Rosita que fue al baile, se fue sin advertencias, bailó toda la noche, regresó al día siguiente ya muy avanzada la hora, vivita y coleante con el capital aumentado en la bolsa de los billetes grandes.

Tuvimos que rogarle para que se reuniera con nosotros, nos consideraba unos pelagatos de la más ínfima valía, seguro unos malos peladores de gato. Después de muchas antesalas, cartas, llamadas telefónicas, emisarios, mensajes, recados, nos empezó a parecer una especie de Mesías. Después de sus afirmaciones de que no tenía tiempo, sólo se dedicaba a cosas importantes y el desprecio patente a quienes no lograban el éxito por sí mismos sin dudar de los medios a los que hubiera que recurrir, ni las estratagemas a utilizar ni los olfatos para las buenas sombras, les pareció el mismísimo señor de los milagros. Después de rehusar ruegos y ofertas de que pidiera lo que pedía a los ricos y a los poderosos, de rendir la más absoluta sumisión a cualquiera de sus órdenes o sugerencias, de prometer obediencia y ser sus mejores discípulos, lo vieron como Gulliver en el país de los enanos, además de estar convencidos de que nosotros éramos los más enanos de todos los enanos.

Lo convencimos al fin de reunirnos con un regalo muy especial, alguien averiguó que coleccionaba estampillas de mariposas y otro le robó a su abuelo una maravillosa que se veía como en relieve: una estampilla de procedencia egipcia.

Llegó con dos horas de atraso, ya estábamos más que nerviosos, nos habíamos comido las uñas de las manos y de los pies. Y en ese afán de continuar con los uñeros y los regordetes, algunos teníamos sangrantes las extremidades. Entró como si oliéramos feo y era natural: sudores, nerviosismo, falta de ventilación, colillas, qué ambiente denso dijo, lo que no dijo pero pensó Rosita cuando entró en el sa-

lón del baile segura de sí misma y de la vida y de la muerte que se da en cualquier amor y amorcillo.

Le contamos atropelladamente lo que habíamos hecho, quizás en desorden, más bien incongruentes, sin dar rumbo a la rumba, juzgados de antemano como mediocres, absurdos, incapaces. Para tal discurso un multidiálogo, sin brillo alguno, confuso, carente de empatía y de una secuencia comprensible, nos sentíamos inseguros y excesivamente mediocres, opacos, más bien oscuros y totalmente incapaces, idiotas ilusionados y estúpidos frente al sabio brillante. Por eso nos pareció generoso cuando hizo un intento de entusiasmo, que no cambió en nada su absoluto aburrimiento, y dijo interesante, muy interesante.

Se calló después por unos segundos. Nos vio a cada uno con una dosis de piedad, que también agradecimos porque los soñadores nos conformamos con poco: una sonrisa, un guiño, una palmada en la espalda, un tácito acuerdo de comprendo y valoro el esfuerzo aunque sea en vano, una sonrisa como un tic de pobrecitos los pobrecitos. En ese momento alguien pensó en Rosita frente al espejo pellizcándose las mejillas para excitarse y excitar, creyendo que estaba bonita para el baile de esa muerte advertida en que se danza eternamente.

Bueno, dijo después de aclarar la voz y de afinarla al tono doctoral, es interesante sin duda alguna, además un gran esfuerzo que debe reconocerse, pero me suena un tanto proyecto pesadilla y sueño infantil, con un algo de hecho ya muy resobado sin negar algunos atisbos de originalidad, la rumba y la conga son obsoletas y para vincularlas con esos mal

escogidos poemas habría que crear un puente con los múltiples riesgos de caer en el más inagotable abismo.

Calló otros segundos. Tengo mucho trabajo, en mi caso hay más demanda que oferta como pasa con todo hombre de éxito. Sin embargo admirado por el esfuerzo de ustedes, nosotros cada vez más alicaídos, sacaré tiempo de mi agotado tiempo y les haré un guión que contenga, como es natural, un principio, un medio y un fin, que además de originalidad prevea el interés fuera del país y la imagen del país como un centro inusitado de cultura doméstica y atractiva con la dosis adecuada de la libertad expresiva que puede brotar de una democracia siempre mantenida y siempre en exhibición, por algo es ejemplar.

El guión nos llegó y era otro rumbo para la rumba. Una historia plana y aburrida de un baile popular. Rosita no iba al baile porque llovía, lo que era un peligro para su ropa engomada, además su mejor amiga le había perdido la sombrilla. Se quedó amarga en su casa bajo el amparo de su madre agorera, quien a pesar de que la advertiría era de su preferencia que se largara al baile y la devolvieran difunta, tenía predilección por el luto y por la tragedia.

Llegamos todos la primera noche en que se recibió y leyó el guión, llegamos menos la noche siguiente y así fuimos llegando menos, hasta que no llegó ninguno.

El tiempo es un hacedor de soluciones y nos deshicimos en su transcurso. Algunos tuvimos la suerte de ser en cierta extraña forma asistentes de

don Anastasio, como se le llamaba ahora, otros compartimos la guerrilla verbal de desprestigio contra la fama inusitada e injustificada de Tachovendo, y los demás nos desaparecimos en la noche oscura en busca de mejores vientos y allí nos quedamos para siempre, opacos y anónimos.

Yo tuve la suerte de pensar en Rosita resfriada, la pobre no pudo ir al baile ni recibir múltiples balazos y sólo cinco de muerte, su madre aun llora su fracaso de advertencias, con lo que le iban de bien todos esos rituales de luto y pésames. Yo me escribí un cuento en que reviví a los de aquellos sueños, un cuento que resultó premiado, que es de nosotros, los que vimos a Tachovendo presentar como autor legítimo y absoluto "Rumba y conga, una época ajena a la poesía e inmersa en ella". Ni siquiera cambió el título que habíamos pensado y en el que estuvimos en absoluto acuerdo. Un acuerdo que no adquirió importancia porque fuimos muy ajenos a lo importante. Ya no estamos ya no somos, algo o alguien o nosotros mismos nos dispersó en el juego de no ser y ser lo que soñábamos un día que éramos y podíamos ser.

Yo, por esa época, estaba esforzándome en cambiar el destino de Rosita. La única posibilidad que encontré fue la de que no llegara al baile. Me monté en el caballo de la esperanza, encontré a su mamá sola, estaba de mal genio y me advirtió alegremente diabólica que Rosita sería difunta cerca del amanecer. Pero las cosas serían distintas, pensé en mis adentros. Más tarde, en el baile, Rosita en los brazos de otro, entre trago y trago vi como la toqueteaban, como se dejaba pellizcar la bandida, como alentaba la manota, el aperitivo, el deseo desorganizado en

busca del objetivo. Más tarde, todavía en el baile, Rosita en los brazos de otro, en los labios de otro, en el hombro de otro, fui yo el de cinco tiros de muerte.

Definitivamente no hay caso, ni excepción ni salvedad ni nadie que exima de lo real: no es posible darle otro rumbo a la rumba.

EN TODAS PARTES SE PUEDE

Cuando tomó la decisión, entró despacio, segura de sí misma, con su mejor traje de los pocos que ya le quedaban. Hijoeputa ciudad inhóspita, me dejó sin nada, porque con más rapidez de lo esperado fue vendiendo en cualquier cosa lo que ya parecía ser parte de su vida: valijas, aparatos, adornos, vestidos, zapatos, discos, lo que se podía cambiar por cada vez menos dólares. La cara de necesidad abarata las cosas y lo de ella era barato, no tenía cosas caras como joyas y monedas de oro, salvo los recuerdos, su sitio en un lugar donde su nombre se sabía bajo el amparo a veces agobiante de las montañas.

Esa desgraciada ciudad sólo la disfrutaban los ricos, bien ricos, porque el más pequeño pedazo de pan valía más de un dólar y eso era un hueval de pesos en su moneda natal, cada vez menos significante en el mundo de la compra y cada vez más oportuna en el de la venta. Su país estaba a la venta porque la gente perdió la fe en todo, en las palabras, en las ideas, en las cruzadas, en los sentimientos, sólo importaba el dólar, el poder del dólar, lo que se adqui-

ría con el dólar. Esa ciudad imponente, grande y alta, bella y llena de miseria, plana y desafiante, con los idiomas de Babel y ese calor y ese frío, y ese helor que mata y entiesa hasta el alma, que le habían dicho desde siempre que era inmortal y en esta ciudad empezó a toser, a doler con dolores artríticos, a escupir sangre y a tener diarreas de las más absolutas nostalgias. Esa ciudad de espejos y cristales tan absurdamente construidos porque eran para ella un atentado contra la ley de la gravedad y afinaban tanto el vértigo que el mareo era su estado permanente, nunca se sentía con los pies en la tierra, siempre elevada a punto de caerse, por eso usaba bastones y cuando no los tenía se agarraba a las paredes, a las ventanas, a las barandas con gestos de sobreviviente. Varias veces le preguntaron are you blind y ella enseñó el pasaporte y el permiso de residencia, para demostrar que no era culpable de nada, sólo buscaba empleo y el empleo no se hacía porque se necesitaban referencias, buenas referencias ya que a una muy parecida la habían empleado sin referencias y una noche les sirvió a los empleadores un plato de sesos que eran de su hijo menor porque la loca no sabía comprar en supermercados, igual que la muy tarada no manejaba el teléfono, y a falta de recursos a pesar de los billetes que le entregaron antes de aquel viaje desgraciado, al regreso se comieron el cerebro de su bebé.

Esta la ciudad de ahora, no la de antes, le fue cerrando puertas, la acorraló, la metió dentro de una soledad en que no entendía otra palabra que no fuera abandono, acoso, acorralamiento, hambre y la necesidad de fortaleza para sobrevivir porque no había posibilidad de regreso. Eso sí era la muerte en per-

sona porque había venido a triunfar, no a pedir lástima e imposibles a su familia, la que contempló por años su ahorro constante para irse, para volar de aquel hueco que la ahogaba, para ser alguien en algún lugar del mundo donde no estuviera limitada por ser hija de alguien y de alguna, por ser nieta del abuelo y de la abuela, todos una partida de muertos de hambre. Siempre se sintió invitada al gran mundo y lo único que debía aportar era el atrevimiento. Se atrevió resguardada en sus ahorros y esos ahorros eran la suma de cero + cero en el gran mundo. Además capitalizaba la esperanza y la esperanza en los sueños produce enormes dividendos.

Entró con pasos seguros, con su mejor vestido remendado, con su peinado casero que se desvanecía en el aire acondicionado y que en la última mirada en el espejo le vio un aire de Reina Isabel venida a menos, pero todavia digna dentro de una soberanía apenas disfrazada de teatro pobre en el triste espectáculo de la reconstrucción histórica. Ella había calculado entre la muerte y el sacrificio de todos los suyos, porque era calculadora y resultó que el simple boleto de regreso, aún andando un rato entre el centro y el desconocimiento de nuestra única tierra, no alcanzaba ni el vender las casas, las camas, las huertas, los pedazos de madera con alma de armarios y de muebles, ni los apellidos con mala fama que no resultaban fianzas seguras en las transacciones bancarias. No había solución de propio esfuerzo unido al de su familia entrañable, parientes, y al de amigos que a lo mejor ya ni recordaban su nombre, ni querían relación alguna con alguien que pensó hacerse de un ascendente triunfo en tierra extranjera sin conocer el idioma ni las mañas de los que habitan las

urbes, sin tener oficio y poseer tantas ambiciones injustificadas.

Cuando ya no le quedaba nada, ni un centavo, ni un abrigo de bien tapar, pensó en vender su cuerpo. Y lo hizo con dificultades, pues no sabía el dónde y el cómo. Alguien había mencionado la 42, pero ahí descubrió después de aguantar varios aguaceros que el uso de ropas estrafalarias, más avanzadas y atrevidas que las de la última moda, era obligatorio junto a un maquillaje escénico y caro, fuera de su alcance, con la necesidad de meterse en un bar y pedir brandy tras brandy mientras alguien le proponía la cosa nostra y se la alzaba.

No le fue fácil pasearse como perdida, con aire de inocente y de primera vez, en verdad lo era, sin contar algunos escarceos de novios temporales y atrevidos además de algunas masturbaciones, en aquella triste y sucia estación del subterráneo. Un tipo se le acercó y le propuso y ella pidió veinticinco dólares. Se alejó de inmediato con un se cree Sofía Loren. Llegó un obeso al extremo de caminar dificultoso y aceptó el precio, aunque ella pensó que por aquel peso merecía el doble.

La experiencia le produjo un asco tan traumático que vomitó dos días seguidos, en los que sólo pudo probar agua en poquitos.

Entonces se convenció a sí misma que la solución era buscar un refugio y aquella gran ciudad lo debía tener. Empezó a recordar todas sus experiencias, sus caminatas, sus visitas, cuando los ahorros se lo habían permitido y hasta lujos de despilfarro se daba. Fue así como recordó que Bloomingdale's era

una ciudad completa, ofrecía desayunos en el sótano, almuerzos en el mezanine, camas en el noveno piso, toda clase de ropas según las estaciones y también libros, entretenimientos, televisores de colores, shows, música, el perfecto panorama que la había atraído a viajar y a radicar en esa grande, generosa y civilizada nación.

Durante días y días visitó Bloomingdale's para comprar pequeñas cosas, porque creía injusto y bastante incómodo ir por ir sin dejar algún dinero, pues entendía perfectamente que aquel aparato con una gama amplia de apetitos, escaleras eléctricas, ascensores, exhibiciones de cualquier especie, gangas y exclusividades caprichosas, artículos cotidianos y extravagantes, exigían, claro que exigían, la más mínima compra. Ella sólo lo hacía en el sótano, en la mesa manoseada de las baratijas, donde adquiría una blusa pasada de moda, con carriles activados hacia más carriles apenas se agitaba, con tres botones sin ojales o con tres ojales sin botones, hecha en Taiwan o en Corea, por el cómodo precio de un dólar con noventa y nueve centavos que después de llevar a la cajera anciana, miope y desconfiada, con largo historial de reconstrucciones quirúrgicas, la cobraría en tres dólares cincuenta y ocho, luego de calcular en máquina electrónica los impuestos etcétera de la prenda ganga en el revoltijo de las oportunidades.

Con estas compras mínimas, tuvo ocasión de diseñar los planos enteros de cada piso y los uniformes de vendedoras, y lo que era más importante las que venían a asear los pisos, sacudir los modelos, recoger colillas y todo eso que dejan los apestosos ne-

gros y latinoamericanos que han venido a ensuciar, faltos de educación, esta hermosa y limpia ciudad.

Con el diseño del uniforme, compró aguja y dedal, hilo y tijeras, tela y colores en el mismo Bloomingdale's para su talla, un dudoso doce, que por esos engaños ilusorios del consumo era en realidad un dieciséis, a pesar de las abstracciones, de los ayunos obligatorios y de esa hambre tan latina del antojo.

Entonces fue cuando pensó en su tierra, ahí donde nada era artificial, todo tenía su nombre, su sabor, su olor, su ritmo, su canción, su ritual, su tacto, natural, tan simple que no se advertía.

Y con paso firme entró, con una decisión cuya fuerza la devolvía a su tierra, a su afán de ahorrar peso tras peso para asegurarse un porvenir civilizado y así vencer aquella inseguridad de no contar con la garantía de ser fotografiada en el momento preciso del éxito, aunque no pudo precisar que era el éxito en sí: una cara sonriente como la que tenía en su tierra cuando comía mango o una cara que tuvo necesidad de aprender el gesto triste de carecer de una tierra firme, porque el vértigo la embriagaba en esa necesidad de agarrarse a las paredes.

No fue fácil aquel paso seguro, le valió un trabajo de expertos y de afilar su ingenio criollo hasta el punto en que descubrió el centro enemigo de los actos subversivos: esa prevención delatora de sicólogos para el imprevisto de cometer el delito por la evidente presencia de la necesidad innecesaria, ese placer que vende la propaganda de consumir lo que no querés, te hace daño y te va a joder por mucho

tiempo. Presentar lo apetitivo falso al alcance de la mano con ese movimiento autónomo de agarrar lo que se pueda porque para eso es mano. La inmoralidad de lo moral que se descubre de pronto y te devuelve el ojo hacia la profundidad del cerebelo. De ahí su paso seguro porque siempre frenó sus dos manos en el punto mismo del delirio por aquello tan cercano, tan puesto a la vista, como para que te lo llevaras y luego en la policía te gritaran que para siempre estabas marcada, ganster hijoeputa, que te atrevés con la propiedad privada. No, su paso seguro se sostenía en esa cosa segura y sólida que había rechazado la posibilidad del robo, porque debía respetar la propiedad privada si en adelante de la propiedad privada iba a vivir.

Su paso seguro era el desdeñar ese mundo planificado en que A va a B, lo que significa que obtuvo su visa de residente con falsos contratos y con el A el paso siguiente era B, de enemigo de la sociedad. Nunca quiso confiar en ese placer de planificar todo, porque ella era terca y no caería en la seductora red del robo. Además creía en lo imprevisto, su tierra estaba hecha de imprevisibles, cuando se estaba en lo mejor de las lluvias empezaban los temblores, y toda la gente diciendo que nunca había temblado cuando llovía, o cuando en pleno verano con un sol radiante en abril se venía un temporal repentino casi de un mes y la gente decía que eso nunca había pasado en otros abriles. Además, cuando había un político bueno, el pobre nunca podía llegar a presidente porque a última hora alguien le inventaba ideas comunistas y entonces sí que sí, la gente se asustaba y ni a votar llegaban. Claro, en este país que estoy pa-

rada es todavía más radical el asunto porque estos señores lo resuelven a tiros.

No se había querido ni acercar a la red del robo, para ello se encomendaba a la Virgen de los Angeles, líbrame Señora, porque entonces se diría en mi expediente de inmigrante: chola, oscura, peligrosa, altanera, ojos negros, negativa, sin posibilidades, inconstitucional, insolvente, infectada, borracha (y eso que no estuve en la 42), mafiosa, ladrona, ávida de lo ajeno, lista para demostrar que A y B son lo mismo. Inmigrante y peligrosa suman desconfianza, ya lo sabíamos. Son unos cafres, no se adaptan, no saben vivir en lo que es la civilización y vienen a asaltar a este país generoso, demasiado ingenuo y demasiado tolerante.

No, ella no caería en esa red del A va a B. Ella no se dejaría. De ahí ese paso seguro de A que no va a B, aunque estaba mareada y a veces le parecía que temblaba.

Entró con las aseadoras y llamó a Jimmy por su nombre, segura de sí misma y se fue directo a la venta de camisas de dormir, las caras, las de la temporada, y con la caja de maquillaje que encontró casi a la entrada se hizo un rostro de Blancanieves dormida. Después de verse en el espejo, llegó a convencerse de que en su país ella era realmente un producto de exportación. Subió al piso noveno y se acostó en la cama de $399,99, que tenía colchón de agua para facilitar agitaciones sexuales, cobertor y almohada para esconder la caja de maquillaje y el uniforme de aseadora. No durmió, se hizo la dormida. Eso cambió sus planes, porque muerta de hambre y de sueño se despertó rodeada de clientes, que

agitaban las destrezas del colchón de agua. Creyó que realmente temblaba y abrió los ojos con terror.

Miren, dijeron los clientes, es una modelo robot, ésas que responden a los estímulos. Entonces tuvo que improvisar reacciones. Si la tocaban suavemente jadeaba, pero si era violentamente sacudida reaccionaba con el pánico de lo imprevisto. De imprevistos estaba hecha. Claro, le daban cólera los comentarios. She is an ugly model. She looks like a latinamerican chicken. Había algunos más estimulantes. Dijeron que era oscura pero agraciada. Claro quienes hablaban en español la encontraron bonita, elegante, jadea muy dulce, qué buena idea, ya estos gringos no saben qué inventar. Estuvo en exhibición todo el día, por lo que no pudo probar bocado y por dos veces hizo pipí que temió corriera hasta notarse en gotitas que sonaran sobre las alfombras, la acusaran por la humedad, la delataran por el olor. Se sintió indignada cuando un atrevido alzó el cobertor y le pellizcó una nalga. Tenía que ser un cubano porque dijo vaya chica hasta pelos tiene y sudor, huele mal, vámonos de aquí, a lo mejor es una paisana muerta de hambre y nos planta ahora mismo un sablazo.

La experiencia de ese primer día fue horrible y no era para menos, había hecho todo lo contrario a lo planeado: levantarse temprano, esconderse en el baño de los empleados de oficina que entran a las diez y vienen sin apuro de servicios sanitarios, vestirse con lo escogido, salir, entremezclarse con el público y después a la calle, si le apetecía y hacía buen tiempo. Si no, pues quedarse adentro que era un mundo perfecto. Todo por no dormir en la hora pre-

vista y largarse dentro de un sueño desvaneciente en la pura madrugada.

Tan pronto cerraron las puertas y apagaron las luces de adentro, de acuerdo con los indicadores de los ascensores, que marcaban los movimientos de los tres pinches y perezosos guardas, se desplazó por las escaleras eléctricas ya deselectrizadas hasta el incinerador para deshacerse de sábanas, cobertor y uniformes. Todos bien orinados. Por dicha los nervios pudieron detener la diarrea y ciertos gases. Resuelto el asunto decidió comer los caprichos del día: ancas de rana, salmón ahumado, roast beef, almejas gigantes y cheese cake. Se sintió como en su casa, perfectamente instalada. Hasta goloseó aceitunas y dátiles secos. Se conmovió de los desperdicios en licores a medio tomar, licores caros como coñac, armagnac, wisky y quién sabe que más rarezas, pero se abstuvo por el temor a un día igual al ya vivido. Se conformó con un vaso de leche, que se dio el lujo de entibiar para que la reconfortara por dentro y le diera ánimos para seguir su plan.

Con camisa de dormir nueva y veintiocho dólares que encontró en una gaveta de algún descuidado, bien maquillada, se acostó de nuevo en la cama de U.S.$399,99 ahora con sábanas de lino y un cobertor de su azul preferido. Tenía por supuesto lista la mudada del día siguiente, perfectamente completa, con guantes, sombrero y abrigo, aretes y collar, de lo más selecto en el baño de los ejecutivos.

Así estableció la rutina: de noche en la cama con colchón de agua, en esplendorosa y excitante camisa de dormir, cada noche nueva y de color distinto, de día como distinguidísima cliente, de vez en

cuando en las calles con aquel prestigio de lo último de lo último.

En cada oportunidad con más dólares de ésos que se dejan al descuido.

Empezó a acumular cosas que no era posible esconder en el ámbito de una cama. Esas jodidas vainas del apego y no puedo deshacerme de esto porque me gusta en demasia. Empezó a llenar el closet en el servicio sanitario de los ejecutivos, que ya olía en exceso a perfume de mujer y sin que lo adivinara había motivado una investigación de detective privado sobre si allí, en horas de trabajo, pagadas con excesiva generosidad, no se estaba llevando a cabo ese ritual de por qué no nos entendemos de otra manera que no sea ese eterno reclamo de si apenas sólo somos el 1% del total de ejecutivos en esta empresa y eso no puede ser porque tenemos iguales derechos y oportunidades que ustedes, señores acaparadores de todo poder. Alguno contestaba que el poder se media en las camas con colchón de agua y ellas, las apenas cinco de quinientos ejecutivos se enojaban con aquel cabrón, pues sabían unánimemente que era un rotundo impotente. Si alguna vez algo les llegaba en los remolinos del colchón era un inexperto dedo. El detective certificó que en las horas de trabajo, en la jornada asalariada, ahí no llegaban más que los apurados, casi con la jareta abierta y que de coitos parecía que no se daban, salvo que hubiera algún desviado, que no es de extrañar en estos tiempos, en los griegos y en los romanos que se desparramaron en lo que no se debe decir ni repetir, quizás se daba un fenómeno de afeminado, ésos que se perfuman para masturbarse en la absoluta inhospitali-

dad de un inodoro. Sin embargo era de advertir que tardaban en sus quehaceres lo mínimo de lo mínimo, por lo que eran unos arrechos pero tenían unas mañas no muy gratas de higiene y de economía, porque con frecuencia no se lavaban las manos y en varias circunstancias arrastraban un papel higiénico detrás de las suelas de los zapatos, con lo que demostraban que solían descolgarlo como si fueran cataratas.

A veces iban tres, al mismo tiempo, lo que resultaba bastante triangular, pero uno salía a los dos minutos, el otro a los tres y el tercero a los cuatro, lo que hacía pensar en sus hábitos de higiene, en su rutina de digestión o en su preparación previa al acto. Terminaba el informe, como siempre, con la necesidad de investigar más, pues a lo mejor el mecanismo de los resortes de cada asiento, esa forma de rotar las sillas, esa comunicación de intercomunicadores, ese cruce de miradas, ese intercambio lascivo de buenos días y qué tal todo, podía ser como un aperitivo afrodisíaco, pero también existía la posibilidad de que con tanta confusión de imágenes que hay ahora en que nadie sabe quién es quién, a qué género específico y a qué sexo pertenece, se pinte las uñas, use perfume y maquillaje de mujer. Una nota advertía que habían encontrado residuos de polvos y de otras cositas que sólo usan las señoras. Además se citaba un caso de un hombre muy respetable que se pintaba bocas muy rojas en las palmas de las manos y de los pies, para empezar a juntarlas en momentos de soledad en piruetas preludios de coitos. Alguien lo sorprendió, siempre alguien sorprende y así se supo de tan extraña maña, pero se ignoraba todavía qué seguía después de esa etapa preliminar. No se descartó la idea de drogas ligadas al perfume disperso.

Sobre el informe, habia una metida de pata que no podia olvidarse. El detective extrañamente sensibilizado por descubrir sólo insignificancias, oyó unos extraños gemidos en el sanitario del más alto ejecutivo. Sin pensar mucho y fuera de su área de investigación, rompió la puerta a patadas y con pistola en mano se encontró al más alto ejecutivo con las piernas muy abiertas y el culo pelado puja que puja. Después se supo que era estítico y ningún purgante le funcionaba.

El grupo de mando, cada uno de sus miembros con servicios sanitarios dentro de sus oficinas, decidió pagar los honorarios del detective privado y olvidarse del asunto, pues en esos lugares la pura verdad es que todos deben tener la libertad que requieren las intimidades. Se sintieron avergonzados de atender raros informes de esa gente que sospecha y sospecha porque son ignorantes y se extrañan de cualquier cosa, hasta de lo natural. En un servicio sanitario qué puede pasar más allá de la función que cumplen. Entonces, llamaron a los responsables del aseo y les dijeron que no más tonterias porque la investigación inservible habia costado muy caro y ahí sólo sucedia lo que sucede en esos sitios. Los amargados del aseo transmitieron a gritos lo que dijeron los patrones y ordenaron que sólo limpiaran sin andar espiando porque si no... un cheque y se acabó el trabajito por aquí.

Cuando vino la del noveno piso y confesó que la modelo del colchón de agua roncaba, el cheque del adiós le llegó al otro día con la nota de gracias por sus eficientes servicios. Eso hizo correr la consigna de ver, oír y callar.

Mientras tanto las cosas fueron cada vez más fáciles, pero el closet estaba casi repleto y no era posible seguir guardando ahí tantos vestidos, zapatos, carteras, ropa de dormir, de playa, interiores, además de perfumes, pequeñas joyas y maquillaje, adornos y cuanto tentador utensilio le llamaba la atención. Pensó que debía tener algún rincón afuera, donde depositar tanto excedente. Pensó y pensó, sólo conocía muy superficialmente a una compatriota con la que se encontró en el Central Park, le dejó su teléfono y le rogó que la llamara. Nunca lo hizo porque sus paisanos en el extranjero le parecían peligrosos, además aquella mujer hablaba sin cansarse y le contó detalles íntimos de su vida y de aquella anciana paralítica, dueña de una casa inmensa, a quien cuidaba porque era su oficio, su obligación y su generoso pago por correo de unos hijos que nunca la visitaban y a lo mejor les importaba menos que un centavo de dólar. Escribió su teléfono en la libreta de sus contabilidades, que ahora arrojaba un monto de descuidos de más de mil verdes, necesitados de manejarse en una cuenta bancaria y no debajo del colchón.

Llamó. Sí soy yo ¿me recuerda?, ¿en el Central Park?, era su día libre y ¿cómo está su ancianita?, necesito verla, me va muy bien y quiero tener una socia, estoy en el negocio del mayoreo, ¿podremos tomar té en Bloomingdale's?

Y llegó en su día libre, en que dejaba bien atadita a la de edad incalculable, casi de pergamino. Se saludaron de beso y hablaron largamente con nostalgia de tortillas y de quesos que sólo en esa tierra de milpas y requesones se daba. Después a los negocios, ella tenía excedentes y había que guardarlos en

alguna parte. Le enseñó su cuenta corriente con un monto de dos mil quinientos, pero a la otra le parecía que era poco para aquella indumentaria de lo último de lo último, en que había exceso de collares, de anillos y de sedas.

Entonces contestó, ¿no es nada ilegal?, le tengo miedo a los policías, son tan altos y tan robustos, tan seguros de sí mismos, que me ponen a temblar, usted sabe que tengo documentos falsos, soy apenas turista, ave de paso, que está instalada aquí, en el centro nervioso del mundo.

Bastante nerviosa fue la respuesta, mire yo soy bien criada, nada de lo mío es deshonesto, es legítimo y ganado a la pura brava, porque como coterránea usted sabe lo duro que es vivir aquí, yo también entré como turista y me quedé entre las sombras que algunas veces encuentran el sol de la comodidad de los demás. ¿Bueno sí o bueno no?, eso le pregunto porque usted tiene sin costo un espacio infinito, la anciana no oye ni ve y tiene área disponible para que entendamos el lenguaje de este país, sin darse cuenta de nada porque no es necesario ni posible.

Respondió que sí y aceptaba half to half, pero que le diera seguridades de que todo era honesto, sin policías, ni investigaciones. La otra sonrió y contestó con eso de time is business, business is business and the show has to go.

A la otra le pareció la respuesta perfecta y sólo le contestó OK.

Entonces sí que sí, el OK cerraba los tratos y sacar los apegos era trabajo de hormigas labriegas. Pero tal vez no era tan difícil, la estación se prestaba,

ese otoño frío y ventoso en que era necesario un abrigo protector. Escogió el mejor de los mejores, el más caro de una gamusa exquisita con el gris falso de las ratas sucias y con unas bolsas que había diseñado alguien que nunca pensó en las tentaciones de los que buscan descuidos.

Gris de cuerpo entero, maquillada con mano segura y experta en languidez romántica, casi enfermiza, entró desde el baño de los ejecutivos a los quince minutos de la hora en que se abrían las puertas de Bloomingdale's a todos sus constantes clientes. Se paseó tranquila, segura de su belleza, de su apariencia de mujer rica, compró algunas tonterías, vio varias veces su reloj de oro y pasó entre los guardas y ante los porteros como una de esas señoras que mata el tiempo comprando de poco a poco. Sonrió al vacío, a la puerta abierta, a la calle libre.

Dejó todo aquel botín en manos de su compatriota, aretes, abrigo, después de desocupar los amplios bolsillos de baratijas y joyas, desató sábanas y bufandas que llevaba amarradas a la cintura, de las mangas sacó una blusa de seda, una falda de cuero, y del bolso ropa interior de primera con adornos de encaje hecho a mano en Mallorca. Mañana volveré con más, ahora debe firmar aquí, porque todo esto es a medias, para abrir después una boutique y ser independientes.

Todos los días se repitió la escena de la entrega y del recibo, hasta que llegó el invierno en que los abrigos de pieles llenaban una hilera. Fue por aquella época en que surgió un problema nuevo.

En el piso noveno hubo un cambio de guarda. Decidieron reemplazar al anciano moreno, que se dormía en cualquier silla, se olvidaba las marcas de los relojes de control y era del dominio empresarial que vigilaba con acompañante: su pachita de brandy, que compraba en la licorera Black Liquor tres cuadras al este de Bloomingdale's. El guarda nuevo era un perrito desvelado, que se movía por los rincones, vigilaba las hileras de vestidos, se metía en los vestidores y se quedaba contemplándola como modelo en aquella cama de colchón de agua. Ese guarda era un tipo peligroso, se dio cuenta al momento por eso permanecía con un ojo abierto y el cuerpo dormido en la placidez de su modelaje.

Una noche, cuando estaba pensando que el traslado del botín era una tarea interminable, pues ya estaban llenos dos cuartos enteros de la mansión de la anciana señora, el automóvil y el garaje, ella sintió la mano del guarda nuevo acariciándola, primero las piernas, luego más arriba, hasta descubrir lo que tiene el descubrible nombre de mujer. No se le ocurrió otra cosa que llorar, llorar ante la secuencia de A y B, llorar por aquella inferioridad metida hasta los huesos, llorar por haber sido un disfraz, llorar por su tierra perdida en donde era un nombre y una cara, llorar por aquel viaje y por toda aquella humillación, por haber llegado a la vergüenza de imitar su lenguaje. Lloró, lloró mucho y el guarda la consoló, él no podía hablar español pero lo entendía porque su madre y seguramente su padre desconocido eran mexicanos.

En un inglés que ella entendió, le explicó que al guarda anterior lo habían despedido por las muchas

cosas que se desaparecían en ese piso, por lo que podía tomar lo que quisiera de los otros, pero por favor no del noveno. Con eso se ayudaban los dos, pues si lograba algo así como un record, el único piso en que no desaparece lo caro, lo podían ascender a jefe de vigilancia. El la ayudaría, era incapaz de denunciar, le gustaba ayudar a los desamparados, eran tantos, ya no estaba sola, además las noches son largas. Le confesó que era casado y tenía familia, no quería mentirle ni engañarla, su esposa estaba muy enferma y a lo mejor se me muere pronto y entonces le hago un huequito en mi casa.

Mientras se daban los lloros, las explicaciones, los suspiros y los moqueos, las manos del guarda le recorrían, muy atrevidas, todo el cuerpo. Ella cerró los ojos ante un beso que la dejó sin aliento y pensó hágase lo que Dios quiera.

En el rato de descanso, cuando el guarda dormía profundamente recogió el botín de los pisos 8 y 7, donde por supuesto había buenas cosas, de las más caras. Y no se le olvidó hacer las marcas que el guarda debía hacer, porque Dios libre lo fueran a despedir por dormilón.

Se levantaron al mismo tiempo y se bañaron juntos en el servicio sanitario de los ejecutivos. El la vio pacientemente cómo preparaba sus amarrijos, llenaba las bolsas y la cartera y cómo por el inodoro se esfumaban las etiquetas de precios y los detectores electrónicos. Sin duda es una mujer superdotada, pensó sonriendo.

Su amiga le planteó la necesidad de organizar un sistema de ventas, porque ya no se podía cami-

nar por la casa y se había encontrado que al pasear a la desnucada señora por el hall le daba por gruñir extrañamente cuando se encontraba con abrigos, sombreros y vestidos colgados de cuanta silla había. A lo mejor está recobrando el cerebro y ahora sí que sí, nos puede denunciar. También mencionó el riesgo de que pudiera caer algún pariente. Hacía dos días, después de meses de silencio, sonó el teléfono y alguien preguntó por Missis Simón, ella contestó rápidamente she is okey y cortó la comunicación. Y por si fuera poco, después de ver una película sobre una cárcel de mujeres, no dejaba de soñar en que tocaban la puerta, la abría y entonces entraba la policía con pistola en mano, la detenían y la torturaban para que delatara a sus cómplices. Esos eran como presentimientos muy dignos de tener en cuenta. Y mientras decía todo esto, la otra observó que para entre casa llevaba la confisgada un vestido de seda pura, uno de los más caros que había logrado sacar de la tienda y los zapatos eran de auténtico cuero de lagarto.

Su respuesta fue la de lo pensaré, mañana vengo con una solución. Yo ya tengo una, le respondió la otra. Unos amigos míos, compatriotas, que viven en Queens, quieren poner una boutique. Es un sitio estratégico porque por ahí no hay una tienda en varias cuadras. Entonces le cayó la peseta: un poco del teatro del miedo y del presentimiento y de la falacia cuando su socia tenía todo montado, hasta nuevos socios en el Queens, y si ya hasta ella estaba usando la ropa, a lo mejor la boutique ya funcionaba con parte de su botín.

Esa noche se lo contó a su Jimmy Fernández, que éste es el nombre del guarda del noveno, quien confirmó sus sospechas, que a esa altura de mascullar y digerir la conversación con la otra eran enormes, casi no sospechas, evidencias absolutas. Y Jimmy le contestó que a la mañana siguiente, felizmente su día libre, la esperaría entre la 47 y quinta, a las diez en punto, para visitar a la amiga y llevarse de inmediato lo que todavía no le habían robado.

Dicho y hecho, en unos bluejeans juveniles, camisa de cuadros y jacket de cuero, caminó hasta el encuentro de la 47 con la quinta. La mañana estaba adorable y su paso de dueña del mundo despertó unos piropos pasados de tono por parte de unos hispanos, qué mamadita te daría nena. Se sorprendió del automóvil último modelo de Jimmy Fernández, quien en el camino le confesó que su esposa tenía una boutique en el Soho y allí se colocaría todo a medias. ¿Su esposa, con tan mala salud, tan a punto de morirse, manejaba una boutique? La pobre está muy mal, pero para los negocios es un lince. No hablaron mucho, porque Jimmy la estaba ayudando y no era oportuno desconfiar de él cuando la pudo denunciar e incluso no ayudar a salvar lo que restaba de su botín.

Hicieron tres viajes. En dos el automóvil iba atestado, en el último fue menos lleno. La compatriota se mostró muy resistente a entregar lo que también era suyo y alegó desesperada por su parte. Ella que para entonces ya tenía cuenta corriente, chequera y carta de crédito del American Bank, le prometió darle un cheque en el último viaje y así lo hizo, no quería tener problemas por mezquindades, con ma-

no muy segura escribió el nombre de su socia y el monto de la suma por U.S.$5.000. Fue diciendo y repitiendo el monto mientras lo iba escribiendo: five thousands dollars. La otra conmovida y asombrada la abrazó con emoción y le preguntó cuándo y dónde se verían. Te llamaré por teléfono y nos ponemos de acuerdo. Fue así que puso octubre de 1982 en vez de octubre de 1984 y alteró de tal forma su firma que parecía sospechosa, quizás por la emoción de aquel día con tantos ajetreos, por aquella operación llevada a cabo con tamaña eficiencia y por ese agradecimiento conmovedor de su compatriota.

En el primer y en el segundo viajes Jimmy Fernández no la dejó bajar. No es necesario: déjame asumir los riesgos como corresponde, por aquí vive gente que trabaja en Bloomingdale's y a lo mejor te reconocen. Pensó protestar porque los trabajadores estaban trabajando a esa hora y porque no la conocían, ella era parte de la multitud y si ya alguien supiera ella no estaría precisamente dentro del automóvil, sino tras de las rejas. Pero no dijo nada porque se sabía todos los cuentos de este mundo, lo que no entendía era la necesidad que tenía Jimmy Fernández de mentirle y de hacerle creer que su esposa no era aquella rubia, saludable y vital mujer que le estaba ayudando a recibir su botín. Lo único que le preocupaba era entregar tan valiosas cosas sin lista, sin precio y sin recibo, pero comprendía que todo en esta clase de negocios era riesgoso.

En el último viaje ella salió del automóvil y ayudó a entregar paquetes, por lo que Jimmy Fernández la presentó en un pésimo español a una flaca y fea mujer como su esposa y ambas sonrieron. A la rubia

que mandaba el acomodo, la presentó como su hermana mayor. Ella extendió la mano en señal de trato y la otra se la sacudió con efusividad y alegría.

Muy poco después se dio cuenta de su embarazo. No dijo nada, no le importaba lo que podría opinar Jimmy Fernández porque la verdad es que ella quería tener un hijo que fuera norteamericano por nacimiento para que nadie lo humillara. Por carta es fácil inventar, inventó un matrimonio con Jimmy Fernández, a quien hizo comerciante, dueño de una boutique en el centro de New York. Describió la boda con lujosos detalles de los que se regocijaba al sentir la envidia de sus padres, hermanos, parientes y amigos. Es que al fin y al cabo había triunfado.

Con tiempo preparó las cosas. Alquiló un departamento, cómodo, de dos cuartos, comedor, cocina y un amplio hall. Quería tener un lugar propio, donde la rodearan sus posesiones. Claro, siempre seguía abasteciendo la boutique, que se llamaba irónicamente Dealingbloom, y Jimmy Fernández cada mes le entregaba un cheque de 2.500 a 3.000 dólares, según lo que le correspondía de la mitad vendida.

Ella se estaba especializando en abrir gavetas con dinero y a punta de oído aprendió la combinación de las cajas fuertes. Aprovechó los apagones que ordenó la administración para economizar electricidad, con lo que también se desconectaban los sistemas de alarma.

Cuando Jimmy Fernández se dio cuenta de su embarazo, ya tenía ella seis meses de esperar con ilusión a su hijo norteamericano. Se puso muy con-

tento y le explicó que su esposa había estado bastante mal las últimas semanas y a lo mejor pronto podrían estar juntos para toda la vida. Además le contó que su mujer no le había dado la dicha de hacerlo padre y ella recordó que en Dealingbloom acarició a un bebé acanelado, a quien arrullaba amorosamente la rubia dueña. ¡Qué necedad la de mentir que tiene Jimmy Fernández!, pensó con cierta tristeza porque sus mentiras abonaban una desconfianza que ella no quería tener y lamentablemente tenía. Después de oírlo mentir, se veía obligada a hacer lo que empezó a llamar ejercicios espirituales y eran una especie de despejar los nublados del día con aquello de que es bueno, noble, afectuoso, confiable, mientras el nublado le repetía sus mentiras y esa mirada pícara que no le cabe en los ojos. Al final la letanía de bueno, noble, afectuoso, confiable si no le limpiaba el cielo de la cabeza por lo menos agitaba las nubes que ya no se cerraban compactas. Ella siempre pensó que dentro de su cabeza había un cielo y que el cielo de afuera pertenecía a la cabeza de Dios.

Jimmy Fernández aseguró ese hijo que viene nos unirá para siempre, para siempre, y le regaló una cadenita muy linda que ella agradeció profundamente porque no era de Bloomingdale's, ni parte de su botín, y le pareció muy delicado que buscara algo agradable, caro, desde ahora un recuerdo inolvidable. Lo quiso más esa noche con el cielo totalmente despejado.

A los ocho meses le dijo que se iba para su departamento, debía descansar y prepararse, ya no estaba para deslizarse como una gata de piso en piso. Además sentía que algo raro estaba sucediendo: cer-

ca de la hora del cierre los empleados parecían hacer inventarios, todo lo contaban y apuntaban, se olía una investigación. También descubrieron dos detectives que se movían durante la noche con un aire de sospechosos que les enfriaba el ambiente y les aceleraba el corazón. Desde que llegaron fingiendo que eran fumigadores y le dieron una máscara a Jimmy Fernández para que se protegiera porque iban a dispersar un gas muy venenoso que acababa con cualquier ser vivo. No se asuste, amigo, se han descubierto unas cuantas pulgas y varias cucarachas, dijo uno y el otro añadió con una mirada que le quiso abrir la camisa: unas grandecitas que se llevan cosas. Fumigaron hasta el menor rincón y cuando llegaron a la cama con colchón de agua y aquella modelo que consideran un adefesio, se les había acabado el veneno y las ganas de quitar el protector, correr la cama, bajar la modelo y luego poner las cosas en su mismo sitio. Además ya eran las once y en aquel trabajo no pagaban extra, aun cuando después de que guardaron las bombas en el closet se sentaron muy tranquilos a hablar con Jimmy Fernández, más que hablar a preguntar y le preguntaron si nunca le había pasado algo raro en su trabajo de guarda, si no había visto un fantasma, si confiaba en sus compañeros, si visitaba otros pisos durante la noche, si no tenía otro trabajo durante el día, si estaba satisfecho con el sueldo ahora que todo subía su precio. El se quitó la máscara y no olió veneno alguno, había visto que los fumigadores no usaban protección para el riego y descubrió muy rápido la grabadora que llevaba uno de ellos en el bolsillo superior del uniforme, que era por si fuera poco demasiado nuevo, demasiado limpio. Contestó, entonces muy tranquilamente como contestan los inocentes y los tontos, contan-

do más de lo que le preguntaban, confiándoles ingenuos detalles de su vida, de sus sueños, de sus aspiraciones, de los esfuerzos que hacía para mantenerse despierto, de sus paseos por el piso contando los pasos y cantando aquello de singing in the rain, cuya letra cambiaba por raining in the song. Cuando les habló de la enfermedad de la esposa, con los detalles de hemorragias y vahídos, los detectives bostezaron y ella debió pensar que un mentiroso de ese tipo va a morir víctima de sus propias mentiras y más bien creyó que era un tipo creativo, ingenioso y muy ameno, además de inteligente cuenteador. Los detectives se fueron aburriendo al punto de deprimirse ante aquel discurso inacabable y cansador, que los iba llevando agarrados por las solapas hasta los diferentes puestos de marcar el reloj. Cuando se pudieron escapar decidieron que ese tipo era el único que parecía totalmente inocente. Así lo pusieron en el informe y resultó coincidente con el resultado del piso, el único en que sólo se perdía el natural 1%. En los trece pisos restantes los hurtos llegaban hasta un alarmante 10%, que ya implicaba pérdida porque los costos permitían un 5% incluido en los precios, más allá el índice era peligroso porque las ganancias se reducían y surgía la amenaza de que aquella gigantesca empresa fracasara en detrimento de la economía nacional.

Caramba dijo Jimmy Fernández al oír estas explicaciones que le dieron al nombrarlo Jefe de Seguridad de este Bloomingdale's, así se lo contó con diálogos y descripciones del ambiente y de las caras de los ejecutivos, cuando la visitó en su departamento, con un rostro sonriente que no se saciaba de acentuar sus aciertos: vivo porque era muy vivo, atracti-

vo porque su sonrisa abría puertas y corazones, de inteligencia despierta que agarra todo al vuelo y no deja caer las ideas, alguien quien piensa y recoge los aperitivos de vida y más vida, sin dejar de citar que en la cama sabía penetrar como un río, no había rincón que no supiera inundar con ternura y capacidad, porque capacidad no le faltaba. ¿No era cierto? Ella asintió con la cabeza porque no tendría oportunidad de hablar ante aquel monólogo infinito en que contradecía alguna de sus mentiras habituales al decir que el niño sería varón porque no había tenido nunca un varoncito, sólo podía engendrar mujercitas llorosas y tímidas que al crecer se ponían tan feas como nacieron, porque su mujer era muy fea también y no tenían nada de su madrecita, su bendita madrecita, sacrificada y trabajadora que no entendía de eso sobre intereses y excedentes que su gringa esposa recalculaba en su computadora miniatura sobre una vida fácil que ellos no conocían pero sí disfrutaban, ella se hizo del mando y en menos de lo que canta un gallo se convirtió en el amo, en la que daba las órdenes, en la que sólo su quickly era obligación de moverse ente la tentación de las siestas, de las conversaciones largas y reiterativas, de los cuentos y de confesiones ya tantas veces contadas, o de chistes tantas veces repetidos y reídos con igual alegría y candidez.

Lo dejó hablar hasta el momento en que hubo un pequeño espacio, en que le dijo: me siento feliz ahora, me parece que he llegado a eso que ahora llaman realizada, al fin me veo integrada a este país, con un lugar propio y muy pronto con un hijo norteamericano. Y como apreció en la mirada de Jimmy Fernández la pregunta de y yo qué, agregó tierna-

mente: te quiero mucho y le besó la punta de la nariz. El empezó a acariciarla en una especie de masaje que subía y bajaba por su cuerpo, como si quisiera adelgazarla o introducirla a un rato de besos y sexo. Ella le dijo que no, no por ahora, quiero dormir tranquila y esperar un parto consciente y sano, en que la alegría del bebé me vaya invadiendo. Jimmy Fernández quiso forzarla y ella gritó que no, no, como sabe decir tu saludable esposa gringa. El acentuó unas groserías en inglés, después tiró la puerta en tal forma que temblaron unos cuadros. Ella no se asustó, ya sabía que en aquel centro de poder no temblaba y por lo tanto ningún ser debía temer a los temblores.

No lo volvió a ver durante el mes siguiente, aunque la llamó por teléfono cada semana para asegurarse que estaba bien y si no necesitaba algo, ella siempre le contestó que no se preocupara, andaba bien y saludable y lo quería definitivamente. La conversación se repitió cuatro veces y detrás de sus declaraciones ella vio el rostro de Jimmy Fernández verdaderamente preocupado de haber perdido imagen, credibilidad de palabra y capacidad sexual, lo que la hacía sonreir sobre su convencimiento de que los hombres eran unos seres tan inseguros que tomaban el poder como una medida preventiva para que no se notaran sus fallas y debilidades, presentadas con aires evidentes de una propagandística generosidad: ¡qué mené!

Ella, mientras tanto, contrató a una espalda mojada para que cuidara el departamento y sus cosas y al bebé en sus ausencias, porque era enfermera de horario nocturno y por lo tanto en las noches no es-

taba en su casa, sino trabajando. Además agregó que era fanática del orden y del aseo, estricta y exigente, y ojo a las malas cuentas y a los desaparecimientos de cosas y monedas, porque sin piedad llamaba a la policía y ellos investigaban pasaportes, permisos de residencia y entonces sí que si la pondrían en una cárcel y de vuelta a la frontera para que se jodiera bien jodida, porque no era de las que se dejaba, sabía bien de sus derechos y de como defenderlos. El discurso mezclaba dicharachos en inglés y en español, con la seguridad del gringo que te dice buenos días con el aplomo de la adaptación y convence al poseído de que le interesa tu cultura mientras te impone la suya. Pensó esto y vio la necesidad de crear distancias entre ella y su sirvienta porque no eran iguales, la otra era una principianta y a lo mejor ahí se quedaba para la eternidad. Ella, en cambio, era una victoriosa con el mango entre las manos.

En ese momento se preguntó si no había perdido todo en lo que creía, hasta su ser y su alma, pero fue una pregunta que apenas pestañeó en su conciencia. Era una persona como cualquier otra, estaba cómoda y tenía seguridad. Además se sentía valiente, hay que tener valor para vivir como vivía, en el margen del centro poder. Más adelante veía con absoluta convicción la sonrisa del porvenir.

Cuando se le reventó la fuente, tenía la valija preparada y llamó un taxi. La mexicanita, llamada Dolores, la despidió en la puerta y le deseó lo mejor, que le vaya bien y vuelva pronto y que el bebito nazca sano y tan bonito como usted. No le contestó, los dolores apuraban y sentía náuseas ante los serviles, los desprotegidos que viven de la lástima.

No gritó, no lloró, sudaba mucho es cierto, pero no se iba a apendejar ante lo que es natural para todas las mujeres. Las enfermeras y el doctor la admiraron y ella preguntó qué había sido. A pretty baby. ¿And the sex? A boy. Sonrió llorando, lo que molestó a una de las enfermeras, que era muy feminista, porque siempre las latinoamericanas querían varones y más varones, y cuando les anunciaban una mujercita se ponían como de pésame. Aquella admiración del principio se convirtió pronto en odio y rechazo porque la paciente exigía y exigía, tocaba el timbre todo el tiempo, incluso para que le movieran la almohada porque estaba pagando y el que paga exige mucho, y llegaron a decir qué se cree esa subdesarrollada, madre soltera, con un triste oficio de empleaducha en Bloomingdale's, que de seguro ha obtenido un crédito que pagará toda su vida para que la atiendan en un lugar como éste, de primera categoría. Se confabularon para darle un pésimo servicio, mientras ella de quejarse a gritos se quedó afónica, y al pobre bebé de puro feo que lo encontraban le pusieron el monstruo del año, con un asegurado porvenir si seguían haciendo películas de espantos.

Salió del hospital convencida de que había vivido una pesadilla y era posible que le estuvieran entregando otro hijo, no el suyo, que debía tener algo del blanco de su tierra y de los ojos abiertos y grandes de su familia, pero llevaba acurrucado con un ademán algo desconfiado un niño casi desconocido, achinado, oscuro y con un pelo grasoso, oscuro y lacio, que no se parecía en nada al que ella quiso tener: claro, sonriente y robusto, como los enseñaban las revistas. Revisó cuidadosamente las cuentas y se negó a pagar unas extras, por lo que hubo una espe-

cie de altercado, en que fue necesario llamar al Director, quien dijo categórico que abrieran los ojos y no admitieran más latinoamericanos, aunque vinieran con dinero sonante y contante.

Jimmy Fernández llegó en la noche y le pareció precioso su hijo Johnny Fernández, alegó que había sido injusta en no avisarle, él la hubiera podido cuidar en la clínica y contribuir a que lograra una mejor atención. Somos algo descuidados con los que no hablan el inglés a la perfección.

Su primera salida fue al banco porque necesitaba con urgencia efectivo y mientras cambiaba el cheque, salía con su dinero, sintió una mirada en su espalda, una mirada que empezó a caminar detrás de ella, una mirada dispuesta a perseguirla y acosarla. A la mañana siguiente tuvo la misma sensación y sintió algo muy semejante cuando entró a Bloomingdale's media hora antes de cerrar, con el propósito de volver a trabajar.

A los ocho días de aquel acoso, comprobó que un modelo del primer piso tenía toda la facha de un compatriota, y le anduvo muy cerca observándolo, hasta que le guiñó un ojo. En el piso noveno, a los pocos días, cada colchón de agua estaba ocupado por modelos, hombres y mujeres. En el cuarto piso aparecieron dos adolescentes, uno en ropa de baño y la otra en un traje deportivo, que le parecieron sospechosos. En las noches tropezaban en los pasillos, había relajos en las escaleras y se oían eructos, suspiros y ronquidos en el silencio de la madrugada. Pero la sorpresa más grande la tuvo cuando se encontró a su antigua socia de modelo a la entrada del

sótano, en donde se venden las baratijas, con la bata de levantarse más horrible de la estación.

Su sorpresa fue muy grande y no por eso dejó de oír los comentarios de dos señoras gringas, quienes decían en resumen: no podemos entender la política de esta gente de Bloomingdale's, ha llenado la tienda de las modelos más horrorosas de la tierra, parece que sólo les interesa complacer a los latinoamericanos que nos están inundando.

Entonces tomó una decisión. Salió de la tienda con paso seguro, elegante, sin nervios, más que nunca con la arrogancia del que sabe lo que hace. Se sintió hermosa y fuerte. Antes de salir compró una pulsera muy bonita con su tarjeta de crédito y con una larga mirada fría se despidió de todo, de su trabajo, de aquella segunda casa, de los momentos difíciles, de los felices, de aquellos modelos invasores. Ya en la calle llamó un taxi y le dijo al chofer: Please, take me to Macy's. Bueno le contestó el chofer en perfecto español. Hablaron de todo, del tiempo, de los precios, de lo difícil que es vivir en esta época, y en que Dios no le falta a nadie, sólo había que ingeniarse un poco para sobrevivir.

Ella llevó la conversación como si fuera una autómata, en el fondo estaba pensando en estudiar bien la operación Macy's y en cómo se podría lograr un traslado de Jimmy Fernández a ese nuevo hogar.

UNA HISTORIA YA CONTADA

"Mi sonrisa y mi llanto, el gritar, la blasfemia, este negruzco hilo de la poesía inútil...
¿Para qué se producen, para quién yo la mano enterada que estoy de mi muerte absoluta?"

Carmen Conde. "Mujer sin Edén"

De pintarme, estoy segura, me hubiera puesto flores en el pelo a pesar de que sabe lo que detesto los adornos.

De pintarla le hubiera puesto flores en el pelo para que perdiera esa sobriedad tan puesta en su sitio, tan equilibrada.

El sólo había querido entrar en su intimidad, en ese marco donde se hacen muecas y se habla sin palabras un desbocado monólogo, en un interminable flujo de recuerdos, de premoniciones, de dar vueltas a la explicación de por qué esto y lo otro. Quería asomarse desde el techo hacia el interior para observar interminablemente cada detalle, cada rincón, cada escondite, cada gesto mientras se mueve de la sala a la cocina, de la cocina al dormitorio, del dormitorio al baño, del baño a la cama, mientras piensa, se la-

va los dientes, se pone su camisa de dormir, mientras lee y se acaricia ella misma, mientras se acurruca de un modo y de otro en busca del sueño, mientras sueña y se sobresalta porque dormida irá descargando eso extraño, eso único, eso tan de ella y que nunca supo, quiso entregar. Asomarse por una ventana y estudiar sus gestos cuando escucha música y a lo mejor se anima a gesticular un instrumento o a canturrear dentro de la orquesta que la llena, la lleva a una posesión en que era posible ponerle unas flores en la cabeza y comenzar a pintarla desnuda con sus terribles facciones de zorra vieja y cansada.

Ella se planteó el esquema fantasma sobre el juego de las libertades porque ambicionaba liberarse de todo, hasta de ese sueño, casi obsesión, de pintarle flores en el pelo. Nunca lo permitiría, nunca permitió que se fuera más allá de lo que ella marcaba como los límites de lo que era posible en alguna relación cercana. Más allá estaban sus pertenencias, su mundo interior, su infranqueable espacio en donde era la desconocida que nadie podía conocer, ligada a un trabajo metódico y destructivo, el trabajo de ser quien era en realidad: una pobre bruja que conjuraba la noche, se encomendaba al poder de transformación bajo la luna llena, se embriagaba de aromas y preguntas al caer la tarde, se le esfumaba la magia en cuanto encendía un entendimiento y se despertaba más sola y más huérfana que nunca al amanecer sin más misterio que un sueño olvidado, mal recordado o terriblemente incomprensible. Ella sobre una silla que se precipita hacia el abismo, ella en una cueva poblada de serpientes que la recorren con un temblor respetuoso que puede convertirse repentinamente en un temblor agresivo, ella frente a una

ventana enorme que rompe el viento y los cristales se incrustan en su piel lenta y dolorosamente, ella metida en las hendiduras más increíbles del placer y ahí frustrada no se atrevía a abrirse lo necesario. Después vio con claridad lo que era y quería, pero lo vio a través de un túnel tan oscuro que nunca estuvo segura de quién era y qué quería.

El simplemente deseaba pintarla con flores en el pelo y ella comprendía muy bien esa obsesión: un intento malogrado de que ella no fuera lo que en realidad era. Una especie de poseerla sin violencia, con trucos de sofista en bancarrota, de mago en el trance del fracaso sobre la magia ofrecida, de vendedor frustrado ante el pedido inapetente de algo que no está en el mercado, de filósofo sordo frente a la pregunta de por qué es como usted es o sea fabulosamente aburrido, pedestre y pretencioso. Ella a punto de tener una historia propia y él empeñado en que tuviera la historia suya, la de la amante vulgar y barata, siempre dispuesta a servir sin pedir nada en cambio, sólo conforme con unas flores artificiales y ridículas en el pelo. No, ella no se prestaría a esos artificios que sólo caben entre la gente superficial y sociable. No, ella tenía un idioma especial que no sabía hablar ni expresarse en él, un lenguaje de tactos, de evidentes y agudas armonías, de correntadas imprevistas que desnudan y depuran, de geologías que descubren el verdadero amarillo, de viajes interminables en que se crea y descrea el tiempo, de espacios que estallan en múltiples oasis donde hay escenas de diferentes y escalonados descubrimientos.

El sólo quiso asomarse, sobrevivir su mundo doméstico de arreglos florales, sopas, comidas die-

téticas, recetas de salud, ejercicios de corrección de músculos flácidos, apuntes de esbeltez para no caer en las gorduras, pruebas para la columna erguida, formas de conservar un cutis limpio y puntiagudo sin excesos, un espejo para verse sin malas noches ni tristezas, una fotografía para lucir bien a la eternidad, un pasaporte para las siestas sobre un cansancio ficticio, un dolor inexistente, una importancia anárquica sin conciencia alguna de un gesto necesitante y solidario.

El, antes de querer pintarla con flores en el pelo, había pasado varias crisis de relación. Era, en verdad, una amante vulgar y barata. No exigía ni buena técnica ni dominio absoluto, se conformaba con un profesionalismo empírico sin ninguna clase de creación erótica de invención de caricias. Se entregaba igual a un pan que se unta de mantequilla sin pensar que podría ser diferente con un poco de sal, de azúcar o de algo picante. Desconocía sobre todo el picante, eso que despierta y desvela, quería la función y su propia satisfacción para un sueño enervante, oscuro, opaco, sin memoria. La que no quería recordar, revivir, perdurar un momento conmigo, tan sólo ambicionaba pasar el rato y que el rato fuera otro rato de otro rato porque de ratos vivía sin siquiera alguna noción de la trascendencia. Vulgar, nunca alcanzó la categoría de las diferentes, ésas que te largan un hielo al pecho mientras te repasan con esmero cuanto pelote crece en el cuerpo y absorben cuanto aire queda en el espacio, entonces ahogado y asmático te hundes en el ritmo de unas olas en creciente mar abierto. Te desnudabas ante mí, es cierto, demasiado cierto, porque tu cuerpo perdió en parte la gracia del descubrimiento siempre de observación múltiple

y lenta. Además tu desnudez fue evidentemente un juego de alejamientos porque con ella decías no soy lo que estás viendo, mi cuerpo está más allá en ese dominio de lo propio, la propiedad privada, lo que no revela ni el silencio ni el testimonio. Vulgar y barata te me ibas de las manos, por eso necesité atisbar y te atisbé en tus intimidades como un vulgar y barato investigador de lo privado.

Yo supe de tus atisbos, presentí lo de zorra vieja y cansada, lo de vulgar y barata, lo de inocente y diabólica, lo de ingenua y sabelotoda, lo de ignorante y erudita, lo de primitiva y sofisticada, lo de grotesca y aspirante a lo singular, lo de necesitar mi propia estima y lo de subestimarme al máximo, lo de esconderme para que me buscaran, lo de perderme para que me descubrieran, lo de entretejer sueños para soportarme, lo de negarme para que alguien me valorara, lo de ser tan anónima para que todos los anónimos me deificaran. Sabía de tus recursos mentales para negarme, para borrarme, para no reconocer mi rostro entre otros rostros, para desvanecerme en alguna niebla de algún mal recuerdo, para inmemorizarme de mi propia memoria. Eso es, no quisieras que yo tuviera memoria: he ahí el punto clave, mi memoria de mí te molestaba, te enfurecía, te enfriaba, te llevaba a desconfiar, a poner otra cara sobre mi cara, las flores sobre mi pelo, sobre mi piel otra piel a la que tocaste alguna vez. Esa sonrisa que nunca tuve y llegaste a imaginar te llevó a atisbarme, a atisbarme cruel y metódicamente, así te supe sobre el techo, asomado en la ventana, escondido en el closet, cazador de mi ademán, intérprete de mi monólogo callado, adivinador de mi más cotidiano gesto, psicólogo de mis tránsitos, ladrón de mis intimida-

BIBLIOTECA

des, descifrador de mis sueños, intérprete de mi lenguaje secreto, traductor de mis distracciones, inventor de mis miradas frente al espejo, indagador de mis insomnios, confesor de mis preferencias y oculista permanente de mis miradas. Y te quise más que nunca porque a pesar de mis libertades, quizás para medirlas, necesitaba con urgencia un inquisidor de mis arbitrariedades.

Así fue como supe de tus soledades, soledad de soledad, sufrí la perfección de tus perfecciones, abstracta figura de figuraciones, figuración realista del color sin color, blanca por dentro y por fuera, desteñida y al punto de desteñirse más. Nunca te revelaste tan abierta y verdaderamente desnuda que cuando te sentiste observada, personaje de esta historia, curiosidad de un amante que ya no te amaba. Antes supe de todos tus defectos y debilidades, eso es lo que primero se conoce. Incluso sabía del vacío de tus silencios, no había nada detrás de ellos, ni siquiera un pensamiento válido, era una forma de callar para extender tus cálculos sobre otro tiempo en que yo no estaría. En tus silencios atravesabas un pasillo, abrías una puerta, como en un guión cinematográfico y desaparecías hacia otro lugar, hacia otro tiempo. Tus silencios eran escapadas hacia la nada.

Y es que no has podido adivinar que me exhibo para tu observación, me hago otra, la interesante, la misteriosa, yo hecha de gestos cotidianos, tan simple y tan sencilla como cualquier hierba, me pongo pensativa y silenciosa y me voy a otra parte lejana, me convierto en zorra para que olvides mi vulgaridad, me transformo en sentidos para que me creas lujuriosa, me envejezco para caer en la acrobacia de

que no me importa nada, me precipito en caprichos para esconder mis inapetencias, me desvanezco en delirios para enseñarte que puedo estar loca y me enseño tan natural que me desconoces. Entonces lloro, lloro simplemente, lloro mi soledad, ese ser uno lo que no es.

Sé que al sentirse observada finge, claro que finge, busca ser interesante, loca, misteriosa, maga y mágica, atorrante, un ser natural sin propósitos ni intenciones, sin otro interés que el momento y tomarme un poco el pelo, hacerme de tonto, despistarme, una mujer tan vulgar y corriente con algo de raro en el fondo, aunque siempre una actriz a punto de entrar en escena, con ese nerviosismo de la concentración y la memoria, del ritmo y de la actuación, del tono y de la buena dicción tan natural que no se sienta la repetición de un párrafo que escribió otro. Finge, finge obviamente porque se sabe observada y está consciente de que yo soy quien la observa. Me convierto en el público y qué ridículo es que ella merezca un público, ni siquiera mi observación, una mujer tan común, ni hermosa ni fea, ni alta ni baja, carente de unos ojos que hagan pensar, que denuncien una vida singular detrás de ellos. Tan poco atractiva, casi vacía, a quien nadie se dedicaría a enamorar porque enamorada sería una verdadera plaga: administrativa, oficiosa, entrometida, regalona, dependiente al grado de la tiranía. Sin embargo perfecta, una perfecta muñeca a la que se puede obligar a que pose con flores en el pelo.

Me desfiguro porque me da la gana y me siento observada, y porque quizás me complace que alguien en este mundo piensa que soy lo que no soy,

además el interés de otro halaga, hace que se suba el superego, que se incendie la imaginación, que surja el deseo de jugar a la actuación consciente e inconscientemente, meterse en el espejo, preparar la escenografía, salir con el texto que siempre se fabrica en la soledad y decir esta mi voz dice esto y esto otro con el tono seguro de quien es el dueño del sermón. Me desfiguro porque la evidencia de las imágenes que capta me indigna y a la vez me apasiona. Carezco de ingenuidad, desde muy niña esa careta se cayó de mi rostro, fue hace mucho tiempo, tanto que no sé por qué lo recuerdo si he olvidado un montón de cosas. Un niño me invitó a enseñarnos el sexo para confirmar lo distintos que eran. El se bajó el pantalón, yo hice lo mismo, después orinamos juntos. Y como no soy ingenua también lo observo y creo que no se me escapa nada de su egoísmo, de su trascendente alarde de ser alguien lógico, organizado, integrado, cabal, casi transparente, a pesar de los miles de escondites que tiene y mal maneja para ser siempre un cazador, un conquistador, un cautivante hombre para quien se hicieron las mujeres en serie, en cantidades increíbles para distintos estados de humor y para caprichos del gusto, desde las muy jóvenes, muy delgadas, hasta las maduras, entradas en carne, sin dejar las viejas que también pueden resultar interesantes en momentos en que se quiere ser oído y oír. Conozco cuando miente, cuando exagera, cuando desea lastimar, cuando necesita lastimar, cuando exige sin pedir, cuando demanda manso la obediencia, cuando emprende el discurso del recuerdo cargado de así soy y no podría ser de otra forma, un hombre limpio a punto de ensuciarse pero advertido de que no debe. Todo un disfraz innecesario por-

que al esconder sus defectos desfilan claros, desnudos, quizás hasta agrandados.

Y me cansó como acaban por cansar los juguetes. Nada de ella me volvió a interesar, a pesar de sus esfuerzos y de sus puestas en escena. Por ahí surgió una rubia bien interesante con gestos muy definidos de mona agradable y con dos o tres flores en el pelo.

Cuando no volvió, cuando dejó de interesarse me encontré sorpresivamente que tenía una sonrisa digna de pintarse, tan clara como la luz y la alegría. Lo llamé por teléfono y me dijo que realmente no le interesaba, nada mío le interesaba, menos aun mi sonrisa. Lo sentí muy limpio, recién bañado. Además me contó que había terminado mi retrato y que para mi disgusto puso flores en mi pelo. Lo podría ver en la exposición de mayo próximo.

No llegó el día de la inauguración. Lo noté porque no se oía en ninguna parte su voz estridente ni su fuerte carcajada.

Recorrí la exposición a la hora más incómoda para él, el día anterior a su clausura y ahí estaba en la cacería de los halagos. Sin embargo ni siquiera me perturbó con explicaciones y anécdotas. Se va a encontrar mejor de lo que es, me dijo. Y así fue: era un pequeño cuadro con unas flores marchitas sin pelo, sin cara, sin cuerpo. A la salida me despedí con un seco gracias. El se sonrió y supe que seguirá observando hasta el final de mi vida y aun después. Al fin y al cabo era y es un complemento innecesario.

Se descubrió más pronto de lo que creí. Fue el único cuadro en que se detuvo más de lo necesario,

mi enorme cuadro del cielo con flores por estrellas. Sé que no me olvidará, no podrá olvidarme jamás, y yo ya casi no me acuerdo de su nombre.

ALGUNAS MANERAS DE JUGAR CON RETRATOS

Ella entró con la serpiente enrollada al cuello y se empezó a desnudar lentamente. ¿Te prestarías?, O.K., ¿no importa que sea un largo ensayo?, go ahead, necesito pensarte repensarte y obsesionarme, ¿do you want to make love?, no tanto sólo requiero enamorarme superficial y profundamente, ¿how about without making love?, sólo te veré y veré desde distintos puntos unos adentro y otros afuera.

Se alejó de ella unos tres metros y la vio desde diferentes ángulos y con un ojo con los dos cada vez más intensos. El sabía de las 15 maneras de jugar con retratos y ella no las ignoraba por algo era modelo de profesión y de mentalidad.

La primera y más segura siempre será el engaño: crear un ambiente interesante en que ella entrara como si fuera su propia circunstancia, un mundo falso y real donde se va a andar con paso seguro y sin embargo habrá un resbalón para la caída de todo, un juego de vida y de muerte.

El sacó los lápices y las hojas blancas. ¿Te podrías mover con cierto aire felino?, como una gata en celo, O.K. Ella empezó a caminar con ademanes aprendidos no de los gatos sí de la variedad estudiada de posibilidades de hombros, pecho, cintura y variaciones de postura de sus piernas.

Más, O.K., rápido, O.K., intenso, O.K. , felino, O.K., gatuno, O.K., hacia adelante, O.K., caminando hacia atrás, O.K. Así estuvo elástica, ágil, vital, sonriendo, segura de sí misma, casi feliz, hasta que se enredó en una alfombra y cayó aparatosamente. El no se preocupó de recogerla, menos le preguntó si le había pasado algo. Ella sabía de ese momento de silencio en el que cada quien se mete de lleno en su destino, un destino falso y real.

Ahora vas a hablarme, hablarme sin parar de tu vida, ¿everything?, no sólo lo importante, lo que te ha tocado, lo que te ha hecho ser como sos y lo que esperás del futuro. O.K. porque conocía muy bien esa manera, dejar que se desbocara con el fin de encontrarse en un mar de contradicciones entre el pensar el decir y el hacer, esa forma de retratar ideologías, qué sonrisas ponemos y qué muecas escondemos, vaya truco para jugar con un retrato porque no hay quien carezca de contradicción, vivir es contradecir la eternidad de la nada.

Nací aquí, me eduqué allá y señaló el norte. De niña fui muy bella y la belleza se me fue agrandando hasta hacerse total, ni la más pequeña parte mía es fea, ése es mi seguro de vida. No sé cómo sea por dentro, a lo mejor alguna tripita interna no ande tan estética pero felizmente no se ve. Debo tener algún hueso deteriorado, he hecho demasiados ejercicios,

lo que no se ve no tiene importancia, se vive de los sentidos, del ver, oír, tocar, paladear, oler, que comunican con el mundo, yo hasta huelo bien y me aseguran que paladearme es exquisito. Además los sentidos comunican y yo me comunico muy bien con todos. Mi otro seguro es mi mentalidad del norte, completamente bilingüe, pero actúo en función del lenguaje fuerte, no pienso en español, no puedo pensar en términos de este mi país tan pequeño y tan insignificante, pienso a lo grande, a lo gigante, por eso no me limito al sí, que puede ser equívoco y condicional, terriblemente hipócrita, yo me embarco en O.K. que es una puerta abierta, una permanente apertura, una franqueza irrevocable, una coincidencia entre el maquillaje y el vocabulario.

Cuando dijo todo ella se dio cuenta de por lo menos tres contradicciones: no había hecho ninguna pose, habló plano como nunca lo hizo jamás porque siempre ante la confesión se miraba en el espejo y ahora el espejo era el otro, el examinante, el observador, quien delata sus propias subjetividades; además no hice énfasis, todo lo dije en el mismo tono, sin bajar ni subir la voz, monótono y esa falta de exageración da poca credibilidad. Además no sé ni puedo medir si mi afirmación de que soy bella es una apreciacion que comparto con él, a lo mejor le parezco algo amuñecada: nariz perfecta, ojos simétricos, boca de niña crecida, cuerpo de tenista flaca.

El pareció dibujar y no ver ni oír las contradicciones. No anotó nada, el discurso de ella se disolvió en el aire, sólo hizo rayas dispersas en el desafío de lo blanco. Cuando se calló la miró profundamente,

en ese momento ella caía de noventa y nueve escalones, algo de ella se quebró definitivamente.

Le ofreció un té frío y era la oportunidad de ella porque dijo O.K., vio la marca inglesa y midió los minutos de hervida apagada. Así es que dice como dice y examina como examina con su hábito de inglés, claro nunca dice O.K. pero piensa en O.K., es el retratista que te retrata con sus prejuicios, obsesiones y complejos. Lo observó haciendo el té y lo encontró demasiado amanerado tanto como ella al mirarse en el espejo en que exageraba sobre su belleza asombrándose del tamaño y el diseño rasgado de sus impenetrables ojos. En lo impenetrable jugó la posible penetrabilidad de su belleza.

El, visto amanerado y muy susceptible a sus propias contradicciones, té y ademanes lentos, quebrados, detenidos en los silencios, en la soledad y en los ejercicios de devotas incursiones a otras almas cercanas, confesó cierta tendencia al pesimismo, su afición al suicidio propio y al suicidio de los otros.

Ella se movió lentamente pero se sacudió de dudas, quiso separarse del lenguaje engañoso y que me pinte como le dé la gana a este señor de lápices y pinceles, nunca me dirá y dará tanto como el espejo, aunque quería salirse de él y verse en otros ojos diferentes a los suyos.

El conflicto estaba dado: otra forma de jugar con el retrato, me encuentro entre el que pinta y el pintado, él se niega todavía a darle forma, no quiere perfilarla, prefiere que venga un espectador y opine sobre la validez de su figura y su ambientación barroca, tan demasiado ambientada que desambienta. Un es-

pectador podría sugerir cierta forma abstracta que amarre la síntesis entre el fondo y el medio para que nada acabe ni empiece. Pero, ¿quién? Entonces se desdobló y ella lo vio moverse con otro cuerpo, con otra cara, con su cabello diferente y una sonrisa totalmente desconocida. Encontró un problema definitivo con los codos, claro eso es lo que me molestaba, unos codos puntiagudos, casi caricaturescos, de mono, son de puro mono, el problema de que en algo, siempre en algo, se delata la evolución.

¿Podrías acostarte un rato en ese sofá y fingir que estás completamente dormida?, O.K., ¿like this?, relajate más, suave, bien suave, como si estuvieras muerta, se muere un tanto cuando se duerme, that's true, por favor no hablés, ya tengo el lápiz. Ella pensó en sus ojos, en sus bellísimos ojos cerrados, y se arrepintió de haber accedido. No te movás, estás dormida, dormís felizmente y soñás lindos sueños.

No, no puede ser, sin los ojos pierde vida y tiene algo repulsivo, maloliente. Perdoná fue una idea tonta, ya te podés levantar y por favor abrí bien los ojos, que brillen naturalmente. Thank heaven.

Volvieron los codos a molestarle, veía codos por cualquier lado, cada codo se liberaba del brazo, subía hacia la nariz, la nariz hecha codo y los codos como cuernos sobre la frente. Quizás estoy cansado se confesó con un gesto de dolor de cabeza.

Ella se sintió abandonada y no era justo, había sido seducida por la idea, prestó todo para su realización, cuerpo y cara, horas de conversación, esa desnudez que no era cómoda, una se desnuda para algo... para bañarse, para dormir cuando hace calor,

para acostarse con alguien... pero aquí con tanta observación y este frio que me tiembla en los codos.

Cuando la vio de nuevo algo en ella había cambiado, parecía vestida, más madura, más mujer. Le propuso que usara una blusa, la roja que hacía tanto contraste con su piel. O.K. En ese momento ella observó muy claro el conflicto, la quería mover a la fuerza hacia algo que no quiero, estoy perdiendo mi seguridad, me desea destruir, lo único que tengo es mi belleza y ahora va a pintar mi blusa roja.

Ofendida, está ofendida porque le estoy tapando sus hombros, algo de sus pechos y la parte que nace hacia la espalda que un montón de estúpidos deben haber besado, acariciado lentamente. ¡Que se vaya al diablo! A mi que me importan sus estados de ánimo, me sobra con los míos. Magnifica, le dijo cuando ella salió con su blusa roja completamente cerrada desde el cuello hasta el pubis, se encerró en el trapo rojo y él sonriente repitió insaciable el magnífica.

Estaba acorralada, lo sabía de seguro. Cuando le propuso que se recogiera el pelo, su larga cabellera dorada, supo que era parte de su plan y el plan se estaba cumpliendo. Sintió que se venía encima el telón y no tuvo miedo. ¿Te importaría que te cortara el pelo? Se paralizó: su cuidada largamente, semanalmente lavada, diariamente cepillada, el péndulo de su ritmo, uno dos y tres, la medida de sus pasos, el balance de sus caderas, el felinismo de sus hombros. Contestó lentamente no. El dijo O.K.

Se los cortó como le dio la gana, sin orden ni la más mínima consideración, como si se tratara de

cualquiera y no de ella. Cambió, claro que cambió, parecía un adolescente desconcertado y miedoso, a punto de darse cuenta de que la muerte es una realidad desagradable. Ella estaba consciente de su transformación y no del todo disgustada, la pura verdad era que le halagaba el bellísimo que él no se cansó de gritar.

El pintor quiso dar la última tocada a aquel retrato en técnica mixta, la del ángel perdido en las definiciones, entonces le pintó sobre el labio un bigote escasito, de un imberbe que crece a pedazos. ¿Do you want to make love now, my way? Ella contestó que no y se dio cuenta que no era una palabra bilingüe.

El trajo el cuchillo de repente, pero era premeditado, very well planned from the begining, the begining of the begining, y dijo sin énfasis de autoridad alguna ¿O.K.?, había aprendido a afirmar obedeciendo. Afirmar y obedecer son las partes esenciales del sistema para hacer un buen retrato.

El rebanó con respeto, audacia y agilidad aquellos pechos cuidadosamente incipientes. Ella se desangró alegremente, parecía que todo era parte de un guión bien aprendido por los dos. Tenía la ventaja de coagular con rapidez y pronto dejó de fluir la sangre.

Ahora sólo falta la serpiente pensó él y la serpiente salió de su lápiz enroscando perversamente aquel cuerpo sobre el que sobresalía un pelo hirsuto que desamuñecaba la belleza, una mancha roja en el pecho y un apetito animal en ascenso.

Cuando el retrato estuvo terminado, ellos se acostaron y debajo de una sábana sucia se hicieron cosquillas larga y ruidosamente. La serpiente aportó las frutas, por supuesto no manzanas, no era la temporada de moda, trajo mangos y guanábanas. El exclamó delicious y el adolescente recién retratado sólo dijo riquísimo. Entonces se dio cuenta de que había olvidado su inglés, su perfecto y fluido inglés. Un retrato siempre se roba algo, un retratista es un mentiroso y un ladrón. Se levantó despacio, se colocó de nuevo sus pechos, se asentó su peluca, se puso la blusa roja y los pantalones blancos, se borró el bigote y se calzó las botas. Con esa calma con que caminan los felinos preparó un balde de agua, con puntería y un zas arruinó el retrato. Good-bye darling some other day some other time, I'll see you, ¿O.K.?

Con la serpiente enroscada al cuello salió a la calle. Su caminar bailaba. Iba en busca de un pintor que tuviera una sola manera de jugar con el retrato.

* * * * * * * *

No le fue difícil localizarlo: era el típico pintor de retratos con barba, patillas, pelo largo y boina. No pinto cuerpos le advirtió, les tengo asco, los desnudos siempre me han parecido despapayados, sólo caras, O.K., voy a hacerle unos apuntes que ayuden a la memoria y descubran detalles que eviten confusiones con otros rostros, O.K., usted sabe no pierdo tiempo y me gusta ir al grano, hago un retrato por día para vivir, capto rápido las cosas, ¿usted es narcisista?, sólo los narcisistas quieren retratos, no cree que

han pasado un poco de moda, lo mismo que las fotografías formales, ésas de los sentados en sillones.

Ella que había vuelto a ser ella, ahora sin la serpiente, con una camisa de rayas rojas y azules y una falda de tela gris clara, dejó de oírlo para contemplar divertida el decorado de aquel extraño salón donde colgaban los más insólitos cuadros, de paisajes desérticos de un gusto que calificó de malo sólo por los dorados y plateados que predominan sobre un fondo oscuro, casi verde ennochecido, junto a unos sillones tan rotos y deshechos que debieron ser el largo escenario de una orgía de ratas, además esa lora disecada con la expresión de haber sido ahorcada.

¿No le gusta lo que ve alrededor?, no mucho y tuvo la sensación de que la iba a asesinar, la estaba viendo con unos ojos desorbitados, pero ¿dónde se había metido?, ¿en qué manos había caído?. Y todo por la necesidad de ver cómo en realidad la veía otra persona: constatar que ella era ella y no lo que el destino tan amargamente le reparó. Soy un decadente y para demostrarlo no me importa el medio en que vivo, O.K., creyó innecesaria la declaración pues a ella no le importaba la vida ajena. Es usted muy interesante y conoce los secretos para resaltar lo mejor. ¿Le parece que use el pastel?, O.K., el pastel tiene la ventaja de movilizar más las facciones, las hace menos rígidas, el óleo es demasiado pesado para una cara.

La obsesión del retrato se le había hecho una especie de acoso, quería a la fuerza salirse del espejo. El pintor no desorbitaba los ojos, los tenía desorbitados, la miraba en redondo y ella empezó a girar.

Soy muy solitario, muy poco conversador, hay tan pocas cosas en este mundo que merecen atención y comentario. Pero, ¿por qué tanta declaración de cómo es, a mí no me importa que sea lo que le dé la gana? A lo mejor es una advertencia de que me desprecia, los dos nos despreciamos mutuamente. ¿Tardará mucho? Usted no merece que tarde mucho. Me está pintando con odio, ¡qué terror! ¿Tan mal le parezco?, tan sólo muy disfrazado. Dijo o.

Un buen retratista descubre el verdadero rostro muy rápido, usted ha sido franco, ¿por qué no voy a serlo yo también? Le sonó antipático y cruel, vengativo y desconsiderado. Por favor, please, quisiera que el retrato me disfrace. Eso es imposible, tengo mi ética. Entonces no quiero ser retratada. Dijo a.

Nunca dejo algo incompleto, usted se queda ahí, lo retrato como es (dijo lo con mucho énfasis), le cobro lo que convinimos y se va con su cuadro. Si no acepta llamo la policía y que se entere de su farsa. O.K.

De pura sal me busqué a un inquisidor, un moralista, un sórdido beato, pero qué salada ando con el retrato. O.K., no hay mal que por bien no venga, lo pondré en mi sala, diré que es mi hermano mayor, se llamará Oscar, vivirá en the States, trabajará en la Universidad de Boulder en Colorado, y quizás hasta me envíe pronto toda la ropa nueva que necesito. ¡Cómo me gusta tener un hermano! Hasta envidia va a provocar.

¿Quiere un consejo? O.K. En el caso de ustedes es mejor depilarse que afeitarse. Todavía con sus recomendaciones irónicas, qué se cree este viejo estú-

pido. ¿Le puedo pedir un favor?, me podría pintar en silencio. No tengo ganas de conversar.

Cada uno se metió en su propio silencio, al fin la rabia era lo único que los unía. El retratista cargó los acentos masculinos y ella se fue con su hermano, lo estaba llamando por teléfono, hola querido y empezó una conversación de desdobladas voces.

Cuando estuvo terminado el retrato ya ella padecía de un largo, estrecho y vinculante amor con Oscar.

* * * * * * * *

Antes de llegar con el retrato enmarcado, había hecho una serie de cambios en su apartamento, colocó macetas en los rincones, puso nuevas cortinas, limpió paredes, desalojó hasta la más transparente araña y exterminó moscas, mosquitos y cucarachas. Puso flores, sacudió muebles y reemplazó tapetes. Además quemó incienso la noche anterior para despejar el ambiente. Cualquiera habría comentado que aquello era una verdadera ceremonia para introducir un santo. Algo de eso, sin concretarse mucho, había en su mente.

Se puso una falda larga hasta el tobillo de flores anaranjadas y una blusa blanca de vuelos con encajes. Se sintió triunfante cuando enseñó el recibo y retiró el retrato con infinita ternura. Perfect, it's perfect. La madera oscura que escogió resaltaba el pastel y aquellos maravillosos ojos de Oscar que le hablaban con alegría y amor.

BIBLIOTECA NACIONAL

La tarde de la introducción al apartamento no sucedió nada extraño, salvo que lo estuvo cambiando de lugar para encontrar el más adecuado, de mejor luz, sin riesgo, en que realmente luciera y además disfrutara él también de flores, de adornos y de limpieza. Lo contempló incansablemente de lejos y de cerca, hasta que se le aproximó más de la cuenta y le besó los labios, pero se dijo que no lo volvería a hacer porque el pastel se puede estropear y entonces me quedo sin Oscar y sin el retrato. Aquel beso, sin embargo, embriagó su cuerpo en tal forma que, quizás exagerando, confesó que sintió que le habían besado su sexo.

A la mañana siguiente se levantó casi de madrugada para conversar con Oscar y conversó hasta muy tarde, no hizo nada más ni siquiera se cambió su camisa de dormir. Por supuesto soñó con Oscar, vivían en el extranjero y nevaba, lo único malo era que en la calle él sólo miraba a carajillos embotellados en jeans y jackets de cuadros, los que más le gustaban eran los que con aquel frío andaban con la camisa abierta enseñando pelos y músculos.

Empezó a observar los ojos de Oscar, la boca de Oscar, su nariz, esa forma extraña de sus ojeras, ese laberinto que nacía de su corta patilla y se enmontaba por la oreja, la débil manera en que se parte su barbilla, como si no se partiera. No puede ser, se repitió muchas veces pero algo se le iba afirmando sobre sus sospechas. Es más creyó que cuando estaba ella de espalda, Oscar la llamó con una voz muy suave: Ideay quiubo mae.

Entonces salió a la calle con una rabia tremenda, casi llorando se compró unos tenis, con hondo

dolor adquirió unos jeans, con mucha pena dos calzoncillos y dos camisetas, media agónica tres camisas vaqueras. ¡Con lo que me gustan a mí los hombres-hombres! Cuando la apuraron en una tienda, respondió suave suave, cuando le enseñaron algo que no le gustaba dijo pelispelis y tuanis tuanis cuando estuvo frente a lo bonito.

De regreso a su apartamento una lluvia recia le ayudó a desmaquillarse. Ya frente a la puerta era el vivo retrato de alguien a quien Oscar sonreiría.

LA CASA DESOCUPADA

Ya estaban a punto de desbandarse cuando empezó aquella fuerza del sueño individual, que se cuenta en voz alta, en episodios, que se hace claro y toma color, que se espera y alguien le agrega una parte como para completarlo y hacerlo más vital, recobre densidad y se sienta con olores, espacios abiertos y cerrados, sitios íntimos, ruidos de pasos y voces. Ese sueño individual, al principio tímida interrupción en medio de un trago de café, y encontró oídos atentos, ávidos de algo nuevo, algo diferente, algo que inspirara ideas, iniciativas, sacrificios, hasta una organización de lucha para su encuentro. Ese sueño que se soñó en una noche tranquila, sin novedad alguna, sin un comentario que valiera la pena, en silencio, sin siquiera hablar de lo que se veía en la televisión, menos aun enfatizar como siempre que era una vergüenza ver que a un escándalo político siguiera otro sin que nadie moviera un dedo para protestar en serio. Un sueño sin premoniciones, tranquilo, sin que recordara haber sentido frío o calor, claro, inofensivamente claro. Un sueño que se soñó en un parpadeo, porque fue breve y tampoco podía determinar si estaba medio despierta, y sin embargo no se olvidó de cada

secuencia, cada movimiento, cada avance en un estado de concentración que no se da cuando se duerme profundamente, tanto que un timbre no despabila ni un temblor levanta. Ese sueño que apenas contó se hizo colectivo, todos creyeron que lo habían soñado juntos, que les pertenecía, que eran los protagonistas, los soñadores.

Fuelinda lo contó una mañana, antes había recorrido las caras de sus hijos, abotagadas de aburrimiento, de ese sentir que no existían, de no encontrar sus rostros en los redondos rostros de los espejos que los acusaban de ignorar quiénes eran y para qué vivían, de no encontrar amor en nada ni de reconocer parejas, porque carecían de vida, de talento, de apego, sólo sabían sus oficios, cumplir con sus rutinarias obligaciones y tener ese arte de que nadie los notara ni aun cuando se complicaban con gripes, se convulsionaban de rabias por su propia insulsez o se brotaban de erupciones por no escoger o ser escogidos.

Fuelinda debía el nombre al entusiasmo de su padre, quien de puro feo que era él y su esposa había apostado que si nacía algo agraciada le pondría Fuelinda en un acto de fe, que la fe hace milagros. Cuando la vio con ojos llorosos de emoción, sin ningún modelo estético ni el mínimo ejercicio de crítica, exclamó Fuelinda. Ella siempre creyó que su belleza había quedado en la placenta que a lo mejor no tenía la fuerza de moldearla como se moldean las cosas bellas de este mundo, siempre hay una especie de arcilla que responde o traiciona. En todo caso el nombre no la molestó porque nació ilusionada con la vida y le gustó lo grande y lo pequeño, a cada perso-

na le sacaba lo mejor y hasta de ella se formó una imagen de pocos defectos a superar y de muchas virtudes a refinar. En cualquier balance su optimismo era una pesa que podía crear las mayores exageraciones, algo así como el mismo reconocimiento de que su enorme generosidad no le cabía ni en esta vida ni en la otra.

Cuando conoció a Arturo, fue tan convincente de que sería su esposo y el padre de sus hijos que él tuvo un miedo terrible, se puso nervioso y la rehuyó cuanto pudo. Además le aterrorizaba que lo llamaran, como efectivamente lo llamaron, Fuefeo. Pero la fuerza de imán que ejercía Fuelinda se le metió entre los ojos y entonces si le faltaba se moría, si la sentía lejana se comía las uñas, si no estaba con ella la vida se le hacía insoportable como sin aire y se ahogaba, si no la veía diariamente no se acomodaba por falta de piso y se hundía, y si ella se enfermaba como si no hubiera espacio y lo estrecharan unas máquinas horrorosas hasta hacerlo chatarra de chatarra.

Arturo no pudo vencer la tentación de entregarse entero a aquella fuerza de optimismo bienintencionado y afirmativo de que nada podía salir mal, ni ese embarazo prematuro que en aquel derroche de bondad le abrió las piernas más allá de lo precavido. El, con su salario de principiante de cien colones semanales, ella, con el único oficio de ser la mayor de doce bien parecidos, todos sanos y alentados, a quienes había diariamente que hacer milagros para dar de comer, vestir, lavar y remendar.

Fuelinda dio para todo, especialmente para compartir la pobreza sin reclamo ni pena. Ya vendrán

tiempos mejores, decía para atraer lo bueno, mientras hacía tortillas, lavaba y planchaba ropa ajena. Cuando se dio cuenta de que por esos rumbos se levantarían casas nuevas, puso un comedor que le dejó ganancias. Lo había dicho y afirmado, nunca les faltó nada y la felicidad les sonrió siempre porque eran tranquilos, sencillos, se conformaban con cualquier cosa y lo principal estaba resuelto: quererse como se querían.

El primer hijo, Ernesto, vino en octubre cuando llovía sin parar desde una mañana hasta la mañana del 12 de noviembre para consuelo de algún escorpión, que en esa fecha cumplía años. Fue un parto perfecto que convidaba a otro parto igual, por lo que trece meses después vino Margarita, poco llorona y tranquila, con los mismos problemas de su hermano, sin apetito, había casi que obligarlos a mamar y sólo succionaban un poco y se dormían profundamente. Van a ser flacos y debiluchos, preconizó Arturo, a quienes todos ya sin tapujos llamaban Fuefeo, y Fuelinda predijo serán altos, robustos y fuertes. Por aquellos tiempos, ya con dos en menos de año y medio de casados, se pusieron de acuerdo con la necesidad de planificar y ella averiguó de varias maneras sobre las que Arturo opinó que sólo le gustaba la de las pastillas porque eran medicinas y las medicinas siempre hacen bien. Pasaron creciendo diez años Ernesto y Margarita, siempre de poco comer y de mucho dormir, si no los despertaban eran capaces de juntar dormidos el día y la noche, pero no eran flacos ni débiles, más bien rellenos y robustos, aunque jugaban poco, eran tranquilos y parecían mayores que los demás niños de su edad, de 10 y 9 años. De serios que eran ya se les había arrugado el entrecejo.

Por ese tiempo Arturo tenía oficio y empleo con buen salario y lograba terminar el mes tablas y sin deudas. En el comedor de Fuelinda desayunaban y almorzaban, como clientes fijos, varios empleados de Obras Públicas. La ganancia iba en aumento cada mes, por lo que la casita se fue llenando de pequeños lujos: un refrigerador, un radio, la fotografía de los cuatro juntos, en la mesa de noche instalaron una lámpara como la de las casas ricas y así no levantarse a apagar la luz, hasta pidieron permiso al propietario para construir por cuenta de ellos un cuarto más que dividieron en dos, para alojar a Ernesto y Margarita, así se salvaban de su posible vigilancia en las noches con desvelos, que se les hacían largas y en que era necesario un poco de amor. Quizás no se requería tanta precaución porque los dos hijos dormían como si hubieran nacido para dormidas interminables y había que gritarles y sacudirlos para que se salieran de esa fiebre de sueños y más sueños. Y ¿qué soñaban? Nunca se acordaban. Dormían parados, dormían sentados y Margarita tenía la habilidad de dormir con los ojos abiertos, como si estuviera despierta y absorta en algo lejano, inútilmente habilitada para lo que acontecía en ese momento, por lo que hablarle y preguntarle en dónde estaba, tenía como resultado un esfuerzo inútil, salvo que hubiera un desesperado empeño en despertarla.

Por aquella época Fuelinda pensó que era mejor dejar de tomar pastillas, si se mantienen bien cuatro y hasta gustos se dan, bien podía con uno más. Quedó embarazada al mes siguiente de la decisión y no lo dijo hasta tres meses después cuando ya no podía con sus antojos y Arturo empezó a sospechar de los encarguitos que le hacía: manzanas rosa, pan del

que hace la Emilia, jalea de guayaba, elotes asados, algo con sabor a canela, después mermelada de naranja agria y jugos de mandarina. Arturo no se enojó y ni siquiera le preguntó si era cierto, le habló del nuevo hijo y que si nacía otro hombrecito quería que llevara su nombre, porque ya a él nadie se lo decía, afuera Fuefeo y adentro papá, y mi nombre es un lindo nombre que se llenó de suerte con tu fuerza y tu optimismo. Ella dijo que sí y lo abrazó con la misma ternura de ese quererse tanto y tanto que aquello no tenía fin.

No nació un niño sino una niña. El problema del nombre lo resolvieron con otra flor: Amapola. Resultó comelona desde el principio, además de superactiva, no dormía ni quería dormir, siempre desvelada y rebelde se resistía a las caricias y a los arrullos, protestaba ante las canciones de cuna y no le gustaban los balanceos. Sólo se calmaba mamando insaciable, entonces Arturo comentó que sería gorda y perezosa mientras Fuelinda predijo que será una flaca angustiada. Sintió que no llegaría a vieja, moriría muy joven, pero no comentó nada porque por primera vez no era optimista y afirmativa, y eso le producía una gran tristeza.

Entonces se embarazó en seguida por dos excelentes razones: Arturo quería un Arturito y por primera vez presintió que los hijos se pueden ir para siempre en esos funerales que detestaba y en los que acompañó a sus dos padres y a un hermano que no resistió juntas la tifoidea y la hepatitis. El nuevo embarazo no la hermoseó como antes, en las tres ocasiones pasadas, más bien la afeó y la enflaqueció hasta dar lástima, había perdido su optimismo y por

primera vez se quejó. Se quejó de Amapola, a quien no podía soportar, era una ingrata que la devoraba y no intuía el destino de esa hija tan ávida, capaz de succionarla y dejarla tan seca como pesimista. Y ya en el borde del agotamiento, confesó a Arturo, a su amado Arturo, que a lo mejor no lo había querido ni siquiera un poco, apenas si se había acostumbrado a él porque mentalmente siempre lo había enmascarado con la figura de Robert Taylor, su actor favorito, con quien se acostaba feliz a cualquier hora del día. El le dijo que no creía porque el tal Robert Taylor nunca había estado en este país.

Discutieron muy feo y muy feos se vieron los dos con una desnudez que realmente no conocían. Entonces Fuelinda, levantando un velo de vestido casto, le dijo que esperaba a Arturito y estaba segura de que Arturito nacería, con ese nuevo optimismo que ponía fin al primer pleito. El se avergonzó de haberle dicho idiota, incapaz de un sueño realizable, de un pronóstico acertado, pura basura de palabrería idiota, alcahueta de ilusiones vanas, pura paja, una estúpida enviciada en el vicio de mentir por ser necia enfermiza, un ser no vidente ante la realidad. Además, ella era una carga pesada, no sólo por su peso excesivo, sino porque no tenía ni conocía medida alguna para adquirir lo imposible y así se volaba de un solo zarpazo cuanto ahorro había logrado acumular con tanto esfuerzo y sacrificio.

Se avergonzó mucho, Arturo, de todo lo dicho tan sin pensarlo y hasta lloró entre las rodillas de Fuelinda porque había sido ingrato y hasta injusto, ella tan buena esposa, tan conforme, tan trabajadora, tan dulce, tan solidaria.

Arturito nació arreglando cosas y situaciones, por lo menos eso creyeron los cuatro adultos que lo observaron con curiosidad y desconfianza. No fue un comelón ni inapetente, sino normal, dormía lo que duermen los niños de revistas, era curioso y moderado, activo cuando era lo natural en las horas de juego y entretenimiento.

Todos juntos fueron creciendo, por supuesto los hijos, los padres se ensancharon, los hijos estudiaron y la pareja trabajó más y más para que nada faltara. Vivían cada vez con mejores comodidades. El mayor, Ernesto, interrumpió los estudios, no era buen alumno porque le costaban las letras y los números. Se metió a mecánica y ganaba lo justo para atender sus gastos personales, que no eran muchos dadas sus inapetencias y su amor a la soledad, lo que sobraba bien significativo se lo entregaba a Fuelinda en pago de todas sus culpas, que eran un capital bancario.

Esa decisión abrió camino a la de Margarita, quien lo seguía en todo pero sin acentuar que lo seguía, como si fuera normal que asintiera cuando él asentía y que se sonriera cuando él sonreía. Como ambos hablaban muy poco, nadie notó que hablaban sobre lo mismo y a veces él empezaba una frase, ella la concluía, por ejemplo Ernesto decía parece que va a llover después de observar largamente por la ventana, entonces ella, entradita en formas para su edad, agregaba sí lloverá cerca de las cinco y eso que ni se había acercado a la ventana ni visto el cielo. Y llovía a las cinco en punto con la puntualidad de García Lorca. Pues también dejó los estudios, no era buena en la historia ni en la geografía, nunca pudo saber si a Napoleón había seguido Hitler y si Paraguay estaba

cerca de Canadá o de Turquía. Entró en un taller de costura como aprendiz. Los padres, Fuelinda y Arturo, aprobaron los planes porque era una absoluta tragedia levantarlos para que cumplieran con los horarios de las clases y ahora decidirían si se despertaban a tiempo para asistir puntualmente a sus talleres. Además, en corto tiempo tendrían alguna ayuda en el mantenimiento de la casa y de los hermanos menores.

Y cuando empezaron a ganar un salario real, ellos mismos fijaron su contribución mensual al hogar y lo hicieron sin que hubiera necesidad de exigirlo, porque les salió de su propia voluntad, esa voluntad que apenas si hablaba, siempre estaban tristes y solitarios con sus interminables silencios que los padres habían respetado porque a lo mejor estaban dormidos.

Arturo y Fuelinda comentaron que Ernesto y Margarita eran raros, pero él señaló que los adolescentes siempre se replantean las cosas al revés y complican tanto el mundo que se aíslan. Ella evidenció que no eran adolescentes pues ya tenían 30 y 29 años, adolescentes eran los menores, lo que pasaba con los dos hijos mayores fue el resultado de que entonces ellos, los padres, actuaban como una unidad tan absoluta que les restaba espacio y entonces se criaron solos en la necesidad de respirar algo distinto, algo que les confirmara que estaban vivos o muertos en algún lugar diferente, algo distinto a aquella asfixia que los llevaba a dormir tan profunda y absolutamente. Arturo respondió que los raros son siempre raros y no hay forma de cambiarlos, entonces le recordó que sólo entre ellos se sonreían, que eran los

únicos en la casa que se preguntaban cómo habían dormido, si bien o si mal, si los sueños habían sido agradables o extraños. Fuelinda quedó sin palabras y se preguntó si alguna vez había pensado seriamente en aquellos hijos extraños, sin apetito de comidas, conformes con una pequeña ración de lo que se les daba, sin distinguir los platos viejos de los nuevos, carentes de preferencias, sin deseos ni gustos, demasiado callados, demasiado desconfiados, sin exigencia de alguna novedad, de algún sueño. Le confesó a su Arturo querido los pensamientos y no advirtió que durante la conversación no tuvo siquiera un buen presentimiento. Ambos estuvieron de acuerdo con que ese problema estaba influyendo en sus hijos adolescentes.

Amapola quería ser actriz porque era exhibicionista y el peligro rodaba en que no le bastaba su desnudez, a veces les daba la impresión de que era capaz de abrirse las entrañas para mostrar tripas y todo lo que tenía por dentro en una especie de suicidio suicidiado. Era una amenaza latente y Arturo y Fuelinda lo comprendían y lo racionalizaban, pero inconscientemente porque lo hablaban mientras devoraban un helado o se bebían un café despejador.

Y un día Amapola dijo con decisión decidida que lo dejaba todo por la danza y se empleó en el coro universal del baile. Su salario era escaso y ocasional, sin embargo produjo a Fuelinda y Arturo la satisfacción de ver sus nombres y apellidos en crónicas sumarias cuando algún periodista novato le preguntó quiénes eran sus padres. Entonces declaraba que Linda y Arturo, nunca se atrevió al Fuelinda, menos con el apellido Pérez Hida. Le dieron papeles en el

coro porque su peso sólo permitía disimularla a como fuera en el escenario, y si alguna vez lograba destacarse un poco se oían las risitas del público y el comentario de que tenía un excelente manejo de llantas.

Arturito, el menor, se hizo pronto el independiente y sólo se le veía en el momento preciso de las necesidades básicas: dormir, comer, bañarse de vez en cuando, cambiarse de ropa dos veces al día porque apestaba a sudor debido a que fumaba con exceso para detener en vano su nerviosismo, ese nerviosismo lo hacía quebrar vasos llenos de agua que se le caían de las manos agarradas a ellos como si fueran salvavidas. Ninguno de la familia sabía a qué Arturito se dedicaba después de aquellos momentos de apuro y de prisas en que estaba con ellos, porque si se le preguntaba con un aire furioso de actriz mexicana levantaba la ceja izquierda, con un gesto de diva inglesa se fugaba por la derecha, con un griterío de artista italiana pataleaba con el ay de mi putano hígado y con una lógica de vedette norteamericana explicaba a los majes de su proletariado familiar el porque del porque en la actualidad el mundo era lo que era y con un dejo de actor argentino proclamaba grito en mano: mierda, me han untado de mierda y el mundo es una mierda. Después mutis por la escena.

Un día de confidencias, en ese punto de quiero dormir y olvidar durante seis horas mi cara y mi familia, Fuelinda preguntó a Arturo, el mayor, ¿será homosexual? Y él, en el punto de la lucidez que anuncia el desvelo absoluto, le contestó aun, pedazo de inocente, ¿lo dudás? Ya definido fue más fácil aceptarlo y quererlo, porque ambos, Fuelinda y Arturo

amanecieron amando locamente a su Arturito, tan dulcemente amoroso. Y el niño, cada vez más niño, se apoderó de los laberintos, abandonado a sus ignorancias sobre lo que existía encima de la tierra, dispuso averiguar qué había detrás de cada hueco que emergía sobre la superficie. Tuvo sorpresas desagradables, se encontró con cangrejos agresivos, con gusanos plenos de orgullo, con picacaballos hambrientos, con topos cegatos verdaderamente indignados de que no se respetara la dignidad de sus aposentos, con serpientes mortalmente venenosas al punto de ser complacidas por su pareja en celo. En tales aventuras de escarbamientos, Arturito quedó señalado como el puro armaconflictos inútiles, con tres hospitalizaciones que lo dejaron con un ojo vacío y el otro lleno de enredos que el FBI no pudo entender a pesar de sus computadoras y sus contactos con Rusia y el Medio Oriente.

Arturito se las traía, vaya si se las traía, en las Oficinas de la Seguridad Nacional muchos testimoniaban que era el único que tenía contacto directo con el Ayatola Komeini y lo llamaba a su teléfono directo: 04 distancia de Irak, menos 05 distancia de USA, menos 02 distancia de URSS, menos 010 distancia de Libia, menos 04-07 distancia de Israel y el ojo x ojo, y el menos x más distancia en horas de la noche, que no se pueden detectar si no se sabe cuándo hay luz u oscuridad en las diferentes partes del mundo y llamás de tu noche al mediodía de otro lugar. En todo caso, Arturito, Turito para los tímidos en abreviar y Rito para los fanáticos de la abreviatura, se comunicaba con lo que ni siquiera se podía alguien imaginar porque tenía el poder de romper barreras y de abrir puertas con la destreza del que se aventura

en lo ajeno. Su habilidad consistía en usar su propio diminutivo con un dejo de lástima y fingir la inocencia de una indeterminada invalidez. Así por arte de cierta magia, magia realmente mágica, Arturito encontró empleo de intérprete en una oficina bastante sospechosa porque la única interpretación que podía ofrecer era la de monolingüe en español, de uno bastante pobre, sólo enriquecido de gestos y de términos pachucos. La sospecha crecía cuando él contaba a quien se lo preguntaba o no lo hacía, me pagan las horas ordinarias y las extras en puros dólares legítimos. Y, Arturito, indisciplinado en todo, desordenadísimo en hábitos y actitudes, no se desvinculó de aquella obligación tan obligante de entregarle a Fuelinda cuanto recibía y esperar de ella lo que tuviera a bien darle cada semana para gastos personales, que por supuesto le entregaba en pesos devaluados al cambio oficial, mientras ella averiguaba diariamente el valor del dólar para venderlos al mejor postor.

Fuelinda se llenó de preocupaciones por los excedentes mensuales que se iban presentando cada vez con más abundancia, a pesar del aumento en el costo de la vida, incremento de precios para los servicios básicos, tarifas cada vez más altas, los alimentos rutinarios a valores que los hacían de lujo, los pasajes de autobús como si fueran taxis de transporte exclusivo y las ropas parecían sólo alcanzables para los químicamente puros ricos. Con sólo el sueldo de Arturo, le alcanzaba para todo, lo que significaba que podía capitalizar las contribuciones mensuales de Ernesto y Margarita, de Amapola y Arturito, más lo de su comedor que cada día daba más ganancia por su fama de aseada y de bajos precios, aunque aprovechaba los deperdicios de los platos para los confusos

picadillos, que la mayoría de la clientela consideraba exquisitos y hasta sublimes algunos exagerados.

Fue por aquella época que soñó lo soñado. Ya estaba cansada de los depósitos a plazo y de peregrinar de banco en banco y de agencia en agencia, para colocar sus ahorros a más alto interés. Mientras servía el desayuno a los levantados con la tortura de los despertadores, de los empujones y de aquella amenaza si no te levantás te van a despedir y nos moriremos de hambre, porque la vida está tan jodida que no alcanza ni para lavarte los pantalones y pagar el papel que se gasta en tus diarreas. Todos, menos Fuelinda que tenía problemas de estreñimiento, padecían de diarreas en las mañanas y en las noches, y aunque se preocupaban que con el menor uso del papel se pudiera cubrir el asperjeo, les resultaba imposible con las nalgas untadas y los esfínteres insatisfechos. La preocupación del gasto de tanto papel higiénico los llevó al uso del periódico bien recortado, escrito y entintado que les arrugaba verdaderamente el honor familiar.

Fuelinda empezó a contar el sueño con voz baja y grave. Soñé que no estaba aquí, sino en otra parte. Era una casa diferente, nueva, bellísima, cada uno con su dormitorio, un salón de recibo, una cocina grandísima, un comedor con cortinas rizadas y recogidas con lazos rojos. Un pequeño jardín interior con piedras blancas y grises y un enorme jardín alrededor de la casa. En la entrada dos árboles grandes... Cuando iba por esta descripción todos estaban concentrados oyéndola. Entonces empezó con los detalles, con las gradas, con la puerta, con la forma de las ventanas, con las escaleras, con los tapices, con

los aislantes de ruidos... Arturo se imaginó los muebles de la entrada. Ernesto vio su cuarto con cama y cubrecama, con los cuadros en la pared y hasta percibió el olor de los libros en una repisa del rincón. Margarita respiró hondo y empezó a bajar la escalera con una elegancia de reina que da audiencia a sus súbditos. Amapola entró en la cocina y vio tarros de harina y azúcar, café y pan molido, con un decorado de verdes fuertes y débiles. Arturito no pudo ver la totalidad de la casa ni le interesó su dormitorio, se detuvo en un rincón donde tendría su propia oficina con un juego de lámparas antiguas y una carpeta de cuero florentino. Ya nadie oyó lo que decía Fuelinda, cada uno se metió en su propio sueño.

Más tarde, porque no se trabajó ese día, Fuelinda hizo algunas confesiones pues creyó que era el momento oportuno para ello. Sacó una cajita que guardaba en el horno con los certificados de los depósitos a plazo. Fue leyendo las cifras que eran de todos porque juntos habían hecho esa fortunita y juntos realizarían el sueño. Después de la sorpresa en que se oyeron exclamaciones llenas de cariño, como qué güevona es mamá y con qué vieja más hijoeputa me he pasado la vida, empezaron a buscar el lote. Consultaron los avisos económicos y la desilusión de los precios que ofrecían, les hizo congelar el sueño colectivo. Arturito habló de agentes que eran expertos en conseguir gangas, pero Ernesto desterró la posibilidad al mencionar que cobraban comisiones altísimas sobre el precio de la propiedad. Margarita señaló que lo más conveniente era consultar en los bancos nacionales sobre hipotecas vencidas y remates de tierra que podrían ofrecer alguna ventaja de compra por la situación crítica de los dueños, pero

Amapola apuntó que era inmoral aprovecharse de la crisis económica de ciertas familias muy dignas que no podían sobrevivir a la horrible devaluación de todo tipo de valores.

Cada uno se asignó una visita a las urbanizaciones fuera del centro nervioso de la ciudad, en busca del rótulo ganga de que se vende por poco lo que en algo coincidía con el sueño de Fuelinda. Ernesto encontró el lugar perfecto, pero para comprarlo faltaban cincuenta mil pesos. La familia se puso en busca de esa suma y una llamada telefónica la encontró. ¿Sabe usted? ¿No sé cómo decírselo? No es muy grave, pero sí doloroso. Ernesto perdió tres dedos cuando estaba manejando esa máquina que dominaba desde hace años. Está en el hospital, fuera de todo peligro. Por favor, no llore usted. Parece que la máquina se atoró y él sin desconectarla metió la mano para quitarle el enredo de basurillas que la atascó.

Así justo llegaron a la suma necesaria, pues la indemnización fue de redondos cincuenta mil, y se convirtieron en propietarios de un bello lote, quizás con el defecto de poco ancho y excesivo fondo, en una urbanización que iba prosperando en intentos de construcción, algunos detenidos por meses en espera de un empujoncito financiero.

Empezó la etapa del diseño. Habían decidido que harían la casa entre todos, en un proyecto participativo. Claro que de manera tácita se daba preferencia a los gustos y sugerencias de Ernesto, se valoraba muy en alto su sacrificio aunque nunca se hizo mención alguna sobre aquel accidente tan accidental. Los domingos almorzaban en el lote y ahí fueron poniendo el proyecto con lo que la imaginación da-

ba y con ese yaque nos metimos en esto bien vale la pena agregar algo más. El yaque los fue envalentonando pues con una audacia inusual, recién llegada a la familia, nada les parecía imposible. Lloviera o no lloviera los domingos desyerbaban, quemaban basuras y escogían los árboles que quedarían al frente, alrededor y al fondo de la casa. Algunos de ellos ya la veían construida, pintada de blanco y con las puertas y las ventanas verdes. Fuelinda participaba con fervor y además de atender las ollas, el mantel y el servicio, no dejaba de analizar cada sugerencia, aportar una nueva y agregar un yaque.

Fue en esa etapa que Arturito propuso concretar, era necesario concretar, era urgente concretar, entonces habló de planos y de presupuetos porque conocía a un dibujante capaz de hacer el diseño, a un arquitecto capaz de firmar y a un burócrata capaz de autorizar la construcción, porque su red de amigos era inagotable y siempre creciente. Acogieron su sugerencia, ordenaron pensamientos y sumaron ahorros, que en ese momento manejaban Fuelinda y Arturo con olfato de oportunidad y de riesgo, habían aprendido mucho de Ernesto. Apareció el dibujante y dibujó un cuadriculado con una perspectiva en acuarela que correspondía a la silueta de una casa de millonarios que les dio un hipo colectivo de puro miedo traducido en términos de digestión; un trago demasiado grande y seco para los demasiado hambrientos y de naturaleza glotona.

El diseño gratuito logró la firma del arquitecto y logró el permiso de la autoridad en el tiempo record de tres semanas, gracias a los contactos de Arturito. Faltaba sólo el presupuesto y entonces buscaron a

tres contratistas, ávidos de embaucar a los inocentes. Uno dijo vale un millón con un dominio de sé economizar en los detalles, el segundo señaló un millón doscientos mil porque valoro muy en alto a la gente que le gustan los bien acabados económicos y el tercero cotizó novecientos mil siempre que se sacrificaran las cosas inútiles en aras de un acomodamiento básico para en una segunda etapa entrar en los yaque, o sea en las vainas sofisticadas.

Con apenas treinta mil ahorrados, los presupuestos conseguidos no les dieron hipos, les dieron convulsiones e insomnios. Amapola empezó a hablar en enredado, Fuelinda creyó que le había caído la peseta y lo anunciaba a las tres de la mañana, pero a las tres y media, con todos despiertos a su alrededor, aun no podía concretar para qué le había caído. Arturo soñaba con terremotos y veía derruida la casa, sin que tuviera los cimientos, se despertaba gritando que esfuerzo sobre esfuerzo se había ido al diablo. Ernesto se comió las uñas de las manos y de los pies mientras consultaba leyes y reglamentos. Margarita se volvió sonámbula y salía a la calle cerca de las doce y no regresaba sino a media mañana con algo de dinero extra, que Fuelinda recogía con avidez. Arturito empezó a disentir y su discurso diario versó sobre la estupidez de tener casa propia, lo que contradecía su ávida devoción de visitar los domingos el lote y volver a medir su ancho y su largo, mientras maldecía la injusticia social y la escasez de recursos que padecen los pobres por ser pobres.

Una mañana en que la lluvia de la noche se encontró con la de las siete del otro día, como si fueran un coro dispuesto a afinarse dijeron que sí, que em-

pezarían con los cimientos, irían por partes, de acuerdo con los recursos y la casa se construiría por etapas conforme pudieran. Aquella declaración los unió de nuevo con tal fuerza que se sintieron que no estaban construyendo una casa sino forjando un destino.

Contrataron unos hombres que cavaron zanjas como lo determinaban los planos, pusieron varillas y ladrillos. El trabajo no costó mucho pues los ocho hombres tenían deudas con Margarita y ella descontó vales y pagarés firmados en las madrugadas, en que es tan necesario fingir que se ama y no se está solo.

Arturito hizo unos contactos con los vendedrogas y entonces la tragedia se anunció en la familia. Primero fue una llamada telefónica que no dijo mucho, pero advirtió algo terrible con el está muy mal, casi agónico. Luego fue el periódico que escribía sobre un suicidio, el operario perdió unos dedos hace unos meses y ahora con la misma máquina encendida y atascada metió la cabeza para desenredarla. La decapitación fue inmediata y completa, la cabeza rodó y hubo necesidad de detenerla para que no siguiera el camino de una pelota porque a lo mejor se perdía en cualquier parte. Recordó escenas de la guillotina y de la revolución francesa.

Ernesto fue enterrado con honores, se veló en los talleres con la presencia de los compañeros y de los dueños, lo lloraron todos juntos con los desafortunados padres y hermanos. Después llegaron los abogados, unos decían que era posible reclamar un millón, otros novecientos mil, ellos sólo exigían el diez por ciento y los gastos de las costas y demás gastos que exigen los juicios. Se decidieron por un

abogado con ojos fríos de pez en pecera, que no se sabe si miran la comodidad de la protección o la libre navegación del río hacia la mar. Sólo pidió el exceso de lo que se podría obtener más allá de los seiscientos mil que aseguraba. El resultado fue que ganó un millón cuatrocientos mil, mientras entregó a la familia trescientos mil después de deducir las costas. Con esa suma se levantaron paredes, siempre deducidos los vales y pagarés de Margarita, con los agujeros de las ventanas, y todos coincidieron que la construcción parecía una dentadura mermada, en otras palabras: una sonrisa llena de ausencias y caries.

Hubo luto estricto por la pérdida heroica, hermosa y silenciosa de Ernesto. Hubo misa con coros fúnebres y entierro de primera. Hubo rosarios durante los nueve días después de aquél en que murió y se dio café con galletas a los que asistieron. La misa de novenario se anunció por periódico, claro un anuncio pequeño porque había que ahorrar. Sin embargo no lo lloraron porque se les volvió a meter en los ojos aquel sueño colectivo que los hacía sonreír despiertos, les aumentaba la temperatura y las palabras, los llenaba de seguridad y de audacia, los levantaba sobre cualquier duda con un podemos desafiante y los unía en la complicidad de la fuerza. Un día juntos pensaron que un cuarto menos era un ahorro y cuando se avergonzaron del pensamiento pronto lo arreglaron. Ernesto siempre estaría presente en toda la casa.

Amapola dejó la danza y empezó con el sonambulismo de día y de noche, sus contribuciones se multiplicaron porque es sabido que conocía los movimientos del cuerpo entero. Arturito, en un buen

contacto para el transporte de drogas, obtuvo de un solo golpe setenta y cinco mil que entregó completos a Fuelinda, quien los recibió con bienvenidas, ajena por completo a las preguntas de cómo fue eso y por qué tanto. Su marido entregó cincuenta mil, pues ya jefe dio por recibido algo que no entró en la bodega, además era innecesario y de pésima calidad. Su conciencia estaba tranquila, porque aquello se ganaba con no tenerlo. Cuando entregó el cheque a Fuelinda, quien tampoco preguntó nada, estaba convencido de haber hecho un gran servicio al país.

Con esos dineros se levantaron las paredes del segundo piso y se pusieron ventanas y puertas en el primero. El sueño parecía ya una dentadura postiza a medio hacer.

Margarita, más cauta que nunca, más sonámbula que antes, más despegada del muerto Ernesto, por quien ni siquiera usó luto o medioluto en los nueve días, empezó a decir que se casaba de emergencia con un anciano estúpido y cacreco de quien se había enamorado. El anciano era cierto, lo conoció sonámbula en el albur de si está dispuesto a pagar está bien y vámonos. El le confesó que era virgen a los ochenta incontables porque las mujeres le recordaban la odiosa leche maternal, a la que era alérgico porque le parecía el botín demasiado grande para su apetito de poco y a su tiempo. Se produjo entonces eso que se llamará algún día identificaciones no idénticas, que enlaza en quizás horas largas y es creadora de obsesiones y locuras o de coincidencias y reconciliaciones, o de encuentros milagrosos y parciales reconocimientos. Pero, dejemos al futuro el hallazgo, digamos ahora que Margarita era descon-

fiada y preguntó por ahorros con timidez, por cuentas bancarias con inocencia, por propiedades con curiosidad, por inventarios con avidez, por obras de arte con ignorancia, por apellidos e historias con una infantilidad desprovista de narraciones y de arrullos tempranos, por una síntesis con avaricia, y se desplomó ante lo contado de tanto y tanto más tanto es imposible de medir y contabilizar, por lo que sólo cabía una declaración de soy tuya y vos sos mío, mientras el anciano sonreía incongruente con un aire de ser un objeto en una de esas extrañas subastas. Poco a poco le fue trasladando bienes, con una táctica metódica que se identificaba con una manía oriental, nada de acelere, lentamente, un día un libro, otro una pintura, una semana después un manuscrito, más tarde una escultura, luego un adorno, un mueble histórico con secretos, que Fuelinda fue vendiendo a precios de ganga que a ella le parecían increíbles para todas aquellas basuras llenas de contaminación. Su comedor abrió una sección de gangas artísticas que atrajo a señoras encopetadas, gangas culturales que cautivó a museólogos, gangas de esquizofrénicos que advirtió a los drogadictos en eso de las direcciones equivocadas. Todo produjo una suma de efectivo que no esperaban, bastante cuantiosa que desmontó musgos y malezas, además activó la construcción y el yaque. ¿Por qué un garaje si nunca en nuestra puta vida vamos a tener un carro? Arturito pensó que el garaje era indispensable y fantástico, pues el vehículo ahorraría tiempo y en él podrían pasar sus cosas, incluso sería una casa ambulante con miles de posibilidades de convertirla en oficina y en centro de negocios. Se estudió en qué lado se construiría el garaje y ganó el izquierdo porque se vería por ahí menos que era un añadido. El garaje y el ca-

rro se convirtieron en parte del sueño de todos menos uno.

Margarita nunca aprendió a tener paciencia porque siempre la tuvo, era esencialmente pasiva y paciente, sabía esperar hasta el cansancio porque nunca había tenido que esperar, era una especie de escondida que nadie buscaba y así y todo se mantenía en su escondite. Ahora, al descubierto, con posibilidades de obtener mucho, se volvió impaciente, irritada con sus exigencias, incapaz de esperar a que se acordaran de ella, dispuesta al reclamo inmediato, al todo ya, mañana es tarde. El anciano la satisfizo en lo que pudo, era el momento en que le fue fácil y no exigía consulta, le giró cheques cuantiosos, regalos, joyas, cuadros, esculturas, pero cuando le exigió más allá de lo posible y le dijo que esperara porque debía llamar a sus abogados y asesores para consultarles si era oportuno vender acciones y qué implicaciones eso tendría para el futuro de la pareja, ella gritó malcriada, amenazó insolente, pataleó con evidente falta de educación y reclamó como si fuera la belleza que él veía con sus ojos cegatos. Buscó cuarto aparte y no disimulaba su mal genio en las horas de desayuno y de almuerzo, a las de la comida ni siquiera se presentaba sin que la servidumbre pudiera aportar un dato veraz de qué se había hecho. Sólo el anciano, torturado de celos, pensaba que debía andar por la misma calle en que la encontró, seguro con un vejete más viejo que él, incapaz de darle lo que él de puro enamorado no se cansaba de ofrecerle, besos y caricias mientras ella le servía lo inimaginable. Consultó a los abogados y a los asesores, quienes le aconsejaron que no era prudente descapitalizar el capital porque con ello ponía en peligro su renta

BIBLIOTECA NACIONAL

mensual y le indicaron el riesgo de tener menos y recibir menos, ir mermando el capital y quedar de un pronto sin nada. Empezarse a gastar lo que se tiene, en vez de mantenerse con la renta, es el camino a la ruina. El anciano empezó a comerse sus propias mandíbulas, con eso señalaba el momento de las altas preocupaciones, se quitaba las planchas sin disimulo y consideración a los presentes, entonces se chupaba con la lengua y los labios las gastadas encías. El ejercicio de rumiar se planteó en una proposición sabia que costaba entender por la amorfa pronunciación, ya estoy viejo y ustedes lo saben entonces me conviene determinar un heredero y sólo tengo a Margarita, le dejaré mis cosas y así desde ahora en adelante las cuidará tanto como yo. Se puso las planchas y dictó el testamento en que dejaba todo, absolutamente todo a su fiel y amadísima esposa Margarita y con una alegría juvenil firmó protocolos y testimonios con una letra clara y sonriente, totalmente ajena a que estaba dictando su sentencia de muerte. En la noche, con botella de champaña francés, leyó a Margarita el testamento y ella frunció el ceño, se le encrespó el pelo y pensó en los balcones barrocos que se estaban construyendo en ese tiempo porque yaque se había hecho un enorme esfuerzo de estilo en el primer piso en el segundo había que lograr el concierto de lo artificial pragmático con el desborde eufórico, yaque y lo repetía como un sonido consonante con el capricho.

Amapola le planteó a Fuelinda la necesidad de un seguro de vida alto con una prima ridícula, ella tan expuesta en su bicicleta con las llantas lavadas a los locos conductores que se saltaban los altos como si fuera una necesidad de tropezar con la muerte, y no

respetaban el lenguaje universal de los semáforos con el verde de libre paso y los rojos con los frenos alertas. Fuelinda agregó que la construcción demandaba todos los esfuerzos y no permitía primas de seguros para riesgos hipotéticos, eso era un lujo para los que tenían reservas y no se iban agotando tras el sueño legítimo de tener una casa, cumplir con la realización de ese soñar conjunto sobre una necesidad básica de una familia: techo propio, intimidad de propietarios, seguridad de un espacio íntimo, silencio para propiciar el descanso. Amapola oyó la respuesta con la estrategia de entender, asentir, reafirmar que se tiene razón y hacer lo contrario a lo que se afirma, responder con un gesto de cabeza seguro de encarrilarse en la rutina de una lógica ancestral que obliga a asentir y enfilarse en la normalidad de que amanece, atardece y anochece en la rutina de una normalidad agonizante, a punto de ser violada. Amapola adquirió la prima de aquel seguro de vida con un esfuerzo extraordinario que no reportó a Fuelinda. Ahora su existencia perdió importancia y su muerte adquirió valor, eso tan simple nos revela la esencia de los seguros de vida.

Arturito cada día era una regresión al punto equivocado que no encontraba con facilidad, indagaba en dónde se produjo lo malo porque algo malo se había pegado al sueño que todos juntos y unidos estaban soñando. No encontró el punto, pero Fuelinda le fue estorbando. Cada vez que la veía recordaba los tres dedos de Ernesto y su cabeza rodando como si se hubiera guillotinado en aras de un sueño filtrado ideológicamente, porque no era de su clase y sin embargo toda su clase soñaba con él. Lo simplemente propio defendido con la protesta, con la palabra, con

el puñal, con la cárcel, con la huelga de hambre, con la angustia del desvelo que encuentra noches y amaneceres con los ojos abotagados y selváticos en busca del camino que te lleve a perderte en lo perdido.

Fuelinda empezó a agotarse, todo le pesaba, pero le pesaban más los ojos de su Arturito sobre ella, le parecía que la arañaban, le abrían heridas, le mostraban unas úlceras horribles que nunca se quiso ver.

Margarita empezó a fumigar la casa con gases densos que obligaban a su marido y a la servidumbre a pasar horas enteras en el jardín, mientras se dispersaba lo hediondo y lo peligroso. Un domingo dio libre a la de adentro, a la cocinera, al jardinero y al chofer, por lo que se quedó sola con su esposo. Tapó cuidadosamente las hendijas, el ensamblaje de las ventanas, los respiradores de las puertas, los escapes de los pisos, los desagües de pilas y baños, toda apertura que permitiera una gota de aire puro. Con deleite fue derramando líquidos, impulsando regaderas, manejando espreis y abriendo el gas de la cocina y del horno. El no se quejó sentado inmóvil en la mecedora, ella apenas tuvo tiempo de cerrar el gas, quitar las vendas y quemarlas.

Ese mismo domingo Amapola fue atropellada por un camión inmenso, cargado de madera. Varios testigos dijeron que hizo malos cálculos de distancia y velocidades, otros aseguraban que iba con los ojos cerrados, tan cerrados como si nunca más quisiera ver hacia adelante. Así fue, murió al instante, totalmente descerebrada. Iba sin documento alguno cuando pasó todo eso, por lo que las autoridades se emplearon a fondo para averiguar quién era y a cuáles familiares debían comunicarle tan trágico suceso.

Aquel domingo los dos Arturos junto a Fuelinda llegaron hasta la propiedad para constatar los adelantos en aquella casa, realmente mansión. La incomodidad entre Arturito y la madre se había agudizado. Ya no se soportaban cercanos o lejanos, la agresividad del hijo creció y sobrepasó aquel examen frío para inventariar el odio. Ahora si estaba próximo a ella la empujaba, si se tropezaban él la arrinconaba en un lenguaje sin palabras con una carga de reclamos furiosos. Fuelinda se sentía violentada y reaccionó con violencia en la estrategia de una defensa activa en el fundamento básico de qué se cree este malagradecido maricón. Cuando ya no la pudo soportar, ni siquiera verla, se hizo muy casero, se pasaba el día entero siguiéndola del comedor a la cocina y de la cocina al comedor, casi como si estuviera ayudándola para agobiarla con los regueros, con las malacrianzas, con platos que quebraba, con improperios como el de vieja que soñó la muerte de sus hijos por una choza que nunca valdrá la vida de un ser humano. Y con el cochina a gritos, la que recoge las sobras para la sopa del otro día, la que nunca se lava las manos y presenta las lechugas como las compró en el mercado, pues ahorra en el gasto del agua y apenas si enjuaga los platos y los cubiertos, y de aquí sale el contagio de la hepatitis, de la tifoidea y del cáncer, ya apenas si llegan clientes y son los que coge la hora del almuerzo urgente fuera de sus lugares cotidianos, en zonas extrañas. Fuelinda se le enfrentó con el qué querés para joderme tanto, qué buscás carajito del demonio, por qué te empeñás en arruinarme, cómo es que una madre engendra a sus propios enemigos, por qué me perseguís en el momento en que el sueño se realiza y sólo le faltan algunos detalles, porque si yaque yaque hay que acor-

darse de que la perfección es posible de alcanzar si alguien se empeña en ello, hijo de mis desvelos, hijo de mis remordimientos, hijo de puta, un legítimo hijueputa.

Arturo, el marido, veía la escena con una objetividad casi de juez, sin perder de vista que una pasión maléfica y palúdica estaba afectando a Arturito y a la Fuelinda. Se mantuvo neutral en aquella guerra a muerte, a pesar de que ella lo acusaba de no tener güevos güevón, y el hijo le repudiaba el haber sido siempre un cero a la izquierda, el manipulable de una mujer gritona que lo orquestaba en el papel de gallina servil y cortesana de un gavilán goloso. Sin perder una sonrisa victoriosa, Arturo, que ya sentía desterrado el Fuefeo, respondía que en el diálogo y en el entendimiento florecerá algúna día la esperanza, seguro de que estaba hablando entre fanáticos que sólo admiten su propia verdad o su propia falsedad, que al ser inalterables resultan siempre los extremos de una dialéctica realmente incomunicada.

Ese domingo Fuelinda fue a la visita de los progresos y de yaque hicimos eso porqué no hacemos también esto otro, perfectamente preparada. Llevaba en su bolso unas tijeras con filo de puñales, dispuestas a abrirse y a entrar en cualquier piel amenazante, aunque fuera la de su propio hijo. Arturito, en cambio, propuso que se construyera una cerca yaque lo construido merecía una seguridad especial, porque parecía acorde con el exceso del sacrificio y de la absoluta entrega al sueño soñado por su madre, una casa en que cada uno fuera el propietario absoluto. Fuelinda bajó las defensas, porque su hijo, su único hijo en aquel domingo de encuentros fami-

liares en la morgue había dicho algo congruente: la casa de planta horizontal llena de detalles especiales como balcones, rincones y espacios interiores, correspondía a la planta superior con gracia de esbeltez debido a los lugares volantes con armonías de equilibrios, a las terrazas sin goteras con aires de flotar en armonía con los vientos, a las luces que penetraban los rincones con jaulas que pretendían robarse la luz para siempre. Todo era un retener lo fugaz, porque una vida y el conjunto de vidas eran sólo eso.

En ese pensamiento colectivo, Arturito estuvo a punto de comprender que Fuelinda presentía su muerte, pero no pudo penetrar a ese lugar oscuro en que la claridad entra con talento de regalar lo favorito. Cuando la acorraló en un rincón del garaje con el cordón entre las manos, no vio el gesto rápido con que lo esperaba serena y valiente. Ninguno de los dos gritó y ella no habría muerto si el cordón ya tendido en su garganta no la hubiera ahogado con la fuerza brutal del desplome sobre su propio cuerpo. Cayeron abrazados en un gesto casi amoroso como si el relajamiento de la muerte los convirtiera en una buena madre y en un hijo excelente.

Arturo se aturdió con los entierros, cinco en total, el día martes, mientras se hicieron los dictámenes en la morgue judicial y se le interrogó como sospechoso de toda aquella extraña coincidencia de tragedias tan en diferentes sitios y circunstancias. Al final ganó su inocencia pues ni aun queriéndolos muertos, para quedarse él solo con todo, pudo haber concertado aquella sinfonía melodramática de sacrificios, rabias internas, venenos, ojos cerrados, tijeras y cordón. Caminó detrás de los cinco ataúdes, fuer-

te, casi sorprendido de su vitalidad, asustado de sus ágiles movimientos y de su deseo de ocupar aquella casa llena de detalles.

Buscó de inmediato a la familia escondida, ella humilde y resignada, con una fe absoluta en que algún día Dios repararía en lo que necesitaban y aspiraban. Con cuatro hijos de Arturo, de las mismas edades de los de Fuelinda, que siempre hay un gusto entrañable en las réplicas y replicar es a veces una religión. El le habló de la tragedia, de los recursos que le caían de varias partes, de que era prácticamente millonario con los bienes de ese viejecito yerno que heredó a la hija Margarita y con el atrevido valor que dio a su vida esa arriesgada de Amapola. Ella, una simple Azucena, engrandeció sus ojos y le habló de la casa, que también era un sueño colectivo de ella y sus disciplinados hijos, dos mujeres y dos hombres, los cuatro solteros, graduados universitarios, con buenos salarios y con un encabezado de futuros doctores, especialistas en devoción materna por el sacrificio y por el atrevimiento. Nunca, ni individual ni colectivamente pensaron en el placer.

Arturo, después de un tiempo prudencial, los llevó a conocer la casa. En la escalera se encontró con Ernesto, quien le preguntó por qué Fuelinda tuvo siempre sueños de muerte y más muerte. En el baño de los invitados estaba impúdicamente sentado Arturito, con todo abierto y las tijeras clavadas en el abdomen, gritando desolado su muerte inútil, falsamente adolescente cuando la carga intolerable con el parecido a la madre o al padre es en realidad un reconocimiento capaz de romper cualquier armonía personal. Cuando abrió su cuarto, el cuarto íntimo del

matrimonio, Fuelinda roncaba sueños de yaque y yaque que asustaban al más valiente. La Margarita y la Amapola se le aparecieron colgadas de la lámpara del comedor con los ojos brincones y las lenguas afuera, sin palabras pero con los índices acusadores, señalantes de esta casa está demasiado ocupada y váyase con esos extraños más ligero que corriendo.

Arturo dijo con tono sereno viviremos en cualquier parte, creo que en un hotel donde se vive fugaz, porque esta mi casa de sueños colectivos, valientes y audaces, está ocupada, demasiado ocupada por aquéllos que se atrevieron a desocuparla.

Y todos sintieron que era una casa diferente, sin habitantes, sola, sedienta de personas, de caras que se miraran en los espejos, de encuentros en la escalera, de disputas en la cocina, de confesiones en los dormitorios, de recados en los corredores, de timbres que entran y recorren pasillos y aposentos. Y, sin embargo, también sintieron que en cada rincón olía a sangre, que un peso de cadáveres ahogaba violentamente, que en el silencio había un grito apenas deteniéndose para evitar un coro de sollozos y lamentos.

La cara de Arturo les relataba todo eso porque desencajado, pálido, con los ojos fuera de sus órbitas, tembloroso, casi convulso, buscaba la puerta de salida tropezando con paredes y muebles, entre llorando y sollozando sin que se le pudiera entender lo que trataba de decir.

En un hotel vivió Arturo con su familia réplica y gritaba en las noches, caminaba como un loco por pasillos y acusaba a sus muertos de que lo perseguían, lo asediaban, no lo dejaban dormir, no podía

BIBLIOTECA NACIONAL

conciliarse, se sentía acosado porque sus muertos no eran unos resignados, ni estaban conformes con su propia muerte. Eran rebeldes, no sumisos reclusos en la casa desocupada, eran los eternos habitantes de su propia conciencia.

Su hijo médico lo empezó a pastillar para combatir las convulsiones que le fueron viniendo a Arturo cada vez más seguido, cada vez más largas y profundas. Pasaba dormitando pero hasta en los sopores más profundos le entraban temblores y se le convulsionaban sus gestos y ademanes.

Arturo murió un día. Su hijo vaticinó que un infarto violento le cortó la vida. Lo cierto es que se metió en el túnel para olvidar nombres, circunstancias, fechas y aquella casa desocupada.

La familia guardó un prudencial duelo en el hotel, ahí recibieron pésames y durante nueve noches rezaron el rosario. Al décimo día, todos de acuerdo, hicieron valijas y se trasladaron a la casa. Al llegar se extrañaron de que la puerta de entrada estuviera abierta, como si alguien los esperara. Cada uno escogió su cuarto y cambió el decorado según su propio gusto. Entretenidos, de buen humor, comunicativos, no oyeron que las ventanas enrejadas se iban cerrando, que las diferentes puertas se enllavaban, que las cadenas se cosían y los candados se trababan.

Así se quedó la casa absolutamente solitaria, casi en silencio porque los gritos se estrellaron en vano contra las paredes tapizadas, los sollozos se recogieron en la intimidad de los aposentos, los esfuerzos por romper los encierros se escondieron en un ago-

tamiento sordo, sin esperanza. Aquella casa de sacrificios casi heroicos, nacida del sueño que se hizo colectivo alcanzó el punto fugaz del misterio totalmente enllavada, seguramente enrejada, virtuosamente encadenada.

Y VENDIMOS LA LLUVIA

¡Qué jodida está la cosa!, eso fue lo único que declaró el ministro de hacienda, hace unos cuantos días, cuando se bajaba de un jeep después de setenta kilómetros en caminos llenos de polvo y de humedad. Su asesor agregó que no había un centavo en caja, la cola de las divisas le daba cuatro vueltas al perímetro de la ciudad, el Fondo tercamente estaba afirmando no más préstamos hasta que paguen intereses, recorten el gasto público, congelen los salarios, aumenten los productos básicos y disminuyan las tasas de importación, además quiten tanto subsidio y las instituciones de beneficios sociales.

Y el pobre pueblo exclamaba: ya ni frijoles podemos comprar, ya nos tienen a hojas de rábano, a plátanos y a basura, aumentan el agua y el agua no llega a la casa a pesar de que llueve diariamente, han subido la tarifa y te cobran excedentes de consumo de un año atrás cuando tampoco había servicio en las cañerías.

¿Es que a nadie se le ocurre en este país alguna pinche idea que solucione tanto problema?, preguntó el presidente de la república que poco antes de

las elecciones proclamaba que era el mejor, el del pensamiento universitario, con doctorado para el logro del desarrollo, rodeado de su meritocracia sonriente y complacida, vestida a la última moda. Alguien le propuso rezar y pedir a La Negrita, lo hizo y nada. Alguien le propuso restituir a la Virgen de Ujarrás, pero después de tantos años de abandono la bella virgencita se habia vuelto sorda y no oyó nada, a pesar de que el gabinete en pleno pidió a gritos que iluminara un mejor porvenir, una vía hacia el mañana.

El hambre y la pobreza ya no se podían esconder: gente sin casa, sin un centavo en el bolsillo, acampaba en el parque central, en el parque nacional, en la plaza de la cultura, en la avenida central y en la avenida segunda, un campamento de tugurios fue creciendo en la sabana y grupos de precaristas amenazaban con invadir el teatro nacional, el banco central y toda sede de la banca nacionalizada. El Seguro Social introdujo raciones de arroz y frijoles en el recetario. Un robo cada segundo por el mercado, un asalto a las residencias cada media hora. Los negocios sucios inundaron a la empresa privada y a la pública, la droga se liberó de controles y pesquisas, el juego de ruletas, naipes y dados se institucionalizó para lavar dólares y atraer turistas. Lo más curioso es que las únicas rebajas de precio se dieron en el whisky, el caviar y varios otros artículos de lujo.

El mar de pobreza creciente que se vio en ciudades y aldeas, en carreteras y sendas, contrastaba con más mercedes benz, beemedobleu, civic y el abecedario de las marcas en sus despampanantes últimos modelos.

El ministro declaró a la prensa que el país se encontraba al borde de la quiebra: las compañías aéreas ya no daban pasajes porque se les debía mucho y por lo tanto era imposible viajar, además la partida de viáticos se agotó, ¿se imaginan lo que estamos sufriendo los servidores públicos?, aquí encerrados, sin tener oportunidad de salir por lo menos una vez al mes a las grandes ciudades. Un presupuesto extraordinario podía ser la solución, pero los impuestos para los ingresos no se encontraban, a menos que el pueblo fuera comprensivo y aceptara una idea genial del presidente de ponerle impuesto al aire, un impuesto mínimo, además el aire era parte del patrimonio gubernamental, por cada respiro diez colones.

Llegó julio y una tarde un ministro sin cartera y sin paraguas vio llover, vio gente correr. Sí aquí llueve como en Comala, como en Macondo, llueve noche y día, lluvia tras lluvia como en un cine con la misma cartelera, telones de aguacero y la pobre gente sin sombrilla, sin cambio de ropas para el empape, con esas casas tan precarias, sin otros zapatos para el naufragio, los pobres colegas resfriados, los pobres diputados afónicos, esa tos del presidente que me preocupa tanto, además lo que es la catástrofe en sí: ninguna televisora transmite, todas están inundadas, lo mismo que los periódicos y las radioemisoras, un pueblo sin noticias es un pueblo perdido porque ignora que en otras partes, en casi todas, las cosas están peores. Si se pudiera exportar la lluvia, pensó el ministro.

La gente, mientras tanto, con la abundancia de la lluvia, la humedad, la falta de noticias, el frío, el desconsuelo y hambre, sin series ni telenovelas, em-

pezó a llover por dentro y a aumentar la población infantil, o sea la lucha porque alguno de los múltiples suyos pudiera sobrevivir. Una masa de niños, desnuda y hambrienta, empezó a gritar incansablemente al ritmo de un nuevo aguacero.

Como se reparó una radioemisora, el presidente pudo transmitir un mensaje, heredó un país endeudado hasta el extremo que no encontraba más crédito, él halló la verdad de que no podía pagar ni intereses ni amortización, tuvo que despedir burócratas, se vio obligado a paralizar obras y servicios, cerrar oficinas, abrir de algún modo las piernas a las transnacionales y a las maquilas, pero aquellas vacas flacas estaban agonizando y las gordas venían en camino, las alentaba el Fondo, la AID, el BID y a lo mejor también el Mercado Común Europeo, sin embargo el gran peligro estaba en que debían atravesar el país vecino y ahí era posible que se las comieran, aunque venían por el espacio, a nueve mil metros de distancia, en establo de primera clase y cabina acondicionada, pero esos vecinos eran y son tan peligrosos.

La verdad es que el gobierno se había desteñido en la memoria del pueblo, ya nadie recordaba el nombre del presidente y de sus ministros, la gente los distinguía con el de aquél que se cree la mamá de tarzán y usa anteojos o el que se parece al cerdito que me regalaron en los buenos tiempos pero un poco más feo.

Y la solución salió de lo que menos se esperaba. El país organizó el concurso tercermundista de la "Señorita Subdesarrollo", ya usted sabe de flaquitas, oscuritas, encogidas de hombros, piernas cortas, me-

dio calvas, sonrisas cariadas, con amebas y otras calamidades. El próspero Emirato de los Emires envió a su designada, quien de puro asombro de cómo llovía y llovía al estilo de Leonardo Fabio, abrió unos ojos enormes de competencias de harén y de cielos en el Corán. Ganó por unanimidad, reina absoluta del subdesarrollo, lo merecía por cierto, no le faltaban colmillos ni muelas, y regresó más rápido que rapidísimo al Emirato de los Emires, había adquirido más veloz que corriendo algunos hongos que se acomodaron en las uñas de los pies y las manos, detrás de las orejas y en la mejilla izquierda.

Oh padre Sultán, señor mío, de las lunas y del sol, si su Alteza Arábiga pudiera ver cómo llueve y llueve en ese país, le juro que no me creería. Llueve noche y día, todo está verde, hasta la gente, son gente verde, inocente, ingenua, que ni siquiera ha pensado en vender su primer recurso, la lluvia, pobrecitos piensan en café, en arroz, en caña, en verduras, en madera y tienen el tesoro de Alí Baba en sus manos y no lo ven. ¿Qué no daríamos por algo semejante?

El Sultán Abun dal Tol la dejó hablar, la hizo repetir lo de esa lluvia que amanecía y anochecía, volvía a amanecer y anochecer por meses iguales, no se cansaba de la historia de lo verde en el tránsito de reverdecer más, le gustó incluso lo de un tal Leonardo Fabio en eso de llovía y llovía.

Una llamada telefónica de larga distancia entró al despacho del ministro de exportaciones procedente del Emirato de los Emires, pero el ministro no estaba. El ministro de relaciones comerciales casi se iluminó cuando el Sultán Abun dal Tol se llenó de lu-

ces internas y le ordenó comprar lluvia y lluvia y construir un acueducto desde allá hasta aquí para fertilizar el desierto. Otra llamada. Aló, hablo con el país de la lluvia, no la lluvia de mariguana y de cocaína, no la de los dólares lavados, la lluvia que natural cae del cielo y pone verde lo arenoso. Sí, sí, habla con el ministro de exportaciones de ese país y estamos dispuestos a vender la lluvia, no faltaba más, su producción no nos cuesta nada, es un recurso natural como su petróleo, haremos un trato bueno y justo.

La noticia ocupó cinco columnas en la época seca, en que se pudieron vencer obstáculos de inundaciones y de humedades, el propio presidente la dio: venderemos lluvia a diez dólares el centímetro cúbico, los precios se revisarán cada diez años y la compra será ilimitada, con las ganancias pagaremos los préstamos, los intereses y recobraremos nuestra independencia y nuestra dignidad.

El pueblo sonrió, un poco menos de lluvia agradaba a todos, además se evitaban las siete vacas gordas, un tanto pesadas.

Ya no las debía empujar el Fondo, el Banco Mundial, la AID, la Embajada, el BID y quizás el Mercado Común Europeo, a nueve mil metros de altura, dado el peligro de que las robaran en el país vecino, con cabina acondicionada y establo de primera clase. Además de las tales vacas no se tenía seguridad alguna de que fueran gordas, porque su recibo obligaba a aumentar todo tipo de impuestos, especialmente los de consumo básico, a exonerar completamente las importaciones, a abrir las piernas por entero a las transnacionales, a pagar los intereses que se han elevado un tanto y a amortizar la deuda

que está creciendo a un ritmo sólo comparado con las plagas. Y si fuera poco hay que estructurar el gabinete porque a algunos ministros la gente de las cámaras los ve como peligrosos y extremistas.

Agregó el presidente con una alegría estúpida que se mostraba en excesos de sonrisas alegremente tontas, los técnicos franceses, garantía de la meritocracia europea, construirán los embudos para captar la lluvia y el acueducto, lo que es un aval muy seguro de honestidad, eficiencia y transferencia de tecnología.

Para ese entonces ya habíamos vendido muy mal el atún, los delfines y el domo térmico, también los bosques y los tesoros indígenas. Además el talento, la dignidad, la soberanía y el derecho al tráfico de cuanto fuera ilícito.

El primer embudo se colocó en el Atlántico y en cosa de meses quedó peor que el Pacífico Seco. Llegó el primer pago del Emirato de los Emires, ¡en dólares!, se celebró con una semana de vacaciones. Era necesario un poco más de esfuerzo. Se puso un embudo en el norte y otro en el sur. Ambas zonas muy pronto quedaron como una pasa. No llegaban los cheques, ¿qué pasa?, el Fondo los embargó para pagarse intereses. Otro esfuerzo: se colocó el embudo en el centro, donde antes llovía y llovía, para dejar de llover por siempre, lo que obstruyó cerebros, despojó de hábitos, alteró el clima, deshojó el maíz, destruyó el café, envenenó aromas, asoló cañales, disecó palmeras, arruinó frutales, arrasó hortalizas, cambió facciones y la gente empezó a actuar con rasgos de ratas, hormigas y cucarachas, los únicos animales que abundaban.

Para recordar que habíamos sido, circulaban de mano en mano fotografías de un oasis enorme con grandes plantaciones, jardines, zoológicos por donde volaban mariposas y una gran variedad de pájaros, al pie se leía: venga y visítenos, este Emirato de los Emires es un paraíso.

El primero que se aventuró fue un tipo buen nadador, quien tomó las previsiones de llevar alimentos y algunas medicinas. Después toda su familia entera se fue, más tarde pueblos pequeños y grandes. La población disminuyó considerablemente, un buen día no amaneció nadie, con excepción del presidente y su gabinete. Todos los otros, hasta los diputados, siguieron la ruta de abrir la tapa del acueducto y así dejarse ir hasta el encuentro con la otra tapa ya en el Emirato de los Emires.

Fuimos en ese país ciudadanos de segunda categoría, ya estábamos acostumbrados, vivimos en un ghetto, conseguimos trabajo porque sabíamos de café, caña, algodón, frutales y hortalizas. Al poco tiempo andábamos felices y como sintiendo que aquello también era nuestro, por lo menos la lluvia nos pertenecía.

Pasaron algunos años, el precio del petróleo empezó a caer y caer. El Emirato pidió un préstamo, luego otro y muchos, pedía y pide para pagar lo que debe. La historia nos suena harto conocida. Ahora el Fondo se ha apoderado del acueducto, nos cortó el agua por falta de pago y porque el Sultán Abun dal Tol se le ocurrió recibir como huésped de honor a un representante de aquel país vecino nuestro.

HISTORIA SIN EGO

Por favor no me falle. Eso fue lo que oyó por mucho tiempo. Seguían las instrucciones con cuidado, no era válido equivocarse, se puede perder el prestigio para toda la vida, que siempre es corta, sólo que tiene algunos largos momentos. No era infalible, por eso se sentía casi humano, y lo era cuando no lograba satisfacer el deseo, siempre desordenado e impaciente. También se sentía casi divino cuando le daban las gracias por la benevolencia concedida. El desafío de no me falle lo tensaba bastante, hasta hacerlo duro y sarcástico como cualquier perito ante el que se duda de su capacidad con el "¿está seguro?".

Por más servicial que fuera, por más certero, por más eficiente, las cosas en este mundo están expuestas a las variaciones de la moda, la guillotina a punto de caer, la espada de Damocles, la soga que hace temblar los nervios del cuello, porque surge algo nuevo y atrayente, una brillante carrera de promesas evidentes, de mágicas eficacias, frente al que es insultante el ruego de no me falle, una brillante pro-

paganda lo populariza como remedio universal de todos los males.

Además de la competencia entre colegas, había otra competencia más difícil, como la Coca-Cola que se unió a la alegría de vivir o la de ciertos detergentes que simplificaban problemas parciales de la vida o la de productos de belleza que hacen milagros con los feos aunque sólo se aplican en las demostraciones a los excepcionalmente bellos.

En fin las cosas duran lo que tienen que durar, aunque sí ayuda la prevención, el aprecio, el cultivo al culto y la divulgación del prestigio. Cabe preguntarse si al recordar un recurso, se recuerda también cómo lograrlo. La ansiedad de los encuentros después se mide por las ausencias. Esta es época en que los milagros se quieren de manera individual y colectiva. La gente camina sin remedio y compostura, porque todo se le viene encima y hay un olor intenso de pelo quemado.

Empezó a dolerle la telaraña que se le colocó sin permiso alguno en el ojo. Después hubo otra que le abarcó las cuencas de la nariz y el ojo izquierdo, no podía distinguir a sus fieles, a lo mejor habían desaparecido porque su presencia ya no era atrayente. Se sabía desteñido, descuidado, lleno de polvo, un hormiguero necio le hacía vibrar los pies y las moscas se cagaban en sus manos con una constancia digna de mejor destino. A esas alturas lo dejaron abandonado entre las cosas más viejas y sucias del mundo.

El recordar otras épocas no le hacía ningún favor. Fue importante, claro que lo fue, pero las impor-

tancias de antes no son válidas ni consoladoras frente a la soledad y el abandono de este casi eterno momento. Quizás algunos ya muy viejos tengan alguna noción de sus hazañas, que por lo demás no son hazañas hoy con tanta vacuna y medicina nueva, con tanta oportunidad de matarse que nadie se preocupa por la vida que tiene, menos por la vida eterna. El mundo se hizo un lugar hostil, estructura sobre estructura para la organización de lo absurdo. El costo de vivir fue creciendo entre el miedo, el robo, la bomba, el accidente, el malentendido, la perversión y el vértigo del tiempo que acelera la enfermedad y la muerte.

Oyó por esa época que el lugar era peligroso, el sitio ideal para un incendio, entonces deseó con toda la fuerza de sus debilidades que pasara pronto y así dejar de penar por su propio olvido. Sin embargo los hechos no suceden con la rapidez del deseo, a veces vienen tan lentamente que cuando pasan no se recuerda siquiera haberlos deseado.

Fue una noche de luna con muchos vientos, unos del este, otros del sur, que se mezclaban con los del norte y los del oeste. Un verdadero remolino turbulento y huracanado que en el campo desramó hasta los más poderosos árboles y en la ciudad hizo volar láminas de zinc y tejas. En esa noche iluminada violentamente, los chiflones soplaron con insistencia las brasas de un viejo horno. La cuadra entera se quemó en minutos, todo se elevó en humos y se asentó en ceniza: cruces, camas, sillas, armarios, vitrinas, columnas, puertas, ventanas, anaqueles, pisos, paredes, cielo rasos, cuanta cosa estaba erguida quedó hecha polvo.

Cuando se escarbaron los escombros, más por limpieza que por esperanza, ¡milagro!, apareció intacto con sus moscas, sus telarañas y su hormiguero. Sucio, por supuesto, pero no de fuego ni de cenizas, no de carbón, sino de años de descuido. Nadie se podía explicar el fenómeno, incluso lo examinaron químicamente, sin que apareciera excepcional en ningún sentido. Las creencias sí andan muy ligero: unas lo santificaron y se arrepintieron de haberlo abandonado, le prometieron un templo, que ya se está construyendo; otras lo endemoniaron porque sólo Satanás no se quema en el infierno, él gobierna el fuego, camina sobre brasas y llamaradas que no le hacen daño, ni siquiera lo alcanzan. Estas creencias también le están haciendo un templo que será misterioso, esotérico y hermético, con ceremonias secretas y convocatorias confidenciales.

Jamás volvería a oír el angustiante no me falle, en uno de los dos ritos debía ser eficaz, pero ya ésa no era su preocupación: en el incendio se quemó su ego, su aureola y su conciencia.

SIN MAÑANA

Hablan tan bajito, susurran, murmuran y se oye como si dijeran cosas en otro idioma, en el idioma propio de ellas. Tampoco parecen estar aquí sino en un lugar diferente, en un tiempo distinto al de ahora. Desubicadas para mí, ubicadísimas ellas.

La fiesta empieza a declinar, no he logrado conseguir ni una mirada fría, salvo el saludo de los anfitriones no he dicho ni esta palabra es mía.

Los que quedan están animados, estoy segura se conocen desde hace tiempo. No sé por qué me embarqué en esto sin haber tratado, salvo de buenos días y buenas noches, a los dueños de la casa y sin tener noción de qué se celebra en esta reunión. Sin conocer a nadie, frente a mí misma paralizada, incapaz de introducirme en un grupo o de presentarme con eso de soy fulana de tal, tanto gusto, o confesar estoy sola y me atrevo a solicitar la compañía de ustedes. Si por lo menos se me ocurriera uno de esos discursos interiores que me lanzo mientras me voy

BIBLIOTECA NACIONAL

preparando para salir y tomar la rutina hacia el trabajo.

El cuarteto de los murmullos no ha necesitado llamar la atención ni buscar compañía, están tan concentradas en un discurso desordenado en que se arrebatan el turno, sin levantar la voz ni dejar el tono susurrante, casi como si suplicaran tímidamente.

No tengo valor para irme, no podría abrir la boca para agradecer la invitación y despedirme. No sé si de tanto ver al cuarteto, una que se ha quedado callada me observa. ¡Ay Dios mío! Me llama. No puede ser. Miro hacia atrás para constatar que se equivoca, pero no hay nadie, sólo la pared con un espejo que repite la llamada.

Pregunto con una voz que se ha olvidado del oficio de hablar y sale con altibajos de caverna, apoyada en el ademán del dedo que toca el centro de mi pecho: ¿A mí? Sí, lo dice alto y lo afirma con la cabeza.

Camino con cierto nerviosismo de continuar dentro de lo desconocido, pero con la seguridad de que algo noble me espera dentro del grupo. ¿Qué pasa con esa linda jovencita que está tan sola? Muy generosa, señora, pero ya estoy en esa edad en que soy incómoda para los jóvenes, me siento incómoda yo misma y me defino como sin lugar en todas partes. No sea tonta y pesimista, apenas está empezando la vida.

Pronto me entero que son familia política o sanguínea de los anfitriones, que se conocen desde la infancia y sólo les interesa contar lo que hicieron cuando eran niñas y que ya una se ha adelantado y va por

la historia de sus pretendientes cuando despuntaba jovencita bellísima, según sus propias afirmaciones.

El tono de las voces no era tan bajo, como lo imaginé desde el otro extremo del salón, pero sí lo suficientemente íntimo como para pretender que no se oyera fuera de un cuerpo que hablaba su propio monólogo con un grado apropiado de pudor. Claro que no entendía todo lo que conversaban porque sin duda están usando un idioma extraño, lleno de insinuaciones, de oraciones incompletas, de cosas sabidas entre ellas no siempre claras ni siquiera comprensibles, incluso de nombres que se manejan con apodos y diminutivos cuya identidad desconozco y no me atrevo a adivinar.

Paso por el interrogatorio descarado de quién soy, qué hago, cuáles son mis padres, si tengo esposo, cuántos hijos, propio de su edad y de su categoría clasificadora. Me ajusto a lo vago, a la generalidad y hasta invento por comodidad cosas que no son ciertas, que tal vez lo hubieran podido ser dentro de una vida rutinaria y regular. Cómo decirles que soy una romántica solterona, enamorada y amante de un hombre casado que teje alrededor mío la más angustiante telaraña de la soledad. Cuando es fiesta no aparece, cuando estoy enferma no se entera, cuando me deprimo debo fingir que estoy eufórica, porque no tengo otro derecho que ser placer sin horario, ni merezco consideración o estima de tantos años, de tantos hijos y sacrificios.

Me consuela que saldré con ellas, me despediré junto a ellas y en conjunto daremos las gracias, todo tan exquisito, tan bien atendidas, ¡qué rato más agradable! Quizás ya sin mí añadirán ¡que se repita!

BIBLIOTECA

La fiesta se apaga. Queda una docena de personas, los dueños de la casa y el ahora quinteto. Ya no pasan tragos ni sirven bocadillos, signo de que el telón del final va a caer de un momento a otro.

Les pregunto si no están cansadas, pero nadie me responde porque todas están en la adolescencia y la más avanzada está contando quién y cuándo pidió su blanca mano, ese viejo y estreñido Tuto que ya no sirve para nada y se dice que está más sifilítico que la sífilis misma, porque bien puerco fue toda su vida y deseaba irse al infierno para seguir puteando.

Algo altera el ambiente, algo que no entiendo pero percibo. Están alzando las voces y me siento en un andén esperando que él aparezca con su aire de milagro, de amante cumplidor, de hombre que no olvida sus verdaderos compromisos de amor, su decisión de ser feliz a pesar de su responsabilidad conyugal y sus deberes paternos porque una cana al aire cualquiera la merece y la discreción es el arte de la verdadera pasión. Un andén que se queda vacío al mismo tiempo que su verdad se hace real, la terrible mentira real que se puede asimilar fácilmente si no existiera la necesidad de creer que la verdad es otra, la que afirman los labios mentirosos: no puede llegar, ya sabés pasó lo inesperado, una llamada urgente y como sos tan comprensiva sé que entenderás sin entrar en detalles.

Toso y me atrevo a preguntar si no es hora de irnos, los anfitriones se han retirado, la servidumbre fue apagando las salas y sólo queda luz en la parte en que estamos. Me miran con ojos achicados llenos de odio. ¿Cómo yo una advenediza, una desconoci-

da, me he permitido darles consejos que nadie me pidió? ¿Acaso vine con ellas a la fiesta?

Con voz temblorosa me disculpé, tenían toda la razón, definitivamente soy impertinente, siempre lo he sido. Siento que mi voz no se oye, en realidad nunca se ha oido. En cambio las de ellas sí saben gritar y me dicen de todo, desde necia a malnacida. ¿Cómo he podido despertar tanto odio? Ahora sé que he venido acaparando los odios del mundo entero, hasta los de Dios. No me quisieron al nacer aquellos padres regañones, incapaz fui de complacerlos a pesar de mis esfuerzos. Nadie me pidió en matrimonio, muchos me rechazaron menospreciando mis insinuaciones. Tampoco he ganado una amistad, los cercanos percibían que gozaba del odio divino. Para él he sido algo de esas sobras que a veces saben bien, sin que obliguen a la más mínima consideración ni a la piadosa mentira de un gesto tierno.

Estoy temblando, mi cuerpo tiembla y no lo puedo dominar. Esto no es castigo, es la síntesis de una vida marchita sin derrotero, sin mañana. Aprieto los puños en signo de una furia incontenida pero sin una expresión real porque los puños también tiemblan no de rabia sino de miedo. Tengo miedo a los ojos que odian, a las palabras que odian.

Me vuelvo hacia la salida y siento el puñal que me entra justo bajo el homoplato derecho. No es la primera puñalada que recibo, puñaladas de palabras, de desprecios, de abandonos, de indiferencia y siempre de odios. La de ahora es distinta aunque duele igual a las otras. La de ahora me sanará de las demás porque no me dejará llegar a mañana.

GUARDATE TU VIDA PARA OTRA COSA

Siempre creyó que lo bueno era difícil y lo malo sólo fácil al principio. Lo perfecto lo asustaba y atraía como sucede con los imposibles. Idealizó todo lo lejano, sólo así soportaba sus cercanías con la gente del barrio, el paisaje cotidiano de pobres seres humanos y su insulsa familia apestada de majaderías, el tanto trabajo de la madre, el alegato del padre en el eterno tono de la incomprensión, los repetidos cuentos y dichos de la abuela, el nada me importa del abuelo y los continuos deseos de hermanas y hermanos si tuviéramos esto, aquello y lo otro.

Tenía facilidad para muchas cosas, pero la más importante era callarse cuando lo acosaban con acusaciones, indirectas y directas, por vivir en la luna, por no tener ambiciones, por ser vago y casi un idiota en esa materia tan cubierta de neblina como es la clave del mañana y la llave del éxito.

Es cierto, no había hecho muchos esfuerzos, padecía de hernia para el esfuerzo, pero sí se tendía a soñar despierto y dormido frente a un horizonte de nubes que en aparente silencio se penetran unas a otras, con intercambio de formas y fondos.

Otra de sus facilidades era estar y no estar en donde estaba, como si se multiplicara en espejos de diferentes lugares y tiempos, en uno roto se disminuía hasta desvanecerse en un blanco que borra trazos, rayas y bocetos, o en otro oval con el ovalado de la permanente maternidad regocijada en el acto de reproducir la especie, se encontraba con su imagen entera y le resultaba insoportable y macabra.

No le entraron los consejos de que estudiara, ya nadie lograba la menor cosa sin un título. Le predicaron las puertas cerradas, le adelantaron el destino de peón, de buey, de pobre inútil, de cero a la izquierda, para ver si por algún lado le alentaban la autoestimación, pero nunca atendió los alardes proféticos porque no estaba aquí ni allá, estaba en el territorio del sueño y en ese momento corría detrás de un jabalí en una montaña africana.

En la casa no había paz, cuando el pleito no era entre hermanos, con seguridad la abuela perseguía a su cónyuge con un palo, agresiva vieja, o la madre empezaba su largo inventario de sacrificios o el padre entonaba la voz para el sermón de cuánto cuesta todo en este mundo y a la hora de las verdades no hay reparto para mí. Sólo cuando de él se trataba, había un pacto familiar de conciliación y de silencio pues respetaban su turno para aportar algo al chuceo: si no estudiás y te esforzás te va a ir como a un quebrado, si no... te va a ir...

A pesar del acoso con el menor pretexto y a cada rato, no estaba obstinado, era optimista y le atraían más y más los caminos que iban hacia lo desconocido. Seguro que había nacido para ser alguien diferente a los demás, se dejaba llevar por los impulsos. Empezó entonces sus largas caminatas y conoció los barrios que rodeaban la ciudad, después fue más allá, siempre más allá y por varias noches, sin aviso alguno, no regresó a su casa.

Se debe haber perdido, como es medio tonto, a lo mejor le pasó algo, en estos tiempos cualquier cosa es posible, avisemos a la policía, no sirve para nada, una boca menos que llenar, sin él duermo mejor, no se preocuparon mucho, no tenían tiempo, un pleito seguía a otro pleito, bastante escándalo hacían con la televisora encendida, con el radio al máximo del volumen, con la atención siguiendo la telenovela, la canción de moda y los gestos y las palabras de cada contendiente.

Volvió y contó cosas hermosas del campo, de los pájaros, de los árboles, de los ríos y su incansable musicalidad, de piedras esculpidas por el viento y de una mujer muy buena que lo alojó en una casa muy grande, de largos corredores. No le hicieron caso, cómo hacerle si además de tonto se había vuelto atorrante. A vos te pasa algo raro, dijo la abuela, algo así como el alboroto de los perros, olés a puro sexo, más que en el campo me parece que has estado demasiado tiempo en la zona roja. El se sonrojó, pues por excepción estaba ahí junto a su familia, y se fue lo más rápido que pudo a lavarse detalladamente sus partes más íntimas. Nadie abundó en el comentario, eran las chocheras de la abuela, a quien le había da-

do por contar los sueños en que aparecían hombres desnudos, erectos, con visibles deseos de violarla. ¿Qué soñó, abuelita? Lo mismo, mhija, qué pesadilla. ¿Y el abuelo también sueña? Ese viejo ya ni para soñar sirve.

Después se fue por casi un mes y llegó con la historia de que había viajado en avión y tren por casi todo el país, tenía empleo, era el gerente, nada menos que el gerente aquel tonto ignorante, de la firma Naciones Unidas Sociedad Limitada, que cría y vende ganado y aquella mujer tan buena Margarita del Valle era la dueña absoluta de todo. No le creyeron hasta que sacó regalos y dinero que repartió como si fueran cosas no importantes. ¿Cómo era posible? ¿Aquel tonto idiota manejando asuntos que no entiende y de vacas no sabe nada? ¿Con ese cerebro tan escaso que desconoce las matemáticas y apenas si cuenta con los dedos? ¿Qué le habrá encontrado esa mujer? ¿A lo mejor es tan bruta como él? Es mejor mantenernos lejos, eso va a ser un fracaso. ¿Qué le parece ese enredo, abuela? Ese muchacho tiene algo muy especial, no me equivoco en materia de olores.

Con más regalos y con más dinero estuvo regresando cada dos meses, como siempre con la mirada perdida en las ventanas, más torpe y despistado que nunca, sin estar realmente presente. ¿Cuánto ganás, mhijo? Un montonazo de rojos, eso fue lo único que lograron por respuesta.

Cuando se estacionó frente a la casa con un mercedes benz completamente nuevo, la curiosidad los había enfermado con diarreas y con cuanto mal psicosomático existente en este mundo. En mitad del

asombro, el abuelo preguntó ¿cuándo aprendiste a manejar?, ¿a manejar qué? contestó.

Pidió permiso para traer a Margarita y en la tarde la trajo: mujer rebosante, joven, segura de sí misma, ni un pelo de tonta, satisfecha, simpática con la familia. ¿Cómo pudo interesarse la tremenda damita en aquel bobo? Confesemos que la curiosidad nos va a matar. Y ¿si no fuera tan alelado como parece? ¿Debe tener el bonito muy escondido porque no se le ve por ninguna parte? Y el estúpido no nos puede ayudar a aclarar las cosas.

Cuando vino con la noticia de que se iba a casar, aunque no estaba realmente enamorado, pero no podía decir que no a aquella buena y santa mujer, haciéndose el sacrificado, pedazo de tonto, debía darse de golpes en el pecho por el milagro, tenía un aspecto bien triste y parecía enfermizamente cansado, la abuela pensó que con seguridad había más oferta que demanda. La familia estaba convencida de la existencia de los milagros y que se producían cuando sin esperanza alguna por la mera aceptación de la realidad sin salida, se empeñaban caprichosamente en darle vuelta a la tortilla.

Mientras tanto se enamoraba cada vez más de los caminos, de las ventanas abiertas, del mar, de las nubes, del silencio y de la soledad. Se preguntó qué quería de la vida y se contestó con lentitud que guardársela para sí mismo pues sin ambiciones, sin ser capaz del menor esfuerzo, se bastaba él solito.

Al confesar lo que sentía, la familia enfureció porque únicamente un loco era capaz de perder la oportunidad de ser bien mantenido. Lo estremecie-

ron, lo golpearon, lo sacudieron y él hizo creer que aceptaría la boda. En prevención adelantaron los acontecimientos, lo vigilaron de cerca y aun así él tomó el camino hacia el puerto. No era tan tonto como sus parientes de manera unánime creían.

Lo buscaron con tenacidad y con la ayuda de la desconsolada Margarita. Les llegó una tarjeta desde Nueva York con un hestoi vien y otra, un año después, de Tokio con un pura bida y un montón de signos de admiración. El comentario fue bruto, ignorante y vago, ¿cómo diablos ha ido tan lejos? Les envió un cuantioso cheque en libras esterlinas, al que siguió uno menos grande en francos suizos.

Los hermanos dejaron de estudiar y se tendían frente al cielo a soñar dormidos y despiertos. La abuela un día empezó a caminar sin dirección fija y encontró a uno de los desnudos que le aparecía en sus sueños. Regresó con la proposición de divorcio y la idea de empezar una nueva vida, completamente libre de familiares y de esposo que no se muere nunca. El abuelo aceptó gustoso y se ofreció a que se le acusara de adulterio, pero ella no quiso porque nadie iba a creer esa mentira.

La madre contrató una sirvienta, a la que vigilaba con tal manía que su trabajo diario se dobló. La hija mayor se fue, no se sabía si sola o acompañada. Cuando les llegó un cheque en dólares canadienses, no se supo si era de ella o de él.

El padre ya no tenía de qué hablar, prácticamente la familia se mantenía de los recursos foráneos en liras, marcos y francos franceses. Se fue aburrien-

do tanto que se inventó una nueva familia, con su hijo por supuesto tonto de nacimiento.

El abuelo se consiguió una novia diez años mayor que él, ciega y muda, bastante ágil en su silla de ruedas, y resultaba un verdadero gusto oírlos reír de las más redondas tonterías.

Recibieron una serie de fotos en que él esquiaba en Suiza, muy estilo europeo, con una belleza de acompañante, tan equipado como en las películas, sonriente y con cara de inteligente. Margarita, ya casada con otro, lloró de celos por la rabieta que le dio verlo con aquella mujer quién sabe dueña de qué diabólicos encantos.

La madre un dia quedó sola, pero ni corta ni perezosa emprendió un viaje de turismo a México, de cuyo plan se desconectó tan pronto estuvo en el aeropuerto.

El regresó a la casa abandonada, ya cinco veces viudo. Con cinco hijos de diferentes nacionalidades y con una misma identidad, todos eran tontos de nacimiento y perezosos, con hernias para el esfuerzo. Se reconcilió con Margarita, a quien le explicó que se había guardado la vida para otra cosa y aun no podía saber qué era, sin embargo le zumbaba en los oídos un llamado de sirena, una voz de mujer que lo arrullaba, un desafío a ser diferente, a tener otra vida, a andar un camino distinto, a buscar lo lejano, a perderse en el reto de lo incierto. Margarita lo presentó a su esposo con el título de amigo íntimo desde la infancia y se hizo natural una relación diaria, imprescindible, llena de inocencia, porque los recuerdos son sagrados.

En el largo verano, que se prolongó más de lo normal por esas alteraciones que habían sufrido los climas por los abusos constantes y crecientes contra la naturaleza, regresó muy callada la abuela, había olvidado sus dichos y calmado su agresividad, con una sonrisa picaramente mansa. La siguiente que regresó fue la hermana con un tic importante, un guiño en los ojos que enseñaba saber más de lo que sabía. Después fue la madre, extrañamente afectuosa de abrazos y besos sonoramente vacíos, con cierto acento mexicano en la terminación de las frases y con una devota tendencia a perderse en las noches. El abuelo también vino, pero envuelto en recuerdos. Murió con su feliz muda ciega en un intento estúpido de enseñarle que el mar era un amigo apacible y sólo se encargaba de transportar generosamente lo que se le confiaba. De la aventura, realmente loca, quedó únicamente la silla de invalideces todavía responsable de embarcarlos. Surgieron dudas de si lo estaban idealizando porque no era el abuelo tan lúcido como se quería verlo, pues en la vida cotidiana se complacía en jugar el papel de perseguido y hasta provocaba para conseguirlo.

Margarita puertas adentro y las amenazas de su esposo, no le molestaron tanto, pero sí le volvieron a atraer los caminos con otros paisajes, otras costumbres, diferentes idiomas. Margarita con la demanda de divorcio y el marido con gritos, empujones y el eterno guardate la vida para otra mujer si no... se le hicieron suficientes para organizar sus cosas y dejar la custodia de los hijos a su madre. Entró en la magia de los vuelos y de los viajes en busca de algo que nunca entendió y vio. La familia jamás volvió a saber de él y no se preocuparon porque también se perdie-

ron en las concentraciones de multitudes, donde con rostros borrados tropezaron con madres, hijos, hermanos, amigos y no los reconocemos ni nos reconocen. Una cadena de neblinas nos desvanece en ese anónimo que nos llama por teléfono y nos invita sordamente a guardarnos la vida para otra cosa, otra persona, otro lugar, otro idioma, otras costumbres, otras formas de empezar y terminar, otra alternativa, otro nacer y morir, otro estar presente y ausente, otro estilo de dibujarse y desdibujarse.

UNA MUJER AL AMANECER

No quise abrir los ojos, ver y encontrar la ropa, mi propia ropa, la que usé ayer, amontonada desordenadamente sobre la silla; constatar que esos zapatos húmedos y sucios son también míos. Nunca quiero despertarme, salir del sopor, y darme cuenta que estoy hecha de insignificancias y por más que indague en mi memoria no tengo el recuerdo de un momento feliz, loco, capaz de hacerme viajar hacia la esperanza, sentirme en tierra y sin embargo en vuelo. Esa capacidad de volar que proporciona otra perspectiva y hace ver todos los tiempos en una síntesis clara y alentadora. Carezco de lo que engrandece, inflama, sublima, estoy en realidad constantemente aterrizada en un pequeño aeropuerto al que no llega ningún avión y del que no despega ninguna aeronave. En tierra firme, aislada, confinada en lo cotidiano, sin siquiera una ventana que me asome a lo diferente.

Claro que no te querés levantar, ni siquiera abrir los ojos y lograr un sitio en la vida. Estás construida de perezas, la inercia te está liquidando. Infantil, una

niña vieja que cree que las cosas, las buenas cosas te van a caer del cielo, por obra y gracia del Espíritu Santo. Estás descompasada, en esta época no se puede caminar con otro ritmo que no sea el acelerado. Los hechos se convocan, se buscan, se planean para beneficio personal. Ya no hay ni siquiera una hendija para la generosidad, estamos en el reino del egoísmo en que la única suma válida es la de las ganancias. Se gana si se está en el juego y se está ahí con la estrategia firme de lograr el beneficio. Vos estás muy atrás, muy muy atrás, diría que fuera del juego, fuera del mundo, sin ganas de vivir y de triunfar. Los mejores años se te fueron dentro de vos misma, frente al espejo averiguando quién sos o metida en el falso sueño de la evasión. Sí, ahora no querés abrir los ojos y despertar, aunque ni dormís ni lográs la vigilia. Ingenuamente creés que estás ganando el tiempo y el tiempo, tu tiempo se te agotó y te ha empezado a carcomer con esa mano dura que sabe dejar a las ruinas arruinarse por su propia voluntad.

¿Por qué nunca me han dejado seguir esa lentitud que me embriaga? ¿Por qué desconocen que no pertenezco al mundo de la luz, de la velocidad, de la exhibición y de la voz en alto? Me he ido haciendo en el silencio, los demás entenderán deshaciendo. Tengo que pensar mucho antes de decir algo, no poseo la facilidad de la palabra y me ven tan torpe en materia del habla que los otros me evaden. En cualquier reunión me rodean sillas vacías porque realmente no es agradable sentarse al lado de quien no tiene nada que contar o comentar. Los entiendo y hasta me identifico con ellos porque estoy segura que yo tampoco me sentaría a la par de una persona parecida a mí misma. Me encantaría contar algo bien interesante,

crear una imagen, hacer que me recuerden vivaz, entretenida y hasta ambiciosamente amena. Me imagino a otra persona contando a alguien desconocido que yo dije, yo opiné, yo comenté como si tuviera un valor ejemplificante digno de citarse y mencionarse. Pero no soy así, ni puedo serlo. La verdad es que no me interesa, ni me parece importante. Prefiero soñar y en el sueño andar por donde quiero con una agilidad increíble en mí y montarme en un discurso-alegato digno del mejor catedrático. También en los sueños amo y me aman con una intensidad que no sería entendida en esta época de conveniencias. Mi amado no tiene cara ni nombre, pero lo veo como un ser humano muy generoso, muy noble, capaz de darse a mí por completo y de manera exclusiva. El es sólo mío y yo de él. ¿Por qué no entienden que me guste tanto soñar?

Cuando al fin abrís los ojos, no decís nada, ni siquiera saludás, no conocés el buenos días. Te levantás por un café y mirás cansada, ajena a tu alrededor, pareciera que nada te interesara, a lo mejor así es. Sin embargo, hay algo que te traiciona, una cosa extraña que declara constantemente tu tristeza, tu dolor callado, esa lucha extraña tan sin sentido que te complacés en esconder. Hay muchas cosas falsas que he ido descubriendo en tus actitudes comunes. Por ejemplo, ese balbuceo que parecés sufrir y esa dificultad de decir una palabra frente a la pregunta, ese callar ante el esfuerzo de continuar. Lo he descifrado, es un afán de llamar la atención por extraña, casi estrafalaria, pero te equivocás porque sólo das la impresión de atrasada mental y en esta época esa figura a nadie atrae. ¿Te imaginás cómo ven todos esa caricatura de persona? Una carga que no están

dispuestos a echarse sobre la espalda, un ser aburrido, incapaz, que a lo mejor hace sus necesidades fuera del sitio adecuado y a la hora en que le viene en gana, aburrida, enfermiza, pasmada, inexpresiva, eso que llama la gente lo inservible que se quiere a miles de kilómetros de distancia de donde se está. En realidad, sos una romántica insoportable, creíste de buena fe que aún existía la lástima y te dedicaste a cultivarla. Lástima porque sos fea, tonta, lenta, estúpidamente callada, sin un átomo de simpatía, sin el más leve rasgo de gracia o de interés, ni el mínimo trazo de conveniencia. ¿Creés que en esta época existen los caballeros que se interesan en remediar déficits ajenos? Tampoco hay príncipes que reparan con besos a los seres disminuidos, en estado casi animal. Carecemos de amigos transformadores de la fealdad en belleza, de poetas que hagan pedestales a las que se caen de todos ellos por arte de su propia torpeza. Hoy no hay faustos posibles porque sin que medie oferta alguna, la gran mayoría está dispuesta a venderse y no les importa si el diablo es el comprador.

El espejo se lo entregan a los niños desde muy temprano para que aprendan a identificarse. Se les enseña dónde están los ojos, la nariz, la boca, las orejas, el pelo, la frente, la barbilla, las mandíbulas, los dientes, las encías, la lengua. Frente al espejo descubrí mi fealdad, todo grande, demasiado grande, sin armonía y con un acento enfermizo, ese amarillo que en ciertas partes se acentuaba en rojo y en otras hacia el verde. Además, eso no era nada. Lo principal se veía en los gestos torpes, incoordinados, demasiado lentos, incomunicativos, a una niña así, tan despistada de la gracia y de la comunicación, no se pue-

de desear ni querer porque resulta un problema, un impedimento, un retroceso en el pedigree familiar. Ya estaba clasificada en el fichero de los sub y me conformé con mi destino, no hice nada, ni el más leve esfuerzo para ser lo contrario, me dejé llevar por lo predestinado, por lo fijo y por lo incambiable. Me sumergí en el no a la otra oportunidad, al quizás si te empeñaras, si pusieras un poco de tu parte, si te comprometieras a distinguirte en algo. Desoí todos los consejos, esas aplicaciones a podés sacar provecho de tus limitaciones, si te pusieras a hacer poemas y pegaras con algún premio, si probaras con las manchas en la pintura a lo mejor lograrías algo porque ahora todo el que se apunta puede dar en el blanco, o si pensaras en el teatro hay cada idiota que fácilmente obtiene éxito y hasta hace reir de verdad. Desoí todo esfuerzo, bastante me empeñaba en salir del sueño y conformarme con esa caminata entre la cama y la cocina, que al fin y al cabo es el camino de cada quien y que incluye una parada en el baño.

Creo que no hay esperanza porque tartamudeando dice que el año entrante las cosas van a ser diferentes. Ha habido mucho año entrante sin cambio alguno, sin que se presente variación en el no hacer nada, en el no querer despertarse, en el pretender dormir para no afrontar su rotundo fracaso, su triste realidad de inválida por decisión propia, a pesar de que nos esforzamos por una cosa diferente si hubiera sido capaz de aprovechar con eficiencia alguna sus limitaciones. Le trajimos a don Roberto, viejo viudo lleno de mañas y de recursos, pero no se dejó tocar un seno, a pesar de que ofrecía un matrimonio y una seguridad siempre que fuera complaciente. Y estaba en capacidad de hacerlo porque

BIBLIOTECA

vigilante de su sueño, la he visto retorcerse de complacencia ante su propia caricia, pero lo rechaza con una violencia merecedora de una mejor causa. Ya casi a los cincuenta un anciano es una ganga, es la única oportunidad para una excéntrica, para no llamarla otra cosa. Al viejo le gusta porque es rara y las raras están listas para deparar tales imprevistos que pueden resucitar a lo más inmóvil e inútil por desuso de su cuerpo tan encogido. Dicen que las mongolitas son de un atractivo sexual que su cuidadoso resguardo parece un desperdicio para todos los que codician lo raro y lo prohibido. Pero ella reacciona ante don Roberto con imprevista violencia, lo pellizca, lo escupe y le saca la lengua, lo que a él no lo desanima y le resulta muy excitante. Sólo deseo que podamos colocarla porque es realmente una carga para mí y para Miguel que también se ha ido idiotizando con el tiempo porque ahora, después de tantos años de quejas y de reclamos, encuentra a su estúpida hija una bella mujer que aprendió felizmente a vivir o sea a soñar.

Realmente vuelo en tus brazos, amor mío, que sos amor traducido al total. Tu cara sin afeitar, añeja, lagañosa, me gusta. Me encanta tu olor a tabaco, a licor, a sueño de otro sueño. Me embriaga tu presencia y me seduce. Tenés una luz interior que me abrasa y me despierta. Los ratos cálidos se levantan con tus pasos hacia mí, por eso te espero desde que amanece hasta que anochezco para abrirte la puerta. ¿Quién es ese repugnante personaje que me mira con ojos engolosados de lujuria? ¿De quién son esas sucias manos que buscan mis rincones íntimos y húmedos? ¿De quién esa voz vieja y hedionda que me habla de deseos y de placeres desorbitados? ¿Por

qué no entiende que soy de otro, que quiero a otro desde siempre y para siempre?

Le he permitido que se meta en la cama con ella, algún día tiene que aprender y asumir sus responsabilidades. Don Roberto aporta grandes ventajas para todos: desahogo económico, seguridad, es un viejo que pronto estará chocho y yo manejaré sus cosas, para eso soy hábil en sacar tajadas. Debo pensar en ella, se ha labrado un mal futuro, tengo que crearle esperanza y seguridad. Miguel siempre ha dejado en mis manos lo pesado y lo serio, ya ni siquiera sirve para lo liviano y lo fácil, ha sido un inútil, ahora es una carga tan pesada como ella.

Estoy confundiendo al otro con éste que no cesa en su acoso, que me sale por todos los rincones, que apaga las luces, me llena de oscuridad y no me permite encontrar al verdaderamente mío.

Me ha propuesto que lo deje bañarla y le he dicho que sí y gracias porque me libra de una pesada tarea, cumplida con lo mejor de mi capacidad una vez por semana. Lo malo es que la está bañando dos veces al día y creo que se van a enfermar por tanta humedad. El tose mucho y ella estornuda un buen rato cada mañana. ¿En qué irá a parar esa pasión loca de don Roberto? Veo que ella lo deja hacer y hasta sonríe extrañamente. ¿En qué pensará? ¿Le gustará el viejo? En todo caso no protesta y deja que la consientan.

La noche se me ha vuelto oscura y densa, cuando despierto no encuentro la luz. ¿Me habré enceguecido? La voz me habla de irnos en busca del sol y sé que nunca lo encontraré. Nací con la prohibición de

Universidad Nacional de Asunción
BIBLIOTECA NACIONAL

saber qué representan las palabras mar, bosque, río, montañas, amigos, padres.

No me gusta nada lo que está pasando. Tengo que hacer algo y me temo que sea tarde. Odio lo morboso, lo oscuro, lo diferente. Ella era, entre su pereza y su dedicación a no vivir, clara y con defectos tan visibles como innegables. Don Roberto es un animal extraño, de rarísimas costumbres y lo he alojado aquí absolutamente confiada en que su grado de anormalidad era leve, una simple desviación propia de la vejez. Los viejos se vuelven sucios en un grado más o menos aceptable, pero éste es refinado y peligroso. Le tengo miedo y él se aprovecha de mis temores, se ha adueñado de todo, de mi espacio, siento que ya no tengo casa ni privacidad, de la poca voluntad de ella y maneja a su antojo la imbecilidad de Miguel. ¿Cómo salir de ese depravado?

Me ha ofrecido tanto que lo veo como muy generoso, capaz de crear un reino para mí, que nunca tuve nada. Me ha regalado sortijas, pulseras, collares, perfumes, sueños y proyectos. Me cuenta relatos muy bellos, me duermo y los olvido pero me los hace de nuevo presentes, a veces los puedo repetir y me siento personaje de ellos. Me ha concedido palabras y máscaras. Cree que soy bella y tal vez lo sea para él, eso es lo único importante. Mañana nos iremos a una casa frente al mar, al fin no será un sonido sin imagen.

Hoy no amanecieron aquí. Sé que los perdí para siempre. Hablé con Miguel de mis sospechas y sólo me contestó que tuviera paciencia, el tiempo lo aclara todo. Sentí que estaba en la luna, sin el menor asomo de preocupación.

Me empezó a morder con una voracidad que me asustó. El mar es esplendorosamente bello y me ilumina, me recuerda al otro hermoso, bueno y suave. Ya no me regala pulseras ni perfumes. Me obsequia aromas que me recuerdan los adobos con que mamá preparaba las carnes. Sus mordiscos me duelen.

Recibí una carta de don Roberto en que me dice que ella se fue con el otro. Sé que me está mintiendo.

Estoy llena de cicatrices y de heridas nuevas. El mar me duele, me quita la piel nueva, me abre las cicatrices, se ensaña en herirme, me quita y me pone granos. Me devuelve envuelta en apetitosas sales. El relame y relame, luego mordisquea suave hasta que grito por el pedazo que se traga sin más preámbulo que saturarlo de su saliva y de su roer rápido.

Ayer vino don Roberto con un aire de desolación. Me contó que no podía olvidarla y que ella --ingrata y desalmada-- se fue con el otro. No había otro, salvo en su imaginación calenturienta. Con su palabrería y con su cuento triste y desconsoladamente narrado, supe que ella era la noticia de sucesos policiacos, la mujer a medio comer que apareció en la margen de un río, desfigurada y comida por una fiera y extrañamente lavada con un detergente de efectiva labor aseadora. No quise decirle lo que sabía con plena seguridad, porque al fin y al cabo ella siempre fue un buen plato, uno de esos exquisitos, conservada en su propia salsa, para mí, para Miguel, para don Roberto y para el otro y los otros. ¿Cómo no comerse un pedazo, un pedacito, un pedazote y toda casi entera? Sé que ella pensó al ser bañada en el río, ya

casi más del otro mundo que de éste, que una mujer al amanecer era un manjar soñoliento.

OJOS AMARGOS

Si lo hubiera dicho en voz alta ni uno solo me lo habría creído y era cierto, fatídicamente cierto, por eso me empeñé en probarlo desde el punto de vista científico. Cada vez que visitaba el sitio atravesando el jardín del frente hasta tocar la baranda del corredor, algo de mi fuerza y de mi impulso se me perdía, un modo de adelgazarse de pronto y de adquirir una presencia fofa. Después me alejaba con dificultad por las piernas temblorosas y ese jadeo de ahogado que me ponía a sudar frío. No sentía miedo, sufría una verdadera conmoción física que me descargaba aquella casa durante años pintada de amarillo y que empezó a obsesionarme desde que apareció de un día para otro de azul oscuro, casi negro.

Sabía muy bien quienes vivían ahí: los Pérez Angulo, tres hombres solos, agrupados alrededor de su madre, muy anciana ya, algo raros los varones pues nunca se les había conocido aventura alguna de relación, ni vicios, ni siquiera opinión en momentos insólitos como el de la inundación y el del tremendo temblor.

Los tres trabajaban su finca de montaña, que habían sabido mantener limpia y ordenada en buen curso de producción. Siempre se alternaban para no dejar sola a la anciana. Salían de madrugada y regresaban al atardecer. Metódicos y callados, hombres de trabajo y de hogar, sin muchas ambiciones, cumplidores de sus deberes, no los vi nunca en la iglesia, tampoco persignarse al pasar frente a ella, por lo que supongo carecían de religión.

Estuve averiguando en el pueblo si se sabía algo de ellos, pero sin mucha fortuna. Algunos recuerdan que hace como veintitantos años llegaron a esa casa y en silencio se instalaron. No tienen amigos ni los visitan parientes. Claro, muy pronto alguien anónimo, uno de ésos que no pierde detalle, les puso de apodo Los Mudos y así se conocieron más allá de nuestro pueblo.

Una vez quise darles una broma y me salió muy mal. Toqué su puerta para avisarles que los habían seleccionado como los mejores hijos del pueblo y el mayor, que fue quien abrió, me dio tal empujón que casi me puso a rodar por el corredor.

Era evidente que no tenían interés en relacionarse con los demás y sin embargo no parecían odiar a nadie, simplemente resultaban indiferentes a todo.

El día de la bronca fue el primero en que sentí el desvanecimiento de mis fuerzas y lo atribuí al empujón. Después me pasó lo mismo cuando recorría de terco que soy la entrada hasta el corredor. El fenómeno me intrigaba mucho, además se fue incrementando, con sólo pasar frente a la casa empezaba a perder fuerza y a ahogarme. ¿Sentís algo extraño

frente a esa casa? fue mi pregunta casi diaria y a quien tuviera al lado. La respuesta que obtuve fue no o el horror ante la espantosa pintada.

Por aquellos días decidí meterme a detective. Los seguí a distancia, supe lo que compraban, lo que comían y pude sacar rápidamente la conclusión: no era gente común. Adquirían sólo flores, frutas, candelas y fósforos; a la basura devolvían cáscaras, semillas, tallos, hojas, fósforos quemados, jamás pétalos o flores marchitas. No tomaban café ni leche, tampoco comían pan. Entre lo que a mí me parecía importante, no consumían carnes, cereales ni verduras. Consulté a un médico: ¿puede una persona mantenerse bien con flores y frutas? La respuesta fue clara en cierto sentido: sí porque el hombre no ha perdido el instinto de comer lo que necesita. Lo que necesitan ellos eran flores y frutas, dulces, jugosas, perfumadas. Así encontré lo que padecía esa pobre gente: amargura grave, densa, oscura, espesa, invalidante y caliente. Claro, por eso yo ante ellos, ante su casa perdía mi fuerza que al fin y al cabo era mi alegría, mi fe en la vida, mi aceptación de las cosas dadas.

El fenómeno cambió en mi cuerpo. Al acercarme a la casa, que también era amarga, lo que se me planteaba era una verdadera lucha entre mi optimismo y esa corriente negra de pesimismo que no deja de tener tal fuerza que aniquila y además se contagia porque no hay quien esté libre de un reclamo por circunstancias, por acomodos y por limitaciones.

Por esos días de combate empecé a notar que el hermano mayor no había vuelto a salir, sólo uno iba a la finca y el otro salía muy esporádicamente a

hacer las compras de frutas y flores. También noté que las compras eran menores.

Recorrí un día la vereda hasta el corredor y se me ocurrió asomarme en la única ventana del piso bajo, en el fondo de la casa. Una cortina, tan espesa como la amargura con la que estaba luchando intensamente, me permitió ver muy poco: alguien en una cama, otro en una mecedora.

Iba ganando, ya no me daba la casa sudores fríos ni temblores en las piernas, todavía me ahogaba un poco como si tuviera una leve asma y algo de mi vitalidad se me perdía en la lucha. Por esa época sólo uno salía de la casa, veía la finca y compraba cada vez menos frutas y menos flores.

Mi hermano me dijo que yo estaba adelgazando y qué raro porque comés lo mismo, él no sabía de las luchas diarias que tenía frente a aquella casa, verdaderos ejercicios de atleta. Fue entonces que percibí que nadie salía ni entraba en la casa.

Dejé pasar unos días antes de advertir a las autoridades, casi una semana. No me prestaron atención pues no era ni vecino ni pariente ni amigo de esa gente y a lo mejor se habían ido a la finca. Me miraron como soy en realidad: un solemne entrometido.

Fui por supuesto a la finca y los peones me dijeron que andaban en busca de noticias, pues el menor no había vuelto a visitarla desde ya hace más de un mes, debe estar enfermo. Al mayor hacía más de dos años y al intermedio algo así como nueve meses, sí nueve meses porque ya parió la Emilia y estaba recién casada por esos días.

Volví a la policía y me contestaron de muy mal modo que dejara ese asunto en manos de parientes y amigos.

Por ese tiempo mi hermano me señaló que estaba demasiado flaco y tenía los ojos muy amargos. Definitivamente la amargura era contagiosa y mi lucha llevaba mucho tiempo expuesta al contagio, quizás no existía la victoria y el hecho de que los síntomas desaparecieran, el asma, los temblores, los desfallecimientos de vitalidad, sólo indicaba que estaba totalmente invadido.

Me decidí a comprobar mi presentimiento. Una noche oscura de lluvia abundante rompí la ventana, me introduje en el cuarto y ahí estaban por supuesto los cuatro: ella en la cama y cada uno del resto en su propia mecedora descomponiéndose a vista y paciencia del tiempo. Comprendí que la amargura se entierra sola porque la soledad se encarga de destilarla. A pesar del dolor, del miedo que me produjo el encuentro, aquel grupo familiar empezó a crecer en mi opinión: valientemente orgullosos, dignamente silenciosos, nunca habían permitido el contagio, menos la promiscuidad de su amargura, comprendieron temprano que eran como eran y así se quedaron con una absoluta solidaridad aun ante la muerte.

Quise con verdadera pasión que nadie los descubriera, pero el olor viajó más rápido que mi hondo deseo. Al día siguiente la policía abrió la casa y atribuyó la ventana rota a algún animal salvaje. Abogué porque los enterraran en una sola caja y en una sola fosa, pero las autoridades nunca entienden del amor y de esas formas extrañas en que se da.

Mi hermano me preguntó por qué me había llenado de gestos y de palabras amargas. No le contesté, ya no daba explicaciones, casi ni salía, salvo a comprar mis frutas y mis flores.

CASO CONFUSO

Edad cuarenta años y le gustaba que lo equivocaran. Ese era su único gesto diferente, porque no sobresalía en nada. Hablaba lo que hablan los demás. Siempre de precios, de como está el mundo, viste lo que pasó y fíjate lo que me contaron. Ni siquiera hacía intentos de ser original. Ejercicios en la mañana, porque es saludable. No había otra determinación. Las grandes generalizaciones le quedaban bien. Con la ropa era absolutamente conservador, prefería siempre gastarla hasta que durara y si hacía una compra sólo se inclinaba a una nueva moda cuando estaba tan arraigada que ya era una especie de uniforme.

Vivía en un apartamento. ¿Para qué describirlo? Cuarto, cocina y una ligera estancia transformable. Cualquiera igual abunda en los edificios de pisos y en los añadidos para aliviar la renta de las casas grandes.

La ciudad, más del apartamento que de él mismo, porque de la ciudad sólo necesitaba la venta de

cigarillos, el restaurante de los espaguetis y la oficina para la agencia de su distribuidora, es una red de cuadrados a veces alterada por el capricho de un ricacho que se compró varias cuadras para clavar su casa en el centro de un extenso jardín triangular. El resto de los sobrantes se lo cedió al gobierno local, con la condición de extender algunas calles y tratar de cuadrar en lo posible la simetría de paseos y avenidas. Una ciudad como tantas, donde vive la fulanita y el zutanito, y por supuesto el mengano tiene un negocio y es un señor importante.

Los hábitos fueron estilizándose con los años, pero no se olvidaron nunca los infantiles, aquello de escarbarse la nariz y oler las paredes, los rincones extraños y los propios. También empezar el periódico por el revés, leer con atención y no enterarse de nada, no darle importancia a las pequeñas cosas y pasarse horas y horas poniendo en filas los palos de dientes para rumiar despacio andanzas vagas por dentro de él mismo, que luego olvidaba completamente y que pudieron matizar su conversación con algunos análisis curiosos y quizás interesantes.

Solitario. Sin pareja ni necesidad de tenerla. Había rehuido las mujeres con cierta molestia extraña. Tuvo el pobre que afrontar las eternas situaciones casamenteras y aquellos deseos de la gente que lo rodeó de que por lo menos contratara una mujer para los menesteres de la casa. Sin grosería, pero con la fe absoluta de su razón personal, rechazó siempre los intentos de los entrometidos y de los familiares con un no he nacido para esos ajetreos. Y se detenía en lo de ajetreos como si estuviera siendo demasiado íntimo y confesando lo que a los demás no les impor-

taba sobre su energía tan escasa para dar apenas la resistencia necesaria para sí mismo. Cuando las majaderías se intensificaban y todo se volvía un complot para romper sus hábitos, cogía camino adelante para un sitio donde el nuevo conocimiento de gentes le evitara por un tiempo la insistencia de quebrar sus sagradas rutinas.

En su vida hubo pocos cambios y persistió hasta el final ese gusto extraño a que lo equivocaran. En cualquier forma. A veces por teléfono cuando había sonado por un número vago en la memoria de alguien o por un dedo que se escurrió del lugar correcto. Entonces hablaba en un tono diferente, lleno de humor, como si su seriedad se hubiera refugiado en un lugar secreto, desconocido para él mismo, hasta para su misma imagen del espejo en la cómoda de su pequeño cuarto. Y continuaba las conversaciones, con un tono cargado de sonrisas, aun de malicias. Se rejuvenecía mientras seguía la corriente o inventaba cosas y cosas para retener la voz y gozar con las situaciones más imprevistas. Eso era inusitado en un hombre que espantaba a cualquier amigo con sus monosílabos y sus largos silencios, que se olvidaba de contestar preguntas y hacía cara incómoda hasta que volvía a estar solo. Las equivocaciones en la calle, le producían más placer ¿Es usted? Sí. Y el sí le abría las puertas a los más raros acontecimientos, diálogos prolongados sobre circunstancias que era difícil seguir y había que tener una imaginación rápida, casi intuitiva. También no rehuía el ¿no nos hemos visto en otra parte?, ni aquello de su cara me resulta familiar. Así, en el autobús, en una calle, en el mercado, en el restaurante, su fantasía siempre se abrió a toda clase de cambios bruscos y hablaba de

sitios, de personas, de sucesos que no había oído antes, ni tenían otro interés que el de conversar por el conversar mismo.

Con todos estos antecedentes no es de extrañar que le sucediera lo que le sucedió. Porque la verdad es que nadie pudo explicarse bien aquel accidente. Un hombre solitario, sin relaciones, a la familia costó mucho localizarla y no pudo aclarar nada. Se pensó en la posible conexión con la mafia, pero una honradez inmaculada surgió a lo largo de las investigaciones. El matiz pasional se descartó al momento. Ni hombres ni mujeres. Tampoco aberraciones sexuales, salvo las más íntimas que sabe Dios cuáles serían. Se interrogaron vecinos y algunos declararon que nunca en su vida lo habían visto, a pesar de vivir al lado, como si fuera invisible. No había señales de robo. Se pensó en un crimen político, aquella vida tan solitaria podía ser la de un fanático, una especie de cruzado con malas intenciones para la estabilidad del lugar, pero en el apartamento no había un libro, ni una carta, ni una señal que llevara a otro sitio, a otra persona, a alguna organización.

El expediente se archivó con un encabezamiento de caso confuso.

Algo hubo de eso. La policía es sin duda intuitiva. Eso de manejar y manejar momentos irreversibles, la lleva a tener patrones para todo y cuando no encuentra el acomodo perfecto, pues a los términos vagos, como misterio, indescifrable, confuso, que casi siempre dan en el clavo, igual que los médicos con las alergias, los virus y los casos especiales.

Aquel día, el luego llamado del accidente, fue como cualquier otro. Después de comer sus espaguetis decidió caminar la siesta, que es una forma cómoda de dormir caminando, hipnotizado por los pasos y por las ventanas, las puertas y los cuadros de las aceras. Casi al entrar a la avenida cuarta, un tipo mal encarado le preguntó si se llamaba Fernando Núñez. Qué raro, en ese momento no sintió ninguna ilusión por las equivocaciones. Casi con pereza respondió que sí, era Fernando. Los tres tiros no lograron despertarlo, pero murió sonriente porque el tipo le dijo casi escupiéndolo: esto va en nombre de todas las mujeres honradas en que te has paseado.

YO ME ACERQUE A LA REINA

No fue por casualidad que me acerqué a la reina. Lo hice deliberadamente. Atravesé el salón con pasos seguros y rápidos. Nadie se atrevió a detenerme. Ya frente a ella escupí el suelo y dije vieja bruja. Ella sonrió como habitualmente sonríen las reinas, con una mueca en que los ojos siguen tristes, amargos, solitarios. Mi odio reposó un momento por lo que los gritos de insolente, comunista, drogadicto, mariguano, bajo, despreciable, hijo de puta, no me llegaron al ruedo del pantalón. Quizás si alguien le hubiera dicho mierda habría perdido el juicio y quién sabe adónde estaría él ahora, seguramente en la cárcel, porque en el fondo siempre existió el resentimiento de aquel apodo despreciativo con que le llamaban a él y a toda su familia "los mierditas".

Ya en la calle me sentí mejor, como libre de una misión que fue cumplida. ¿Qué clase de misión?, le preguntó el niño que lo oía sin darle la más mínima importancia. Claro él ignoraba que era el principio de una historia que debería escuchar muchas veces,

hasta leerla escrita en un libro en un idioma que no era el mismo de su infancia.

Pero si yo no te he dicho qué era la reina para mí. Entonces no podés entender mi misión y esa alegría de cumplirla por lo difícil y arriesgada que fue. La reina representaba y representa, porque todavía vive, el poder absoluto, arbitrario, voluntarioso, domina ese gobierno del capricho y porque me da la gana. Una especie de tirana que se hizo reina a costa de él, para mandarlo se inventó el cetro y el trono. Una vieja bruja que merecía su más acendrado desprecio.

¿Y qué? La conocí desde que era niño, somos de la misma edad, ella creció en un ambiente de riqueza, yo fui el más pobre entre los pobres, ella nació princesa, yo campesino. Qué cuadro desigual pensaremos todos y tenemos razón, pero la vida da vueltas y nos presenta sorpresas, de sorpresa en sorpresa no todas las vidas transcurren, sin embargo la mía se hizo de calamidades sorpresivas.

El niño no entiende, tampoco lo entretiene el relato de ese "mierdita" como lo llama en silencio pues es de su mismo pueblo. Entonces él enfatiza los poderes de la reina, era y es realmente tiránica, ordena a cada momento, no le basta el poder, exige más, interviene las vidas íntimas, no saluda, no dice adiós ni buenas tardes. El la ve por televisión, la odia por televisión, la asesina por televisión, la viola por televisión.

Varias veces ha llegado hasta su puerta con ganas de tocar y de pedirle una entrevista, pero siem-

pre el odio de por medio le enreda la voluntad y las palabras.

Figúrese que yo no conozco ninguna reina porque en este país no hay, el niño se preparó para tirar una piedra hacia el río. Claro yo la inventé, la fui inventando mientras caminaba diariamente hasta cinco kilómetros sólo por verla pasar rumbo a su colegio con un montón de libros, que desde mis ilusiones quería cargar para ella.

Es cierto, desde la primera vez que la vio ya no hubo otra para el amor y para el odio. Se fue metiendo como pudo y no logró ni el cruce de una mirada, ni una sonrisa, ni la respuesta a un adiós. No se dio cuenta del tiempo que pasaba porque ahora está rondando la universidad.

Para mí fue primero una princesa y conforme pasaba el tiempo la hice reina, cuando se casó, por supuesto con otro, la convertí en tirana y arbitraria, despótica y fascista.

¿No hubiera sido más fácil destronarla? Otra piedra cayó en el agua. No, yo no podía hacer eso, cuesta mucho encontrar una reina, nace una entre millones, a veces pasa un siglo entero sin que se dé una. Además ya para esa época ella era famosa, averiguó el momento y el lugar exacto en que se descubrió que el arroz se podía comer. Bióloga y química aparece en la televisión a cada rato, lo mismo en los periódicos, o tal vez soy yo el que la ve hasta en la sopa. Claro, y esto lo supongo, de tanto leer y andar metida en laboratorios, la pobre no distingue entre bolero y tango, no sabe si después de veinte años no son nada sigue las palmeras borrachas de sol.

El odio me empezó en la boda cuando me di cuenta de que en sus ojos había miradas de amor, en sus manos un temblor de caricias, en sus pechos agitaciones de esperanzas amorosas, claro para otro, no para mí, que de puro atrevido me puse en la fila de las felicitaciones y cuando me tocó el turno me miró con extrañeza, me brincó y me dejó con los brazos abiertos. Lloré de rabia ya fuera de la iglesia. Y el odio es tan interesante como el amor, crece también, se refina y te puede incendiar. El odio.

¿El odio, preguntó el niño, es como un incendio?, parecido porque quema pero es más fuerte porque no destruye lo que toca como el fuego. Se quedó en silencio, pensativo, el odio es raro, aquí estoy vivo y coleando, la reina está triunfalmente viva, y sin embargo el odio no se gasta ni se acaba, más bien aumenta interminablemente, pero sí quema y sí destruye. Yo ya no soy yo, soy otro, un ente como sin vida, un autómata que sigue el día entero a su reina.

Efectivamente era el otro del otro porque cuando se cambia del amor hacia el odio se entra en la otredad. Hasta físicamente cambió, se hizo más pequeño, se jorobó, ya sin el marco del pelo los defectos de sus rasgos fueron más notables, un poco asustaban, además la voz se le profundizó, parecía que hablaba desde el estómago. El niño bostezó, ¿por qué diablos se había metido en aquella trampa de oír tan aburrida historia? Cada historia se vive, uno se apodera de ella, incluso puede ver la cara de la reina, y oler su insaciable soberbia. Hasta mi odio te debe quemar. ¿No sentís nada? A mí me gustan las aventuras, y ¿qué más aventura querés que la de un hom-

bre que crea un reino y una reina para odiar a sus anchas?

Ella se cansó de las persecuciones, de tropezar con él, de sentir su mirada, de no saber qué quería, qué buscaba con su asedio. Un día lo interpeló: mire, usted, por favor, no quiero volverlo a ver detrás de mí, si su insistencia persiste voy a llamar a la policía. Pero ¿usted qué se cree?, ¿la reina de la calle?

Y la policía llegó y lo encerraron con el cargo de alteración del orden público. Sólo me soltaron cuando les dije puras mentiras, que estaba locamente enamorado, ¿de esa roca?, lo había estado toda su puta vida en silencio, ahora es la primera vez que lo dijo en voz alta, ¿de esa roca?, es una reina.

Por aquellos días leyó la noticia: un premio, el más significativo del país. Pintada la oportunidad para darle él también su merecido. Fue entonces cuando empezó a cruzar de nuevo el salón con pasos seguros y rápidos. Ese cuento suyo nunca termina, ¿verdad?. Por supuesto que no termina, no ves que yo estoy vivito y coleando y sigo meditando sobre lo que me pasó una y otra vez. Ahora es la reina la que me persigue, contrató a un detective, por eso ando de pueblo en pueblo, de río en río. Eso ha cambiado las cosas porque el odio se desapareció de repente y me he vuelto a enamorar de la princesa, cada día más sonriente y buena. Soy otro. El niño lo miró incrédulo y se encontró con el mismo mierdita de siempre, pero lo sintió atravesar de nuevo el salón, escupir y le oyó decir vieja bruja.

EL EDEN DEL DESDEN

"Tú no te irás, mi amor,
y si te fueras
aun yéndote mi amor,
jamás te irías."
Rafael Alberti

Ella nunca pudo recordar la discusión ni su propio alegato. La voz de él, de eso sí estaba segura, la invadió con los ivas de depresiva repulsiva compulsiva negativa incisiva, con algunas istas de egoísta egotista individualista materialista y con muchos eras de matrera majadera tortera aventurera, y hasta creía haber oído lo de no presta el hacha ni raja la leña. Recordaba casi con precisión el portazo con que se fue para siempre, pero a lo mejor eso era una metáfora de su abandono y soledad porque tal vez él cerró la puerta con cuidado y delicadeza.

Empezó a recuperarse lentamente porque a los ejercicios de autoconfianza, afirmación y yo puedo salir adelante sola, se venían muy fuertes los otros de rencor, de revancha, de desdén y de a mí no me puede hacer esto. La fueron aliviando las pastillas de falsas euforias, las de dormir a pierna suelta y la dulzura con que contaba las atrocidades del monstruo, a

BIBLIOTECA

quien después de darle todo, se largó con una cualquiera. Pronto se dio cuenta de que su historia era idéntica a las de miles de mujeres, la versión masificada en una multitud de caras ajadas y tristes, que ni siquiera necesitaban usar palabras amargas.

Un día contó que él había vuelto humilde y arrepentido, seguro de que ella era la única. Inventó salidas y encuentros, ceremonias de acercamientos y cortejos. Compró ropa nueva, apareció con regalos, cambió de peinado, acentuó el maquillaje, adquirió un lenguaje pintoresco, lleno de anécdotas y ejemplos. Dejó definitivamente de quejarse de los hombres, tenía tanta suerte: el suyo era ideal.

Después de que lo instaló de nuevo en la casa, pasó por una larga etapa de aprendizaje para ser habilidosa y amable, para abrazar el aire, para dormir sola y acompañada, para levantar el cuento contra el silencio, para oír las respuestas como un susurro que acerca, para ser feliz y conservarse sana ante la locura, para establecer la coherencia y desalojar todo lo amargo.

Se pobló de lo mejor, sólo hubo cabida para lo perfecto: la sonrisa sincera, el regocijo de la compañía, la conversación afirmativa, la mirada directa y profunda.

Fue encontrando múltiples ventajas porque jamás se dio la más leve discusión, nunca una ironía, menos una palabra fuera de tono, lejos quedó el pleito, la llamada de atención, el gesto brusco, el reproche, ni siquiera la menor diferencia. Logró establecer una comunicación perfecta, ese adivinar los gestos de que hablan las recetas del amor. También

hubo importantes economías, sobre todo de esfuerzos, los gastos se redujeron, las comidas se simplificaron, la ropa a lavar era menor en volumen y dificultad, la limpieza se facilitó y desaparecieron las largas jornadas de sospechas, indagaciones y preparativos para el entretenimiento. El simplemente estaba ahí y no se iría jamás.

Algunas veces se lo encontró en la calle y en los encuentros se perturbaron por igual, quizás por verse con ojos tan diferentes y desde perspectivas irreconciliables. Ella lo descubrió torpe, vulgar, mediocre, un pobre hombre que no merecía el amor de ninguna mujer. El pensó que aquel arreglo cuidadoso denunciaba otro hombre, alguna ventura que ojalá le durara largo tiempo, quizás porque la conciencia descansa cuando se instala un pensamiento optimista sobre la seguridad del abandono. Los encuentros no alteraron sus diferentes vidas y fueron en verdad muy pocos como si vivieran en ciudades distintas.

Cuando compañeras de trabajo y amigas más de costumbre que de afecto, le comentaban haberlo visto con otra, siempre la misma, ella se aprestaba a contestar que lo sabía, si esa fulana es parte de un pacto que hicimos para permitir ciertas libertades que son bien sanas para mantener una larga y feliz relación matrimonial, y también yo tengo iguales derechos.

Ella decidió contarle algunos secretos. El primero se lo reveló cuando tomaban café a media tarde, un sábado en pleno verano. Tranquilamente le dijo que cuando se casaron amaba a otro y ese otro nunca se había dignado a prestarle la más mínima

atención. Era completamente distinto a él, distinguido, inteligente, alto, muy bien parecido. ¿No se lo había dicho antes? Fue con el tiempo que se acostumbró a estimarlo, ya se podía imaginar lo que le costó aguantar la etapa de constante contacto sexual y la de intimidar con un hombre al que nunca aspiró a tener a su lado, pero pudo vencer ascos y repugnancias. ¿No se lo había dicho antes? Llegó al matrimonio por esos temores de alcanzar la categoría de solterona, sola, sin oficio ni beneficio. Ahora todo había cambiado tanto, estaba segura de que le faltaría incluso el aire de no estar tan cerca y tan apegada a él. ¿Se lo había dicho antes?

El segundo se lo contó en la cama, una noche fría y lluviosa, cuando él la abrazaba con planteamientos de algo más. Nunca había disfrutado de su relación sexual, nunca, era muy poco audaz, exageradamente tradicional, demasiado al grano, carente de imaginación, sin permitirle la menor iniciativa. ¿Era la primera vez que lo decía? Mecánico, incómodo, no la estimulaba, los gritos los debía inventar, lo mismo que los estremecimientos, lo único sincero era las alegrías de las conclusiones, y a tal punto quedaba en camino que cuando él se volvía para dormirse ella se masturbaba lenta y dulcemente.

Una madrugada lo despertó para confesarle sus experiencias con otros, experiencias inolvidables, tesoros de sensaciones que verdaderamente enloquecen, donde no se sabe cual parte del cuerpo es propia y donde se nada en bosque creciente de espesuras siempre desconocidas. ¿Lo había callado por tanto tiempo? Se sonrió con una sonrisa caricaturesca y maligna, a la vez que le ordenaba dormir-

se de nuevo para que no la viera introducirse sola en su propio deseo.

Todo iba perfecto porque lo habitaba, estaban juntos con su mejor y más brillante sonrisa de espejo, aunque a ella le preocupaba la insignificancia de ese hombre feo, sin la menor gracia, carente de ingenio, absolutamente plano, poco emocional salvo cuando se enfurecía y la insultaba, pero aun dentro de la rabia se desmayaba en su innata vulgaridad. Ahora ella no le permitía enojo, ni furia, ni resentimiento alguno porque se apoderó del orden, dirigía la escena, era capaz de embellecerlo y amarlo, de cortejarlo, de seducirlo, de hacerle el amor como nunca jamás se lo habían hecho, arraigada en el exilio, arquitecta de la memoria, manipuladora de lo ya ajeno, encerrada dentro de sus hábitos y manías de crear un edén para el desdén.

CUANDO FLORECIO LO MARCHITO

Era y es todavía un pueblo redondo haciéndole círculo a la hondonada. Las casas miran a la montaña y viéndolas pronostican el tiempo: hará calor, lloverá, el viento esta noche será terrible, un día en calma, tal vez bochornoso, por allá de las cuatro caerán las primeras lluvias, amanecerá garuando, parece que hoy temblará.

Un pueblo que crecía y descrecía según los vaivenes del país, algunas veces los mandatarios pensaban en la agricultura, otras en la industria, siempre en el comercio, las más en que las cosas anduvieran en calma, sin deteriorarse más la pobreza de tantos pobres. Un pueblo con eucaliptos, naranjos, cipreses, manzanas de agua, caminos de polvo, huertas, chayoteras, gritos de quienes se encuentran y saludan con alborozo, chicharras, sapos, yigüirros y un cielo con nubes convulsionadas. Las casas se construyeron con lo que había a mano, un tanto de madera, de ladrillos, de zinc, de intemperie, de viento, de frío, de calor. Alguna maceta decorada y primitivos jardines

desordenados en que se cruzan las gallinas con los clavelones y los patos con los lirios.

Un pueblo tranquilo en que un viejo muere entre los detalles de la agonía y el recuento de lo que dejó: un yugo de principios de siglo, un pilón en desuso, una rara máquina de coser quién sabe qué, unos zapatos abiertos, una navaja de afeitar completamente herrumbrada. Un pueblo pacífico en que el nacimiento de un niño se comunica en voz muy alta de corredor en corredor, de callejón en callejón. Fue una niña. Otra más. Pobres qué van a hacer con tantas. Y la enfermedad se combate con la medicina que manda el médico y con las yerbas que recomiendan los que saben de esas cosas.

Un pueblo que se asoma siempre hacia la montaña y la admira, la quiere y la respeta, que Dios quiera no se nos venga una encima, porque entonces ni contar podremos lo que pasó. Y la montaña, siempre cambiante, les trae noticias de acontecimientos que sus tímidas mentes de encerrados no se atreven a pensar. Vendrá un nuevo cura, no lo tomen muy en serio, está obsesionado con el pecado, pobre pecador todo lo asusta, no se asusten ustedes. Y en el verano vendrán ellos, son dos jóvenes muy jóvenes y muy ingenuos, sin embargo no tendrán ustedes una oportunidad tan increíble de contar con tan excelentes maestros, les enseñarán lo que han olvidado hace mucho tiempo y es necesario recordar para que lo marchito florezca.

Era una época en que el pueblo casi era pueblecito. Los más jóvenes emigraron en busca de trabajo y de una vida diferente. Los ahogaba la hondonada y la esbeltez de la montaña. Habían quedado

los viejos, viejos abuelos y bisabuelos, alguna que otra tatarabuela muy encomendada a Dios, y los padres envejecidos prematura y desconectadamente por los cambios acelerados del telégrafo, del teléfono, de la radio y de la televisión.

Ella llegó primero, un domingo en el último autobús de las cuatro, iba a atender la escuela y enseñar del primero hasta el sexto de aquella disminuida población escolar que alcanzaba a treinta niños de siete a doce años. Su nombre la precedió. Eugenia María de los Angeles Rivera Mancilla, nacida en un lugar conocido como las Cumbres de lo Alto para la Perfección del Santo Parto. Les pareció muy pálida, demasiado joven para aquella pacotilla de gavilanes, pero la montaña les dijo es ella, la esperada, la que domina los vientos, sabe de letras y detrás de esos ojos claros reside la sabiduría de la vida.

Eugenia María de los Angeles se paró en una esquina, recorrió con su mirada la hilera de las casas que sólo le ocupó unos segundos de investigación para saber que estaba en el fin del mundo, y levantó sus ojos ante la majestuosidad de la montaña para verificar con rapidez que estaba en el principio de las manifestadas cosas bellas, que sabía no se daban gratuita y afortunadamente sino por legítimos merecimientos, ganados a punta de voluntad y de ese empeño terco de superar cualquier situación adversa.

Su primera lección fue magistral. Mantuvo despiertos a los niños, a pesar de que habían madrugado antes de que la montaña se pudiera perfilar como una sombra negra y amenazadora, menos como un cuadriculado de árboles y yerbas desmanadas en el desorden de Dios, que bien desorganizado era en el

crecimiento espontáneo de lo natural. Simplemente enseñó mapas y se ingenió para estimular curiosidades sobre la visión plana de lo cotidiano.

El cura anunciado no llegó, se había cambiado la decisión de trasladar al Padre Toño porque con cierta inercia iba haciendo una labor buena, por lo menos no provocaba quejas ni intrigas innecesarias ni problemas con la comunidad siempre tranquila y conforme.

El llegó ocho días después, con su juventud a cuestas y el entusiasmo de iniciar su primer trabajo profesional en la administración de una finca que tenía de todo e iba a cultivarse aún más.

Se encontraron frente a la escuela con miradas encendidas. El no pudo más y se acercó con la mano abierta. José Luis Villacencio, a sus órdenes. Ella se sonrió en la forma más clara que fuera posible concebir, una sonrisa que no podía apagarse ni terminar.

Desde entonces no se separaron durante sus tiempos libres, se iban a la plaza, caminaban incansablemente los senderos del pueblo. Para ellos cantaban los pájaros, se abrían las flores, se perfumaban los eucaliptos, se iniciaba el día y la noche, las nubes se ponían de blanco encalado, los crepúsculos se fueron alargando.

Nadie en el pueblo hizo comentario alguno, les parecía muy natural, tan hermanados, tan juntos.

Un día la viejecita Refugio, una de las más viejas del pueblo se quedó mirándolos largamente. Pero qué era aquello. Esa forma de pasar lentamente el dedo de él por el brazo de ella, desde el comienzo

hasta el fin, incansablemente. Luego ese choque de cabezas y como que se sobaban, igual a los cachorros. Entonces asoció la escena con un viejo rosal que había empezado a florecer con verdadera pasión, después de años y años de marchito. Algo raro está pasando, pensó, porque su sangre aceleró la circulación y los dolores del reumatismo se esfumaron. Luego de contemplar y de contemplar, puso a otros a contemplar también y los vio emocionados, entusiasmados, embebidos en aquella correntada de verdaderas caricias.

Esa noche la viejecita no durmió, se le fueron las horas en recordar exactamente los movimientos y en buscar en vano las alegrías. A la mañana siguiente estaba ya decidida y al caer la tarde pasó de nuevo por la plaza y todo el pueblo estaba ahí viendo y viendo. Vio lo que pudo hasta donde la oscuridad se lo permitió y se fue río abajo en busca de don Miguel, casi tan viejo como ella. Esa noche sí durmió a pierna suelta.

La pareja se convirtió en el espectáculo número uno del pueblo, ya nadie leía ni siquiera un periódico, en la pulpería dejó de brillar el televisor, en las casas las radios se apagaron, nadie se interesó por el partido de futbol ni siquiera los jugadores quisieron agotarse en las carreras y en las patadas. El cura y el sacristán, junto con los monaguillos, se unieron a la contemplación. Era un espectáculo lindo, tan puro e inocente que el cura dedicó el sermón del domingo al arte de amar, amarse sin fin y sin tregua.

Empezaron a pasar algunas cosas raras en el pueblo. Las papas sabían a camote, el camote a papaya, la papaya a rábano, el rábano a tomate, el ca-

fé todavía verde olía a azahares de naranjos, los rosales dieron margaritas y las gladiolas tulipanes y las buganvilias lirios. Todos se dieron cuenta de que el verano se prolongaba demasiado y no llovía, ni siquiera atisbos de lluvia en el cielo, sólo las nubes de blanco encalado. Pero no se preocuparon porque el río traía más agua que nunca y estaba tan sonoro como el mar, los dormía ensayando caricias y más caricias, cada día más creativos, más imaginativos en cumplir lentamente los recorridos.

Cuando la viejecita confesó que estaba embarazada creyeron que eran locuras de su edad o nostalgias de otros tiempos, había parido nueve hijos, tenía cerca de sesenta y cinco nietos y ya iba por el octavo bisnieto. Lo empezaron a creer cuando constataron que todas las mujeres, viejas y jóvenes, algunas casi niñas, estaban en el mismo estado, igual que la esposa del sacristán, las novias de los monaguillos y la santa empleada del cura.

El olor de las flores realmente embriagó al pueblo, brotaban por todas partes, aun entre las piedras, la plaza se llenó de ellas, los senderos, las aceras, al punto de que costaba caminar y encontrar un sitio donde pararse tranquilamente, sin la mala conciencia de estar haciendo daño a una generosa planta.

Quizás fue por eso que la gente dejó de salir y no se dieron cuenta de que la pareja ya no estaba, se habían ido, cada uno por camino diferente, igual a como llegaron, cada uno un día distinto. El se fue antes. En aquel pueblo tan lleno de flores, de gente tranquila y bondadosa, de un cura siempre tan sonriente y tan anteponiendo el bien ante el mal, llegó a la conclusión de que se había equivocado de oficio, en vez

de agricultor quería ser marino. Ella se fue después, quizás con unas semanas de diferencia. Para ese entonces se le había esfumado la sonrisa y los ojos se le fueron llenando de soledad, una soledad de isla en un mar indómito donde alguien naufragara.

Ni ella ni él percibieron algo diferente en aquel pueblo tan callado y tan florido. Ella se fue como si cerrara una puerta, él como si estuviera abriendo otra.

Cuando el pueblo se dio cuenta de que se habían ido, ocupado como estaba con los partos, casi todos por las mismas fechas, y con la cría de aquella cantidad enorme de niños, porque hubo muchos gemelos y trillizos, ya estaba instalada otra maestra quien llegó con un embarazo notorio y otro administrador de la finca con su esposa y cinco hijos bastante crecidos.

Ya para esa época llovía parejo día y noche, las flores habían desaparecido, el río corría con menos canto y menos agua, las cosas sabían a lo que eran, las plantas daban lo esperado. Cada quien confesó ante el cura su desarreglo y el cura buscó a su superior para hacer lo mismo. Le consoló que le dijera solemnemente lo que había repetido en el confesionario: una golondrina no adelanta el verano ni el canto de un yigüirro las lluvias, lo pasajero no tiene trascendencia y si el dèsarreglo fue arreglado no posee la gravedad del pecado.

La pareja apareció en algunos sueños pero sin muchos estragos, cada quien había redescubierto que se duerme mejor y más profundo en la soledad de uno mismo y con lo esperado de la edad.

ESA NOCHE QUE CAMINA CONMIGO

Nunca te lo he preguntado, nunca. Ni cuando tosés, ni cuando sonreís. Nunca. Me alarman tus ojos alargados cuando te encuentro en los pasillos o tu voz que tiembla cuando atiendo el teléfono y me dice con cierto temor: ¿es usted, es realmente usted?

Aquella primera vez que fui a tu casa, después de cenar y saborear el último trago de vino, mientras veía la enredadera trepar y trepar por la ventana, creí que lo más natural era empezar a desvestirme, pues en tus gestos tímidos, en algunas de tus palabras trabadas y de tus recorridos silenciosos e insistentes se adivinaba un deseo espeso, que era imposible detener.

Me dijiste que no, no era eso lo que querías. Con bastante desconcierto seguí hablando de los misterios de la noche, esa noche mágica abre puertas, abre ojos, abre sexo, abre soledad, abre comunicación, abre búsqueda. Adentro me pregunté qué diablos querías. Nunca tomé iniciativa alguna, ni hubo de mi parte la más absoluta insinuación, simplemente res-

pondí a tus cortesías, a tus regalos, a tus extrañas cartas de amor con la educada atención de quien se da cuenta de que está siendo distinguido.

Después me pediste que me desnudara poco a poco. Contesté ya no tengo tiempo ni ganas, otro día, otra noche mágica abre sueños, abre misterios, abre paredes, abre pensamientos, abre caminos, abre posibilidades, abre lágrimas, abre protestas, abre claves. Y me fui con la frescura de cerrar cualquier curiosidad.

Hubo otra noche y muchas noches más. Las que me dieron la gana me desnudé y se hicieron cortos y largos trabajos de amor sobre tu cuerpo y sobre mi cuerpo.

No pudiste retenerme, mi rumbo era otro y por eso llegó la noche mágica cierra puertas, cierra sexo, cierra besos, cierra deseos, cierra música, cierra silencio, cierra manos, cierra caricias, cierra piernas, cierra movimientos.

Y no comprendiste y desde entonces tus atisbos, tus encuentros en todas partes, tus llamadas telefónicas con eso de qué es de tu vida, tus cartas, tus invitaciones, tu letanía de reclamos, frente a mis evasivas, mi tengo mucho que hacer, por qué no me dejás en paz, adiós y buena suerte, y no quiero compromisos y estoy hasta el copete de ser responsable, por favor olvídese y búsquese alguien distinto.

Por las calles sus ojos pegajosos, por las fiestas sus manos busca remordimientos, por los timbres sus llamadas de atención, por los vestíbulos su voz de insinuaciones y reproche, por los caminos la sospecha de dónde va y qué está haciendo. Un acoso, una ba-

talla con múltiples frentes y mi escasa libertad subsidiada por el descanso de su no encuentro, de su no presencia, de su disiparse un momento para volver, como si no hubiera pasado un segundo, con su eterna pregunta de qué ha hecho.

Y nunca te lo he preguntado. Nunca.

Hoy metida en la noche mágica, que entreabre y entrecierra flores y enredaderas, labios y laberintos, voces y bullas, bares y sesiones de comedia humana, libros y sentencias absolutas, oraciones y mentadas de madre, suspiros y escupites, manoseos y discursos, penumbra de claridades y hambre de misterios que regatean solvencia a las ceremonias, me pregunto y te pregunto.

No hay razón alguna. Nunca hubo razón alguna. Tu labio tropezó con el mío, el tuyo esperaba antes de esperar. El mío ya era camino abierto. Te miré como se mira a los tontos con cierta obligación temporal de complacerlos. Vos me miraste antes de que te mirara, con inclinación marcada hacia lo distinto. ¿Cuál culpa propia hay en la culpa? Y la culpa es una enfermedad que se contagia.

Me quisiste contagiar, lo sé. No sabías que cargo a mi espalda la noche mágica, la que a veces abre, la que a veces cierra.

En todo caso, no te lo he preguntado nunca, ni pienso preguntarte nada.

BIBLIOTECA NACIONAL

ABRIR LA SALIDA

Cuando perdió la habilidad de pintar los pájaros al vuelo, se sintió muy mal y rompió los bocetos de las aves que ahora sólo podía reflejar tiesas, inertes, sin vida. Dejó pasar algunos días y probó de nuevo con idénticos resultados: pájaros sin luz, sin movimiento, fracasados absolutamente en su intento de vuelo.

Hubo un día, no muy atrás, en que esperó el milagro de verlos salir de sus papeles y elevarse hacia el infinito. Tanto vuelo para su esperanza.

Pero ahora le costaba abandonar la cama, que se le hizo símbolo de rincón tibio, casi de cueva, donde tenía la libertad de recordar detalles, ejercitar la memoria hacia atrás, repasar viajes, rememorar conversaciones, mirar con ojos de animal testimonio el fin de su período de gracia.

Sólo salía para lo indispensable y en cada salida confirmó que no habitaba este mundo sino otro, no hablaba el idioma de los que se movían seguros de que iban hacia alguna parte porque venían de otra parte, se sentían con misiones por cumplir y ella no,

sólo estaba al borde de todo o nada. El todo quedó atrás y la nada estaba muy próxima. La calle la fue asustando más y más, ese trajín absurdo, ese oficio ridículo, esa rutina falta de lógica, esa cacería de estupideces.

Le dio por las pequeñas ceremonias: limpiarse las uñas, bañarse en aguas perfumadas con azahares, bendecir la mañana, hablar con Dios al entrar la noche, oír el péndulo del reloj, conversar lentamente con ella misma.

Se inventó una estrategia para rehuir los espejos, caminaba con los ojos clavados en el suelo, con pasos cuidadosos para no tropezar con los muebles. Después los tapó con sábanas y papeles. Quería recordarse todavía dueña de la gracia.

Se fue escribiendo una larga carta sobre sus intimidades, las más hondas, las que sólo a ella interesaban. Empezó con querida habitante de mi cuerpo, siento que para nosotras el tiempo está llegando a su fin, a pesar de que estamos sanas y tranquilas, a salvo de las estupideces que desgastan a la gente en este mundo que nos resulta raro y extraño, que nos sacó por la puerta grande cuando perdimos... pero ya eso no tiene importancia porque aprendimos otras cosas como contar los segundos y alcanzar un minuto, esos minutos de exceso que alguien nos regala sin pedirnos nada a cambio, a comprender que no somos misioneras, no nacimos para eso, carecimos de oficio, cabemos dentro de la medida de lo que nadie quiere. Nada nos retiene, estamos en el borde, a punto de caer. No nos asustamos porque en algún lugar y otro tiempo habrá otra habitante con una gracia nueva, con un oficio, con una misión. Hablaré con

ella de usted, le diré que fuimos felices, muy felices a lo largo de mucho tiempo, luego le enseñaré las heridas para que ella no las adquiera nunca. La primera nos la hicimos cuando perdimos el bolso con los ahorros y las joyas, cosa que nos dejó sin la más mínima reserva. ¿Quién y por qué? Hubo una persona que decía querernos y sin padecer de ese hábito de desconfiar de todo, algo de reserva nos daba su mucha devoción, palabrería y eterna promesa de siempre. Por cierta hendija de sus ojos se asomaba un aliento de rata y no nos equivocamos. La segunda se dio frente a la fotografía y nos vimos con cara de brujas amargas. ¡Qué cambios profundos! Ahí estaban delatados y nos dolieron copiosamente, lloramos juntas al borde de la histeria. Recordamos los momentos en que ante el espejo notábamos una nueva arruga y llegábamos al convencimiento de que cuanto ser encontráramos en la calle la vería con horror y la tocaría con dedos sucios, hasta que al final del día ya no hubo más que una honda y desagradable cicatriz. Luego cuando ya definitivamente se nos vino encima la vida, nos dejó un tiempo vacío, sólo útil para medirlo, sin un aroma que nos hiciera buscar nidos en la noche, menos una luz que nos alborozara en las albas, sin ganas de algo tropezábamos en el mediodía y la tarde nos crujía por dentro como viejas puertas de casas desiertas. La gracia nos abandonó completamente. Cabronas nos dejó y cabronas no queremos ser.

A las ocho de la noche se dio cuenta de que estaba escribiendo a oscuras y eso no le preocupó porque sentía que, además de su habitante, estaba poblada de oscuridades.

Encendió un cirio perfumado que le trajo un leve cansancio de rosa desfallecida. Entonces comprendió que todo se puede perder menos la esperanza de encontrar una salida, pero la salida verdadera la debe dar otro, a ella le correspondía esperarla, quizás ayudar un poco.

Abrió portones, quitó los candados de la entrada, encendió una luz de vigilia y dejó la puerta entrecerrada. Aquella noche no vino nadie. Repitió el rito una y otra noche, cada vez la puerta más abierta hasta dejarla de par en par.

Cuando la madrugada se anunció con un frío de encogimiento, oyó los pasos, eran dos personas. Entonces sonrió con la seguridad del logro: había ganado, la salida estaba abierta, su espera iba a terminar. Desde un rincón de su cuarto se levantó la gracia y con un amoroso gesto se acostó junto a ella.

EL INOLVIDABLE VESTIDO DE TARLATANA

Aquella mención fue como un puente entre tiempos, una palabra que me reconciliaba y enemistaba frente a ventanas abiertas y otras espesamente cerradas, una especie de viaje que no necesitaba formalidades ni explicaciones, un angustioso vaivén entre lo que fue y ya resulta injustificable.

Ella veía hacia el horizonte con los ojos perdidos dentro de ella y el horizonte se convertía en esa cosa extraña que nadie sabe si alguien habita y en qué condiciones lo hace, en una soledad voluntaria y en una promiscuidad de desconocidos que se albergan en gestos y palabras incomprensibles. Ella se dejó llevar, siempre se había dejado llevar hacia todo, hacia un tiempo que fue real y nunca dejó de ser porque era un tiempo eterno de mujer, sumergido en sensaciones inolvidables, siempre cautivo al capricho de otros, los otros importantes, a los que había que servir y complacer. Un tiempo sin culpas dentro de ese otro tiempo que acumula culpa tras culpa.

amanecía loba furiosa contra el mundo y contra todo lo que lo habitaba, con ganas insaciables de atacar para descubrir lo escondido detrás de las miradas y de las palabras, con peleas internas y externas que no terminaban con los gestos duros, los abruptos y la rotura de alguna cosa, sino que continuaban con largos sermones y densas constricciones hasta llegar a imponer lo fuerte, lo insólito, lo duro. Loba, loba herida, hiriente, sin piedad, dentro de un tiempo impaciente que diluye circunstancias y lleva hacia futuras mañanas en que se transcurre con la velocidad de cacerías. Otras veces amanecía coneja con miedos y temblores, angustiosamente inofensiva, un cero a la izquierda, una confinada al sacrificio, digna del menor merecimiento, no advertida por nadie, no apuntada en el inventario, casi invisible. Coneja y pendeja se repetía frente al espejo. Coneja y pendeja que se come lo que sobra en el mundo, vive de lo que quieren darle, un poco de espacio, un abrazo distante, un si te vi no me acuerdo, en un tiempo denso que espesa los conceptos, los alarga por los laberintos de los oídos con una voz resonante que sólo los conejos conocen. ¡Qué diferente era cuando amanecía paloma! Símbolo se convertía de lo bueno, de lo ejemplar, de la fiesta tranquila, de la conversación fertilizante. Desde una tribuna veía al mundo con el debería ser en su boca. Entonces se volvía reformadora y la gente la amaba, ¿quién no iba a amar a una paloma blanca y mansa? Y estaba en un tiempo que se le escapaba, que definitivamente se terminaba y ella trataba de alargarlo mientras oía que los aplausos se iban desvaneciendo. A veces amanecía serpiente venenosa, solapada, sabia atisbadora de lo certero, segura de que no fallaría nunca y jamás la encontrarían en su escondite húmedo y sombrío.

Arrastraba su poder sabiendo que la rodeaban enemigos y no podía confiar en nadie ni en nada. Desconfiar siempre era su camino, para ello debía acechar, esperar la oportunidad y hendir lo más profundo posible el veneno. La esperanza se le hizo signo, la esperanza de un cambio, de una aventura feliz, de una satisfacción que le curara las heridas, las limitaciones, las invalideces y le abriera campo al milagro, a la buena suerte, al favor de todos y a la distinción de los otros, pues claro si era distinguida, premiada y reconocida los otros volverían. Entonces se sentía que estaba ante un tiempo por venir, en que se repararían todas sus injusticias, un tiempo que debía esperar paciente y sabiamente, a lo mejor tendría que morir y nacer de nuevo para encontrarlo. Pero también amanecía gallina y qué día fatal, dispuesta a todo y en cada momento sin placer por supuesto, simplemente porque se sentía y era gallina golosa, atarantada, incapaz de acumular experiencias, menos de exigir consideraciones, lista para la degollación. Así entraba en el período de la depre, vacía y pesada, en que flotaba el tiempo recogiendo las horas más largas, los tantos necesitados minutos eternos. Pocas veces amanecía persona y sólo muy ocasionalmente amanecía mujer dueña de una armónica felicidad.

Quizás hubiera alcanzado algún grado de conciliación con ella misma si la palabra no le hubiera galopado sus tiempos. No fue un vestido cosido, lo habían construido con alfileres, con gacillas, con tijeras abiertas, con pinzas, con grapas, incluso con tornillos. Un vestido de domingo para estarse quieta, tan quieta como una muñeca de porcelana, para im-

pedir su crecimiento, para que aprendiera a sonreir y a decir sí, para ser el modelo que se deja modelar.

Nunca lo pudo olvidar porque el vestido se fue repitiendo, ya no de tarlatana que pasó de moda, pero sí de algodón, de tafetán, de opal, de seda, de tul, de organdí, de orlón, de cuanto hilo se inventa y se industrializa, siempre estrecho, limitante, incómodo, artificioso, complaciente no a ella sino a los demás.

Me dijeron, frente al vestido de tarlatana, que había llegado la hora de quemar pantalones, overoles y las batas amplias, aquel ropaje de escalar árboles y jugar con las pelotas, brincar zanjas y saltar piedra por piedra el ancho y el largo que se pudiera de los ríos. Llegó el momento de ser mujer, eso me dijeron y por la cabeza casi en blanco se me salieron cucarachas, hormigas y abejas.

Fueron acercándose los otros, la lista no apunta a muchos, trajeron ratos gentiles y sonrientes seguidos de ratos con así me gustan las cosas y quiero las cartas sobre la mesa, agregaron ratos de lo bueno no dura mucho y es mejor no vernos más, quedemos amigos, no te pongás insoportable y conseguite otro, no soy el único, además tengo compromisos muy serios. Eso fueron: ratos sobre mi tiempo tan terriblemente amansado.

Ella volvió a perder los ojos en el horizonte. Esa palabra sonora y presente le dobló acercamientos y distancias, le devolvió memorias, le descubrió su vida muy propia y muy ajena.

Como en un ritual inventado desde hace años se entrelazó las manos que se acariciaron automáticamente, se arregló la blusa blanquinegra, estaban

de moda esas combinaciones, se sentó en el sillón de tapiz rojo, miró la puerta, recorrió con los ojos la estancia, parecía estar en escena o cumplir las instrucciones de un guión, absolutamente concentrada, quizás excesivamente ceremoniosa, lenta en sus gestos, alguien pudo pensar que se estaba convenciendo de algo a sí misma, y en verdad algo bullía en su interior: una rabia intensa se ocupaba de quemar el inolvidable vestido de tarlatana.

JUEGO DE COINCIDENCIAS

Sesenta días y sesenta noches resultaron apenas un tiempo lleno de palabras, de gestos, de golpes en el vacío, de golpes en la carne, de golpes en el alma, de golpes que caían con el blanco puesto en los insultos y resultaban sólo una vulgaridad que no cuajaban más que en intentos de herir y herían verdaderamente con hambre de oportunas respuestas de revancha. Sesenta días y sesenta noches que parecieron poco tiempo para tanto rencor, tanto resentimiento, tanto deseo de venganza, tanta pasión empozada, tanto camino mal andado, tantas ganas de herir donde más doliera, tanto análisis de equivocaciones, de malos entendidos, en qué momento se localiza el error y si el error fue consecuencia de un error anterior rebuscado en una memoria repleta de rencores en donde se perdió la paciencia y se instaló el grito, en donde apareció el nacimiento de aquel silencio que durante una tregua larga fue una simulación de entendimientos.

Sí, porque antes hubo sesenta días y sesenta noches de mutismo, ni una palabra, ni una tos, ni un

buenos días menos una feliz noche. Se hizo un silencio que era una especie de muro sucio por donde corría el odio, un odio detenido en las gargantas, anclado en la sin voz, totalmente mudo pese a la pintura visible de los signos. Sesenta días y sesenta noches en que callados escondían las voces más amargas y espantosas, estacionadas en la cólera, silenciados en una torpe cirugía que prefiere callar y decide no exhibir las heridas, taparlas con trapos que se empapan con sangre podrida, de sentimientos desairados con desdeños esculpidos más allá de la piel, en la pura memoria de las caricias que no eran caricia, en los compromisos caídos por la evidencia de la ley de la gravedad, por circunstancias que señalaban el ridículo del engaño, el engaño del ridículo o el retablo en que el ridículo ridiculiza el engaño y el engaño engaña el ridículo, para caer sin palabra alguna en el centro del silencio que no se atreve a romper el tatuaje de esto no era el convenio ni pensar en algún camino que recuperara la palabra conveniente, menos aun la armoniosa, porque perdida estaba la palabra amorosa, cargada de esos acentos que dicen tonto estúpido bruto con el peso de una pasión que mentaliza los trazos voluntariosos de los íntimos caprichos.

Antes hubo sesenta días y sesenta noches casi normales pero con la vigilia de la sospecha en que las miradas congelaban los gestos y las preguntas eran diagnósticos de quizás sí y de quizás no porque las apariencias engañan y el discurso no es lo que dice sino lo que pretende decir. Vericueto de agonías que quieren creer y siguen desconfiando porque no hay casualidad sino causalidad y el sermón tiene un contexto ideológico de proselitismos evidentes. Se-

senta días y sesenta noches de observación sobre miradas que se sostienen intercomunicadas o se bajan con cierta vergüenza o se desvían hacia algo que hace falta en ese momento y se añoran hacia los cuartos escondidos con ese apetito de deseos que hacen abandonar las reuniones y los requisitos de buen desempeño. Curiosidades que no resultaron vanas y fueron confirmando sospechas, sospechas que se hicieron milagrosamente evidencias congruentes, como las piezas de un rompecabezas que apenas se vislumbra en el orden del modelo y parece un dolor de coincidencias cuando se rebuscan sus mil piezas en una baraja que llega más allá de las identificaciones. Sesenta vigilias, sesenta amaneceres, sesenta noches desveladas, sesenta días con pesadillas de no es cierto pero lo es y así el insomnio que se duerme despierto y bosteza y se agrava con problemas de digestión y de terapia con binóculos obsesivos que hoy ven el detalle, el gesto, el descubrimiento de la mentira, la certeza de la verdad irremediable, el truco del engaño, la esperanza del revés, la quizás debilidad de cualquiera es débil en determinado momento, la circunstancia moldea la persona más fuerte porque es como la marea furiosa que crea las rocas y esculpe figuras gigantescas que alguien llama piedras o faros, para caminos o dioses. Entonces la sospecha se humaniza y dice no tengo derecho a creer en dioses humanos, tejidos de debilidades, sólo puros ejemplares de tropiezos en que se cae y se levanta con más dificultad y lentitud. Pero, la rabia, la solemne rabia te descontabiliza los haberes y las restas se suman a las desesperanzas y entonces todo resulta en el inútil esfuerzo de una multiplicación rota. Se conjuga el trabajo de vos sospechás y yo sospecho, en la labor loca de una cosecha que no recoge nada, que sólo

anota vacíos, intentos de apuntamientos en marcos inexistentes que no gritan gol sino notas negativas en el conteo de las decepciones. Te digo que lo sé y lo sé en la desconocida atmósfera de lo conocido. Y la curiosidad se anudó en el silencio y el silencio se anudó en el grito.

Entonces ella dijo con un aire natural, casi respirando febrilmente, a mí nadie me mete un cinco con hueco, y él respondió, con un gesto suave de reconciliación, nunca lo he pretendido. Hablaron dos días seguidos como si no hubiera necesidad de dormir y de comer, dos días que juntaron albas a nuevas albas. Cuando dejaron de hablar, no recordaban lo que se habían dicho y confesado, pero sintieron que tenían una sed de mudez y de agua, por lo que cada uno se calló y bebieron por separado más de diez vasos de agua, que apenas si aliviaron sus gargantas secas y ansiosas, todavía con la carraspera de palabras no dichas y de palabras no oídas. Durmieron dos días y dos noches en diferentes camas, pues las conciliaciones van lentamente cerrando heridas con una aguja y un dedal muy torpes manejados por dedos artríticos.

Ella, al despertar, después de un desayuno abundante, empezó a ventear sus rencores y dispuso jugar un tablero en que se enfrentaran los buenos y los malos recuerdos, pero sólo lograba empatar y en una oportunidad el rencor venció sin duda alguna, se fue comiendo todas las piezas de la esperanza con un pesimismo verdaderamente desolador. Se sintió muy mal con unas exigentes ganas de devolver lo comido, de repasar las palabras que no podía recordar, que no se juntaban en el pode... en el debe... ¿quién

puede y quién debe?, así se preguntaba sin querer acercarse a un espejo para no encontrar la misma imagen suya en los ojos de él. Entonces tomó la primera píldora.

El otro había escogido un camino diferente, apenas se despertó salió a la calle, necesitaba andar, había dormido demasiado y le pesaban en su espalda sueños y pesadillas, premoniciones y amenazas, frases inconclusas que nunca podría terminar como quizás si aquello que fue no hubiera... entonces entró en un bar y se tomó un trago doble de un licor claro y quemante. Ya nunca más, creyó, habría una senda para el regreso.

Por ese mismo coincidente tiempo ella se tomaba la cuarta pastilla y él su cuarto trago. Empezó en ambos lugares una invasión de telarañas en que la importancia de cualquier énfasis no tiene importancia. Tanta contabilidad para la miseria humana, les pareció a ambos por un juego de coincidencias que era el peor oficio y no producía dividendo alguno, salvo el de despojarse voluntariamente de lo que se creía propio y en alguna forma lo era. Ella se sintió desnuda y él frío y con hambre. Se encontraron en la calle junto al estás bien y me hacés falta. Quizás ya habían pasado ocho días y ocho meses, el tiempo es a veces una precipitación de aconteceres o un detenido instante que se detiene en la lentitud. Se atrevió a preguntar qué haremos y él contestó vivir juntos como siempre, no hay alternativa, ¿y los odios y los rencores?, los olvidaremos, hemos estado juntos mucho tiempo ¿por qué olvidarnos de los gratos momentos y hubo muchos?, ¿no te acordás? El silencio se instaló incómodo en una memoria que sólo recordó el

grito y el golpe, la majadería y ya no aguanto más, lo mejor sería olvidarme de tus vainas y yo de tus venganzas, el psiquiatra nos aconsejó separarnos para siempre, seguir vías independientes en esa simbiosis confusa de las existencias, cuyas recetas disolventes resultan en el pleno aniquilamiento de lo que cada uno es. Si te pido una tregua fresca y tierna a eso que podríamos ser y no somos ¿qué dirías?, nada más que un buen consomé le asentaría bien a un ulceroso estómago por la angustia de tus caprichos tán antojadizos y antojantes, tan desordenadamente imprevistos. Otra proposición: ¿qué tal si nos vemos de vez en cuando?, perfecto, podríamos comer juntos, ir al cine, quizás a bailar, muy bien, ¿empezamos hoy?, mejor mañana.

El mañana se hizo hoy noche, hoy toquido ilusionado de puerta, hoy con ramo de flores, hoy con ambos vestidos solemnemente, ¿es nuevo?, no, no lo recordaba, te sienta perfecto. Pero antes hubo baño al caer la tarde, lavado de pelo, afeitada cuidadosa de una parte, puesta de rulos en la otra, severo escogimiento de las mejores prendas, él pensó en ir informal pero después se acordó de la importancia que ella daba a los detalles y corrió a comprar una corbata gris para su traje gris claro. Se acordó de las seis rosas blancas que le obsequiaba algunos sábados de gloria. Ella modernizó como pudo el único vestido de salir de apuros, le alisó las mangas, le alargó el escote y le subió los ruedos, para que soportara su aumento de peso le abrió las sisas y disimuló con un parche que se tapaba con perfección con la faja el crecimiento de su cintura. Mejoró la apariencia con lo que conocía del maquillaje que esconde defectos y acentúa lo digno de destacarse. Ninguno

quiso revisar el pasado inmediato y en la conversación de hoy abundó el te acordás cuando nos conocimos y vos me dijiste.

Después de comer, por cierto nunca antes habían comido con más serenidad y lentitud como si estuvieran ganándose una buena nota en determinado ejercicio de mandíbulas, ella le notó un gesto amargo que trató de desvanecer con una caricia que se paralizó al recorrer con timidez su rostro severo, él sonrió triste, detuvo los dedos y los besó. Estamos demasiado heridos todavía, lo estamos es cierto y debemos intentar desherirnos o esto no tendrá fin, claro los rencores no sirven para nada y sin embargo están ahí como heridas abiertas sin cerrar, ¿será que no las queremos cerrar?, o ¿será que no las podemos cerrar de tan abiertas que están?, puede ser y me da la impresión de que este intento no sirvió de nada. En eso estaban cuando pusieron una música de sus tiempos, aquellos tiempos en que no era suficiente hablar y acariciarse cuatro horas seguidas, regresar cada uno a su casa y llamarse por teléfono para continuar con impresiones y confidencias interminables. Las mañanas tempraneras descubrían sueños con antiguas nostalgias de nuevos encuentros y las llamadas telefónicas repicaban desde el alba hasta altas horas en la noche, como si el amor fuera una conversación sin final. Y lo hubiera sido, claro que lo hubiera sido, sin el refuego de cosas que pasaron después, muchos años más adelante de la época del asombro, muchos años después de que la costumbre escondió lo espontáneo y los gestos nobles no coincidieran en su oportunidad y se hicieran desoportunos y rencores, como un recalentamiento del soy y del quiero hasta el paroxismo de la evaporación

sustantiva y el residuo negativo de lo espeso con ojos sólo enfocados en la espera amarga al paladar propio y al del otro. La música nostálgica les pintó sonrisas de otros tiempos, que resultaron falsas porque no resultaban coincidentes con las sonrisas de estos tiempos.

Se fueron a la cama juntos y se amaron falsamente imitando la primera vez y no era la primera vez. Al día siguiente que se hizo hoy y después ayer, él se trajo sus cosas y se instaló. Surgieron extrañados silencios que se tocaban y se medían en intensidades incómodas, sólo eran interrumpidos por conversaciones informativas, casi monólogos obligados para permitir la circulación de cada uno desde su sitio al otro sitio.

Entonces se anunció la película, la gran película, la que hizo furor en los cuarenta, la primera de larguísima duración con intermedio, la que vieron con las manos unidas y besitos en la nuca, frente a la que él quiso para sí con una pasión increíble a aquella Vivien Leight indómita, salvaje, dispuesta a defender lo suyo a como fuera, y se dio cuenta de que estaba enamorado, locamente enamorado de los más bellos ojos, del extraordinario rostro, de aquella sonrisa desafiante que se volvía dolor en su sexo, de ese perfil que le rozaba las mejillas y lo invitaba a besar sus labios abiertos. Le costó días y días reconciliarse con su novia tan poca cosa y tan dueña de una sola ventaja, la de responder caricias y palabras, la otra se metió como imagen fría y escabullidiza en sus sueños que lo devolvían en pesadillas húmedas y vergonzantes, frustrantes en la falta de compañía.

Ella dijo que irían temprano a verla, no fuera que no lograran entradas, todos estarían locos por repetir aquella experiencia de embeleso, pues nunca había sentido lo que sintió cuando Clark Gable con traje de gala y un humo de puro miró con apetito sabio y sonrió con dos gigantescos camanances, y la miró a ella fijamente, la miró ojo a ojo, no se había equivocado en la dirección, la miró y la deseó a ella, a ella que no merecía ninguna atención ni siquiera observación de inventario. Lo hizo suyo noche tras noche pues entraba en su dormitorio de abandono, en su soledad de no preferido, en su orgullo de macho ninguneado. ¡Pobres hombres!, como se dejan embaucar por una flaca tan fea, enamorada malamente de otro flaco mala fachada.

Compraron las entradas temprano, ambos estaban urgidos de encontrar sitio a su sitio, de adueñarse de sus dueños, y entonces reinó la penumbra como en todos los cines del mundo. Empezó la película y él estaba deleitado, ella se movía impaciente. Se oían los deseos de uno y de otra, casi habían cargado el ambiente de un denso y húmedo calor. En un instante la Vivien lo vio, así de frente, con voluntad de mirarlo y él no pudo menos que atraerla hacia sí con una fuerza de gigante. Casi temblando de emoción la vio salirse de la pantalla con su vestido de cortina, con la agilidad juvenil de sus veintitantos años, con sonrisa adolescente.

Ella sintió que aquella boca fresca que mecía el inquietante bigote y la esperanza de besarla profundamente, ya no se podía resistir y necesitó levantarse, se le hizo imperiosa la ansiedad de encontrarse

BIBLIOTECA NACIONAL

con Clark. Se levantó del asiento, pidió compermiso a molestos vecinos y caminó hacia el pasillo.

Coincidente con ella, él también se levantó del asiento y por el lado contrario fue pidiendo compermiso, pues ya Vivien se había bajado del escenario y la debía encontrar antes de que alcanzara la primera fila.

Clark sonreía con fuerza de llamada, ya nada podía detenerla, absolutamente decidida subió al escenario y se pegó a la pantalla. En esa brevedad de sus acciones, se sintió entre los brazos ya para siempre, aunque tuviera que seguir el guión y abrir la boca cada vez que su voz debiera emitir algo que la Vivien tenía que decir porque todo estaba prefijado en ese mundo de la ficción.

El la tomó entre los brazos y la condujo por los pasillos oscuros consciente de que venía de la luz y hacia la luz había que llevarla como un humilde lazarillo.

Ella dentro de la película pensó con tristeza que nunca le podría contar de su triunfo, ahora que iba a viajar constantemente y se presentaría de cine en cine para alentar sueños, deseos y fábulas, ella la poderosa...

El, casi muerto de alegría, ni siquiera podía creer que con Vivien Leigh iba de la mano, riendo sin parar y que la llevaría a su casa, lo más rápido posible, para encerrarla y que nunca se le escapara, además debía esconderla, no fuera que se enteraran los periodistas y la gente importante y entre unos y otros se la quitaran. Iba dentro de su alegría preocupado, un tesoro es un tesoro y a este tesoro si que no voy

a saber cómo hacerle el amor. En ese momento se le pasó la imagen de ella, la vio metiéndose en la pantalla, forzando a Clark para que le prestara atención, ese tipo insoportable que se cree dueño de la masculinidad cuando es simplemente un cargador de muelles, a lo mejor homosexual, ahora no se sabe pues cara vemos pero preferencias sexuales no sabemos. Ella, la fiel apuntadora de deslices, nunca se enteraría de éste tan grande y asombroso. Eso le congeló la sonrisa.

INDICE

Otro rumbo para la rumba 9
En todas partes se puede 21
Una historia ya contada 53
Algunas maneras de jugar con retratos 63
La casa desocupada 77
Y vendimos la lluvia 111
Historia sin ego 119
Sin mañana 123
Guárdate tu vida para otra cosa 129
Una mujer al amanecer 139
Ojos amargos 149
Caso confuso 155
Yo me acerqué a la reina 161
El edén del desdén 167
Cuando floreció lo marchito 173
Esa noche que camina conmigo 181
Abrir la salida 185
El inolvidable vestido de tarlatana 189
Juego de coincidencias 195

Impreso en los talleres de
Imprenta y Litografía VARITEC S.A.
San José, Costa Rica
en el mes de marzo de 1989
su edición consta de 2000 ejemplares.